

CLAUDIO HERNÁNDEZ



OTOÑO  
LUVIOSO

CONTINUACIÓN DE "EL FRÍO INVIERNO"

# Otoño lluvioso

Claudio Hernández

Primera edición eBook: septiembre, 2017.

Título: Otoño lluvioso.

© 2017 Claudio Hernández.

© 2017 Diseño de cubierta: DNY59 gettyimages

© 2017 Diseño de cubierta: IG\_Royal istockphoto

© 2017 Corrección: Tamara López

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados

*¿Otra vez aquí? Pues sí, os la debía, pero primero la dedicatoria. Este libro se lo dedico a mi esposa Mary, quien aguanta cada día niñeces como esta. Y espero que nunca deje de hacerlo. Esta vez me he embarcado en otra aventura que empecé en mi niñez y que, con tesón y apoyo, he terminado. Otro sueño hecho realidad. Ella dice que, a veces, brillo... A veces... Y yo ya estoy empezando a creérmelo...*

# Otoño lluvioso

Jack pies de pluma se fue a la mierda literalmente, pero fue comidilla durante los meses posteriores al frío invierno, durante la primavera de fresa, como la llamaban los lugareños, y el verano sitiado, en el que los lagartos esperaban en las canteras, sacando su lengua rosada. Ya nadie hablaba del reverendo Larry, nueve meses después. En octubre, llegaron las intensas lluvias y llegó él de nuevo. Era Jack pies de pluma y el sheriff Burt Duchamp estaba desquiciado con la presencia de los hombres del FBI y sus ridículos trajes recién planchados. Su animadversión ahora hacia la cerveza había crecido, pero había llenado la panza con más de dos kilos de grasa como manteca. Seguía siendo fiel a ella, a pesar de todo.

Se despertó sudoroso, como si hubiera sido empujado por un resorte colocado en su espalda, y la imagen de unas braguitas de color rosa con encaje blanco cubierto de hojas húmedas, le dio verdadero pánico. Un martillo ardiendo le golpeaba dentro de su corazón. Se llevó las manos a la cara y notó con sorpresa que sus dedos se humedecieron. Fuera, la lluvia de aquel otoño, casi tan complejo como el frío invierno más duro de los últimos años, caía con tanta fuerza que las gotas parecían perdigones al impactar contra el suelo, la chapa de los vehículos y los tejados de madera. Sonaba como un ruido de fondo, de constante repiqueteo, como los dedos de un forajido nervioso sobre la barra de un polvoriento bar del oeste.

Y, entonces, mirando hacia la ventana, vio cómo un rayo rajaba en dos el cielo oscuro antes de explotar como un misil, y recordó la imagen de una cara. La cara de una chica joven, con los ojos muy abiertos, mojados de lluvia, la boca tapada con una mano enguantada con cuero oscuro, mientras alguien, con la otra mano, empujaba la enorme cruz hacia dentro, penetrándola con violencia hasta rajarla viva, desgarrarla y ver la sangre mezclarse con el agua de la lluvia.

Era la misma imagen que vio cuando le cogió la mano a Larry tras suicidarse, salvo que ahora no había nieve, sino lluvia. Esto desconcertó a Peter, que movió la cabeza como si quisiera desprenderse de las gotas de la lluvia. Pero el reverendo Larry, el apodado Jack pies de pluma, era ya un pasado que había dejado, eso sí, una fuerte huella en Boad Hill.

Peter escribió la historia y, más o menos, se convirtió en un éxito de ventas, pero lo que más le interesaba a sus lectores, curiosos y periodistas, era su don. Esa laguna oscura y la visión en el interior de la persona. Y, por ello, Peter se aisló del mundo, encerrándose esos malditos nueve meses en su casa con su padre John, que seguía viendo las tetas de Christie y, otra vez, meando sangre.

Y sí, Peter también tenía sueños eróticos con Ann. Todavía la deseaba. Pero Ann era muy escurridiza. Había hecho las paces con Denny, su hermano, pero no lograba hacerle un hueco al lado de Ann.

Y, con el fuego en la garganta, volvió a recordar la última imagen de su pesadilla. Esas braguitas rosas y las hojas cubriéndolas y protegiéndolas de la lluvia.

Había dejado atrás el frío invierno y ahora estaba en la estación del otoño lluvioso.

Entonces sonó el teléfono móvil, con el tono de Fancy, China Blue, sonando como un susurro, destino de un mal augurio en mitad de la noche. Algo que presagiaba Peter cuando con sus dedos largos alzó el teléfono y contestó.

—Peter, la pareja del FBI me tiene desquiciado. Dicen que antes que esta hubo otra más, a unos cuarenta kilómetros de aquí. En Place Land, también en dirección a Boston, junto a Main Road. Ya sabes, donde se

realizaron las autopsias de aquellas desgraciadas. Ese tal William tiene trabajo de nuevo. Te necesito...

—¿Qué? —chilló Peter.

Y colgó.

## 2

El tono cálido de Fancy, China Blue sonó de nuevo bajo la luz de los relámpagos y el fortuito ruido que hacía que pareciese que el mundo se iba a partir en dos. No escuchaba la música, pero si veía la luz brillante de la pantalla táctil de su teléfono, enfocando al techo como una linterna. Una luz blanca se arrastró desde el techo hasta la pared para iluminar, finalmente, el rostro de Peter, quien, con su pulgar derecho, apenas presionaba el botón verde que se iluminaba tras la pantalla táctil. En la parte superior ponía Burt.

—No estoy disponible —dijo Peter no muy seguro de sí mismo.

—Peter, te necesito. Tanto Ethan como Charlotte me están tocando los cojones y han invadido mi ciudad, joder...

—¿Quiénes son ellos? —le atajó Peter con un relámpago reflejado en los cristales de sus gafas. Se las había puesto antes de coger la primera llamada de Burt.

—Los del FBI.

—¿Y qué hacen aquí?

—Dicen que encontraron a una tal Maya Grey a las afueras de Place Land, cerca de Main Road, al parecer en muy mal estado. Tenía gusanos en los ojos. —Hubo un corto silencio que pareció extenderse en la noche, y añadió—. Estaba en el bosque, cubierta de hojas, con los ojos abiertos y desgarrada en sus partes, tal como sucedió el invierno pasado.

Peter sintió como le quemaba en el estómago.

—¿Y qué quieres de mí?

—Acabamos de descubrir otro cadáver. También de una chica joven, no sé si te lo he dicho antes. Son chicas muy jóvenes, de la edad de la escuela secundaria. Se trata de Kaylee Collins, hija de Liam, de la calle Road 44. La pobre desgraciada está rajada desde el culo hasta el vientre y el asesino ha mantenido sus ojos abiertos, que ahora están llenos de agua de esta maldita lluvia. Necesito tu ayuda, Peter.

Hubo otro momento de silencio en el que se escuchó el trueno rasgado de otro relámpago y, después, unos chasquidos en la comunicación.

—¿Y qué quieres? ¿Que vaya por toda la ciudad dando la mano a todos los vecinos y con una estúpida sonrisa dibujada en mi cara? ¿Qué les digo? ¿”No es nada, es solo para saber si es usted el asesino”?

Burt se echó a reír. No tenía por qué.

—No lo mires así. Viste los asesinatos del reverendo Larry después de muerto. Así que he pensado...

—Que vaya a tocar a la pobre chica y empuje en ella para ver si veo la cara del asesino, ¿es así?

Burt no respondió.

Un relámpago sesgado cruzó la ventana de lado a lado y, cuando el estampido del trueno llegó al suelo, el cristal bailó dentro del marco.

—Quizás sí —dijo Burt con voz sosegada. De fondo se escuchaba la lluvia incesante y lo que podrían ser las gotas rebotando en su sombrero de fieltro.

—Déjame en paz —dijo Peter y colgó.

John, el padre de Peter, estaba levantado, repantigado en el sofá con las

luces de la pantalla de televisor proyectándose en su rostro pálido y lánguido. Tenía la mano sobre la zona de la vejiga y contraía los labios algunas veces cuando se movía. La última meada había sido por la tarde y le costó horrores echar una cuantas gotas de orina mezclada con sangre. No se asustó, pero el dolor agudo del bajo vientre hizo que viera las estrellas a través de los nubarrones de ese fastidioso otoño. Sentía que su hora estaba llegando, pero no le decía nada a su hijo. Eso nunca, llegó a susurrar en el cuarto de baño mientras se agachaba del dolor y reposaba su cara sobre el borde de la taza del retrete con la frente llena de sudor.

El susurro de la televisión embriagaba el aire del salón y, de vez en cuando, este se iluminaba de un blanco intenso cuando el cielo se rompía en trozos por un rayo. Entonces, el susurro de Christie se ahogaba en el imperioso ruido atronador.

Peter se ajustó bien las gafas y bajó las escaleras con los pies enfundados en calcetines. Unos de color blanco que tenían dos números más de pie. Tenía problemas con las uñas y un calcetín ajustado le molestaba con punzadas en las esquinas de las uñas enterradas. De vez en cuando, se le infectaban las pequeñas heridas de debajo de las uñas y tenía que cortárselas sin miramiento, hasta la raíz, para proponer a su organismo una uña nueva, rezando para que no se clavara.

Lo que Burt le había dicho le había dejado desconcertado y no sabía si había escuchado bien ni qué hacer. A medida que descendía los peldaños en silencio, la luz que proyectaba la pantalla del televisor lamía sus pies hasta las rodillas.

¿Había una nueva víctima? Sí. ¿Se trataba de un caso aislado? Al parecer, no. ¿Utilizaba el mismo modus operandi? ¿Había querido decir eso Burt? Al bajar el último escalón, produciendo un ruido carnosos, vio que su padre estaba viendo el canal cuatro.

—Papá, ¿qué haces despierto tan tarde?

John ladeó la cabeza.

—No podía dormir.

—La tormenta, ¿verdad?

Las luces de la pantalla del televisor se reflejaron en los cristales de sus gafas.

—¿Y tú? ¿Qué haces en batín? ¿Vas a beber un trago de leche? La última gota me la he bebido yo...

—No. —Le interrumpió Peter, haciendo muecas con la boca—. No bajaba precisamente a por eso. —Se había quedado bloqueado. No sabía qué responder, pero siguió andando hacia donde estaba su padre y después, bordeó el sofá para tomar asiento al lado. Al dejarse caer, fue como si una pluma hubiera sido puesta con suavidad sobre el asiento.

—Entonces, ¿a qué coño has bajado?

—La tormenta no me deja dormir —mintió Peter encogiéndose de hombros y esbozando una leve sonrisa, que apenas si brilló en la penumbra.

—No te creo —dijo su padre estirando el labio inferior en una ligera sonrisa.

—Yo tampoco te creo —acució Peter mirándole a los ojos, que parecían dos cigarrillos encendidos en la oscuridad. Después cambiaron a un color verde y, finalmente, a una mezcla de azul y amarillo.

—He visto una película de Clint Eastwood —explicó John volviendo la mirada al televisor, que brillaba como un árbol de Navidad. Un rayo atravesó el corazón del cielo y todo se volvió blanco.

—¿Qué película?

El sordo y atronador estampido que vino después de la luz, rajó el cielo en varios pedazos y rajó el cristal de la ventana en un ruido inquietante.

—El jinete pálido. Esa es de las buenas.

Peter sonrió.

—Yo prefiero El sargento de hierro —acució, y su sonrisa se convirtió en una risotada casi histérica.

—¿Te has visto en el espejo? —inquirió su padre—. No durarías en el ejército ni un solo día.

—Por algo me libré. —La risotada dio paso a una mueca que ocupaba la barbilla y la nariz.

Se habían olvidado del cristal agrietado. En realidad, ni siquiera se habían dado cuenta de ello.

4

La lluvia caía con fuerza y sus trajes estaban empapados, como una gran mancha oscura en medio de docenas de linternas iluminando el cuerpo sin vida de Kaylee Collins. Las luces azules y amarillas de los dos coches patrulla rebotaban en su rostro, parcialmente tapado, y en los frondosos árboles, como si quisieran horadarlos. El viento era intenso y la sensación térmica era especialmente fría. Pero la pareja de Expediente X, como los había bautizado Burt Duchamp, permanecía allí, encorvada delante del cadáver como si nunca hubieran visto a nadie en esas condiciones.

El coche oficial de ellos, un Ford gris, no tenía luz alguna sobre el techo, pero sus faros apuntaban directamente hacia el cadáver de Kaylee, atrapada entre las hojas.

El agente Lloyd Chambers también estaba allí y Jack Hodge. , por supuesto, Martín y Richard. Cubiertos con un chubasquero amarillo transparente, parecían luciérnagas en medio de la noche. Estaban apoyados en el capó del coche, con las manos en el hueco del cinturón. Sus rostros estaban serios y mojados. Sus ojos, inexpresivos. Las bocas cerradas, como cremalleras. Burt los miró de reojo a todos y frunció el ceño bajo el sombrero de fieltro. Ellos sabían lo que quería decir.

El hombre alto, con cabello castaño y nariz puntiaguda, se acercó a Burt totalmente empapado, mientras levantaba su mano derecha al tiempo que mostraba su identificación del FBI, con una fotografía que le hacía parecer mucho más viejo. El hombre tendría unos cuarenta años y era de

constitución normal, ni muy delgado ni muy gordo. Eso sí, no tenía panza.

—Soy el agente del FBI Ethan Morrison —dijo con un acento muy del sur, con un inglés muy refinado.

Burt ya sabía sus nombres y que pertenecían al FBI. Estaba disimulando.

—¡Ah! —graznó Burt, como si no supiera nada y escupió al suelo, a su derecha. Después sonrió y añadió—. Un poco de saliva no se notará con tanta lluvia, ¿verdad?

La mujer, con traje gris y cabello largo oscuro, se dio la vuelta, con una mano sujetándose el mentón, como si la cabeza le pesara mucho, y la otra mano bajo el codo para hacer refuerzo.

—¿Sabe quién es esa chica? —preguntó Ethan, dejando a un lado las discrepancias que parecían haber crecido entre ambos.

—Quizá no. ¿Lo sabe usted?

Ethan le miró fijamente, con la cara empapada de agua y miles de gotas acariciándole la piel.

—Ahora no, pero mañana seguro que lo sabré todo acerca de ella.

Burt esbozó una sonrisa y escupió otra vez.

La mujer se volvió a dar la vuelta.

—Lo siento, es que algo me ha sentado mal esta noche y no puedo dejar de escupir. —Se llevó la mano a la nuez y dijo—. Siento un sabor agrio en la garganta y no sé cómo quitármelo.

—Ya —dijo Ethan volviendo a guardar su identificación mojada, en un bolsillo inundado por el agua.

La escena del crimen se iluminó por un gran foco de un blanco intenso: el de un rayo.

—¿Sigues enamorado de ella, verdad? —preguntó su padre a Peter, mientras de fondo seguía escuchándose el repiqueteo de las gotas de la lluvia.

Peter asintió con la cabeza.

—Sí, papá. Estoy perdidamente enamorado de ella. Pero se me resiste. —Peter tenía la cabeza cabizbaja, rellena de luces de colores. Sus gafas brillaron levemente.

—Pues cógele la mano y haz uso de ese brillo que tienes para descubrir cómo conquistarla.

—Sabes que no salgo de casa. Todos esos curiosos, los periodistas. Todo se me hace muy grande. No puedo soportarlo. En las redes sociales todavía se sigue hablando de mí.

—Pero es un don que tienes, hijo. —Le mesó el cabello, aguantándose una punzada de dolor en el bajo vientre, y añadió—. Te lo dio tu madre antes de dejarnos definitivamente.

Peter levantó la cabeza, muy lentamente, como si fuera una gran bola de hierro levantada por una gigantesca grúa. Cerró los ojos.

—Son tantas cosas —dijo y no supo con qué continuar. Solo apretó las manos formando un puño blanco. Se clavó las uñas en las palmas de las manos, le dolió, sí, pero no se hizo ninguna herida.

John cogió, con sus dedos destartalados, el mando a distancia y cambió al canal cuatro. Christie estaba allí, con el pelo engominado y los ojos bien abiertos. Miró el reloj de la pared y vio que marcaba las doce y media. En la parte de abajo de la pantalla del televisor, atravesaba un rotulado que decía:

Nueva víctima mortal encontrada en las cercanías de Boad Hill.

Los ojos de John se abrieron como platos, y no precisamente por las tetas de Christie, sino por la noticia. Pulsó el botón de volumen durante un rato y la voz se elevó por encima del repiqueteo de la lluvia.

—Agentes del FBI se encuentran en nuestra ciudad por la aparición de un nuevo cadáver que nos recuerda al ya olvidado Jack pies de pluma, ya que al parecer, nos informan de que se ha encontrado a una chica joven asesinada de la misma forma que lo hacía el reverendo Larry. Al parecer, hace poco se ha encontrado un anterior cadáver con el mismo modus operandi en las cercanías de Boad Hill, en Place Land. Si siguen atentos a este canal, les seguiremos informando, ya que por el momento todo el mundo está desconcertado...

John bajó el volumen de la televisión y giró la cabeza para mirar a su hijo.

Interrumpiendo el silencio más absoluto entre ambos, su padre preguntó:

—¿Vas a ayudarles?

Peter se tocó las gafas y, después, se pasó la mano por el pelo. Entre sus dedos no se pudo enredar su cabello, pues estaba sucio y aplastado. Hizo una mueca con la boca y sus labios empezaron a modularse.

—Ya me ha llamado el sheriff Burt. —Y con la cabeza gacha añadió—. Lo he mandado al carajo.

Su padre le mostró un rostro serio.

## 6

—Esta es mi compañera, Charlotte Hayes —dijo Ethan al tiempo que la señalaba con el dedo índice. Ella se dio la vuelta y sus ojos claros se fijaron en los de Burt. Empapada de agua, con el cabello anidado como el final de una fregona, se acercó muy despacio y extendió su mano derecha cuando estuvo cerca del sheriff.

Burt se la estrechó con avidez y mostró una vaga sonrisa bajo el bigote. Su sombrero de fieltro le protegía de agua el cabello, pero las gotas, formando un pequeño riachuelo a ambos lados del sombrero, caían

incesantemente sobre sus hombros.

—Mulder y Scully —murmuró Burt, agachando la cabeza y mirando el farragoso suelo, lleno de hojas y agua cubriéndolo como una manta gruesa.

—¿Qué? —preguntó Ethan elevando la cabeza. Ahora toda la lluvia iba a parar sobre su frente y sus ojos, y tuvo que cerrarlos momentáneamente.

—Nada —contestó Burt, escupiendo de nuevo a un lado. El gargajo se disolvió con el agua.

Charlotte se llevó la mano a la boca como si quisiera vomitar y Burt le mostró una boca alargada entre oreja y oreja, mientras el agua seguía cayendo con fuerza. Kaylee yacía bocarriba, con los ojos abiertos y un pezón fuera de la manta isotérmica para tapar a los muertos. El lado amarillo brillaba bajo las fugaces luces de los relámpagos.

—¿Es que he dicho algo? —inquirió Burt con cara de desquiciado.

Ethan meneó la cabeza en sentido de noes y dio un paso atrás.

Entonces, Burt levantó un dedo de su mano izquierda y Jack y Lloyd acudieron a su peculiar llamada, mirando de reojo a los agentes del FBI mientras pasaban por su lado. Hodge llegó a mostrar la punta de la lengua, oculta bajo una viciosa sonrisa.

Los tres se acercaron hacia el cadáver. Hacia la chica de la escuela de secundaria News Academy. Todos la conocían.

—Yo que tú me liberaría de ese caparazón que tienes puesto y saldría pitando en busca del sheriff para ayudarlo. Parece que ese Jack pies de pluma ha regresado de nuevo, y no está de broma. Bájate del burro, Peter. No puedes estar toda la vida así. Ya has escrito un libro de éxito y Denny, el hermano de tu amada platónica —John abrió las manos en el aire— viene a visitarte cada semana. Pronto estarás cerca de ella. Y si eso no sucede, déjala

en paz. El destino está escrito. Como el de esas pobres muchachas.

Peter le miró con tristeza.

8

—Algún hijo de puta debió leer el libro de Peter Bray y está repitiendo lo mismo que hizo el hijo de puta del reverendo Larry. —Burt miró a Lloyd y Jack mientras estaba agachado frente al cadáver y añadió—. ¿O debería llamarle hijo de la gran puta de Larry, o mejor aun, sin nombre?

Lloyd esbozó una sonrisa, pero el semblante serio de Burt le borró todo atisbo de gracia en su cara. Jack Hodge estaba de pie, su protuberante barriga no le permitía agacharse sin ventosear. Él, esta noche no estaba de guasa. Hacia frío y estaba empapado, algo que le molestaba sobremanera.

Los ojos de Kaylee brillaron por la luz cegadora de un relámpago y estaban vidriosos, fijos en algún punto en el aire. Guardando quizá el último recuerdo de su asesino y violador que imitaba a Jack pies de pluma, tal como lo describió es su novela Peter Bray, basada en hechos reales. Burt no paraba de decírselo. Se llama Jack pies de pluma, aunque se convirtió en Jack pies pesados.

El estruendoso ruido del trueno hizo temblar, una vez más, la tierra, justo en el momento en el que empezó a sonar el teléfono móvil de Burt. No había escuchado el tono de llamada, pero algo le vibraba en el bolsillo, bajo el chubasquero. Se llevó la mano hacia su lado derecho y comprobó que el teléfono móvil quería salirse del bolsillo.

Con la mano mojada lo cogió, lo sacó del bolsillo y se lo llevó a la oreja sin mirar a la pantalla táctil. Su voz grave resonó entre la arboleda.

—Burt Duchamp al habla.

Era Peter Bray.

—¿Burt?

—El mismo, y mojándome como un pescado en el agua. ¿Quién es?

—Soy yo.

Se hizo el silencio en los labios de Burt bañados por la incertidumbre, pero un instante después, sus arrugas se estiraron en una sonrisa.

—¡Joder, Peter! ¡No te había conocido! —exclamó tan fuerte que todos sus hombres lo escucharon. Alzaron la mirada y enfocaron sus oídos en los labios de Burt.

—¿Quién es? —inquirió Ethan a Richard, que estaba de pie, junto al coche patrulla.

Richard hizo una mueca.

—¡Baj! Un amigo...

—¿Así es como trabajan ustedes? —se enfadó Ethan aguantando el chaparrón.

—No, claro que no —contestó Richard como si tuviera un chicle en la boca jugueteando de un lado para otro.

—Creo que Peter es el hombre que descubrió al asesino —intervino Charlotte, con el pelo oscuro cada vez más anillado—. Escribió el libro, señor. Es él.

Ethan se encogió de hombros y asintió con la cabeza.

—Ya estoy al tanto de esa curiosa historia que no hay quien se crea, pero...

—Es cierto —le cortó Richard. Lo que dice la señorita es cierto.

Ethan lo miró furtivamente.

—¿Y para qué ha llamado? ¿Para echar las cartas? —Ethan, por primera vez, esbozó una sonrisa. Richard se puso serio y dejó de menear el bulto de la boca, que no era más que su lengua empujando las encías.

En el cielo se dibujaron unas líneas sesgadas y rotas, de color blanco intenso, como un cristal resquebrajado. Después de algunos segundos, vino el estruendo.

Tras esto, Burt había colgado el teléfono pulsando, con el pulgar mojado, el círculo rojo, y se lo había guardado en el bolsillo. Un silbido agudo, como la sirena de una ambulancia, salió de sus labios, rompiendo el aparente silencio del momento.

—Jack, te ha tocado. Tienes que ir a recoger a Peter.

—Sí, señor —dijo jocoso Jack y miró a Ethan con una fría mirada.

Se puso tras el volante y el motor rezongó bajo el capó. Por el tubo de escape se elevó una densa nube de humo azul, que fue absorbida por las gotas de lluvia y arrastrada por las ráfagas de viento.

Metió primera y pisó suavemente el acelerador. Las ruedas delanteras resbalaron en el barro, escupiendo gran cantidad de este hacia atrás. Finalmente, en una maniobra corta, el coche dio un giro completo y enfiló hacia la oscuridad, horadando la noche con sus luces. Burt lo estuvo mirando hasta que las luces traseras se convirtieron en dos puntitos rojos en la lejanía.

Sonó el claxon primero, después el golpe de la portezuela y, finalmente, el timbre. Peter ya estaba preparado, con sus botas militares y su larga gabardina negra, nueve meses más vieja.

La puerta se abrió quejumbrosamente y el agua de la lluvia llenó la entrada, formando un charco prominente y cristalino. Con ella fueron empujadas dos hojas de un color marrón oscuro, aplastadas y lacias, que flotaban en el nuevo charco.

—¡Peter! —Jack Hodge alargó la mano en cuanto lo vio y sus ojillos brillaron como los de un conejo. Tenía la mano mojada y estaba abierta para estrecharle la mano.

Peter estiró la suya, con grandes dedos abiertos y se la estrechó.

No vio nada.

No hubo oscuridad, no en ese momento.

—Hola, Jack —dijo Peter tocándose las gafas para colocárselas bien—. Te veo más delgado. —Hizo su cumplido.

La boca de Hodge se alargó de oreja a oreja.

—Anda chico, te está esperando el sheriff Burt —dijo mientras le soltaba la mano—. Hay un loco suelto que está repitiendo los pasos del reverendo Larry. —Se volvió hacia el coche, que tenía los faros enfocados en el hueco de la puerta, y caminó hacia el vehículo con su chubasquero transparente y amarillo, como una avispa en mitad de la noche.

—Lo he visto en las noticias del canal local —dijo Peter mientras su cabello se mojaba más por la fuerte lluvia. Aceleró el paso para entrar en el vehículo y, entre jadeos, añadió—. Acabo de hablar con Burt. No me ha explicado mucho, pero creo que tengo la necesidad de ayudaros.

Jack se acomodó detrás del volante.

En el hueco que dejaba de forma intermitente el parabrisas, Peter vio la silueta de su padre apoyada en la jamba de la puerta y, para cuando el vehículo dio marcha atrás, la puerta se cerró.

Las luces del coche devoraron el escenario del crimen de un lado a otro, mientras se acercaba y realizaba después unas maniobras de aparcamiento en la cuneta de la carretera. El ruido de los neumáticos sobre el agua era sordo, pero el repiqueteo de la lluvia sobre el vehículo se había convertido en un

rumor de fondo, al igual que trajín del parabrisas, que no paraba de interponerse entre la mirada de ellos y la carretera.

El motor dejó de ronronear cuando los dedos regordetes de Jack giraron la llave. Como un golpe de tos, el motor se apagó en una sacudida. Las luces de emergencia permanecieron encendidas, al igual que los faros. Los agentes del FBI observaban el vehículo con arrugas en la frente. Sus labios estaban sellados como una fina línea dibujada con una tiza rosa. Burt estaba al lado de la manta de plástico, mirándoles como él sabía hacer, con esa mirada penetrante, triste y furiosa a la vez. Pero no era un mal chico, solo un alcohólico que había perdido a su familia. Pero ahora estaba sobrio, siempre lo estaba cuando se le necesitaba.

La bota de Peter se hundió en un charco de agua en el cual flotaban varias hojas oscuras. La portezuela ya estaba abierta y, sobre ella, se asomaba la cabeza grasienta y las enormes gafas. Su rostro se inundó de agua casi al instante y su gabardina casi rozó el agua del suelo.

Ethan lo señaló con un gesto compungido y Charlotte arrugó la frente. Sus ojos claros brillaron bajo una nueva y cegadora luz de un relámpago.

Burt se quejó de ello.

—¡Maldita sea! ¡Vaya noche de tormenta!

Los agentes del FBI le observaron de arriba abajo, mientras Peter Bray pasaba por delante de ellos sin ni siquiera mirarlos. Ethan estaba equivocado sobre Peter y lo supo en cuanto lo vio. Aunque si escuchaba algo fuera de lo normal, se echaría a reír, de eso estaba seguro.

—¡Burt! Siempre renegando —dijo Peter con su voz grave. Acababa de cumplir los treinta y tres años hacia un mes. Y, desde el frío invierno, habían pasado nueve meses sin ver a Burt Duchamp.

—¡Peter! —exclamó Burt sonriendo—. Peter Bray, nueve meses después. —Abrió los brazos como para querer abrazarlo, pero Peter levantó la mano.

—No voy a leerte el pensamiento —bromeó Peter tendiéndole la mano. Ya estaba cerca de él, y sus pasos eran un chapoteo continuo. Sus gafas

estaban bañadas en agua.

Burt bajó los brazos y extendió su mano derecha con los dedos abiertos.

Hubo un apretón de manos intenso. Sus rostros jubilosos al lado de un cadáver.

La pareja del FBI intercambió una mirada suntuosa. Pero pronto cambiarían de parecer.

—Veo que esta noche no has bebido cerveza —bromeó Peter. Burt esbozó una sonrisa. Lloyd le dio la mano, ya que estaba al lado de Burt. Peter se la estrechó con una especie de graznido en su boca.

—Quiero que veas esto, Peter —dijo Burt agachándose hacia el cadáver de Kaylee.

Peter se agachó también. El agua le caló la gabardina y tenía la espalda húmeda y fría.

Burt la destapó y las gotas de la lluvia cubrieron su cuerpo desnudo, acariciándole la piel arrugada y blancuzca. Todavía no estaba purpúrea.

—Creo que ha sido reciente. Todavía expulsa sangre por sus partes. —Miró a Peter, quien hizo una mueca y continuó—. Los del FBI dicen que este asesinato podría estar relacionado con uno producido hace pocos días. En otro pueblo, no muy lejos de aquí. No recuerdo el nombre ahora. Creen que es obra de un imitador de Jack pies de pluma. Y, por desgracia, yo también lo creo. Parece que por una vez estamos de acuerdo con esos dos personajes sacados de la tele. —volvió la cabeza y les dedicó una sonrisa.

Ethan y Charlotte se estaban acercando a ellos, con los rostros serios y sus trajes empapados.

—La pobre chica se llama...

—Kaylee Collins —le cortó a Lloyd, quien había querido decir el nombre.

Entonces, Burt continuó:

—Como puedes ver, el nuevo asesino emplea el mismo método que el reverendo Larry. Es una copia calcada. Esta pobre chica está abierta desde el ano hasta la barriga. Deberá tener todos los órganos internos destrozados. — Su dedo se deslizó sobre la piel de la chica, en aquellas partes más íntimas que estaban destrozadas. El agua estaba teñida de rojo y fluía como un riachuelo cuesta abajo.

—Es el mismo modus operandi que el anterior asesino —intervino Ethan, dando un sobresalto a Burt, que se dio la vuelta y lo miró con semblante serio—. Maya Grey presentaba las mismas heridas y destrozos en la vagina, útero y ano. Fue penetrada por algún objeto bastante grande. Ya sabemos que el reverendo Larry empleó una cruz de dimensiones considerables, y mucho nos tememos que el nuevo asesino está siguiendo sus mismos pasos. Todo es idéntico. —Hizo una pausa en medio de la lluvia y añadió—. He leído su libro, señor Peter. Podemos usarlo como base para esta nueva investigación.

—¿Ustedes se van a encargar de esto? —La voz de Burt subió de tono como una sirena—. ¡De eso ni hablar! Este es mi territorio.

—Nosotros podemos intervenir en cualquier parte —dijo Charlotte, con sus labios sensuales mojados.

Burt miró de reojo y se volvió hacia lo que quedaba de Kaylee.

—En cualquier caso, compartiremos el trabajo. Ya sé que Boad Hill no es muy grande y no podemos hacer autopsias aquí, pero...

—Para eso estamos nosotros —le cortó Ethan, con una estúpida sonrisa marcada en su rostro. Jack giró la cabeza para reírse. Una risa que fue ahogada por un nuevo trueno.

Y Burt lo escuchó. Sabía cómo eran sus hombres.

John se levantó del sofá con las dos manos puestas sobre el bajo

vientre, y sus movimientos eran pausados. Su cuerpo delgado rozaba ahora el de un anciano raquítico. Su hijo apenas se había dado cuenta de ello. Suponía que era la edad. Cuando uno sobrepasa cierta edad, el envejecimiento se aceleraba y la sabiduría se iba por el retrete.

Arrastrando los pies se encaminó hacia las escaleras, pues el cuarto de baño estaba en la parte superior, donde estaban las habitaciones. Una punzada de dolor le atravesó la pelvis cuando levantó el pie, y toda su cara se arrugó como un trapo sucio escurriéndose. Apoyando ahora la mano en la pared, puso el pie derecho sobre el primer escalón. Solo le faltaban diez más, pensó con una risa en los labios, y se preguntó si esta vez llegaría arriba del todo.

A medida que sus pesados pies se posaban en un nuevo escalón, se preguntaba, además, por qué el dolor es tan severo con uno mismo, qué pensarían los habitantes de Boad Hill tras este nuevo asesinato. Revivir la historia otra vez no era precisamente lo que necesitaban. Y, seguramente, el miedo estaría en los rostros de los padres de las chicas que iban en la escuela secundaria. Porque según había escuchado en las noticias que verborreaba Christie, la de las tetas enormes, la víctima era de corta edad e iba a New Academy.

Según había podido escuchar en otro avance, no había denuncia por desaparición alguna, pues al parecer, el crimen había sido muy reciente. Christie llegó a asegurar a sus tele-espectadores, que el cuerpo estaba todavía caliente.

John sabía que no había nadie del Canal Cuatro en el lugar de los hechos. Subió otro escalón y se retorció de dolor y se acordó de los padres de aquellas pobres criaturas que el reverendo Larry destrozó, llevándose a sus hijas a un cielo incierto. Lleno de dolor. Como el de su vejiga. Y pensó en Peter, en la posibilidad que tenía de parar toda esta locura siniestra.

Finalmente, llegó al pasillo y deslizó los pies por el linóleo mientras resoplaba. Abrió la puerta del cuarto de baño y esta golpeó la pared, ya que no tenía tope que la frenara. John se bajó el pijama con su mano huesuda y se sacó su pene sobre la taza del retrete. Una punzada le subió hasta la sien y empujó con todas sus fuerzas, aunque el dolor fuera insoportable. Como el que sentían las pobres muchachas al ser penetradas por una cruz de veinte

centímetros de diámetro, pensó. Y sus labios se arrugaron y una gota de orina empezó a asomar por el minúsculo agujero de su pene, y después otra gota, y se sintió aliviado mientras orinaba.

Miró al fondo del agujero del retrete y vio algo de sangre, pero peor era lo de las pobres chicas, pensó de nuevo, y en sus cábalas añadió el espanto que sentirían ahora los habitantes de Boad Hill.

El lobo había regresado.

13

—¿No tenemos un lugar donde cobijarnos? —preguntó Ethan con el cuerpo empapado de agua.

—Sí, debajo de esta maldita tormenta —graznó Burt levantándose del suelo.

Jack, que estaba de pie junto a ellos, se volvió y sus labios esbozaron una sonrisa. Lloyd se había dado cuenta.

—Ha sido una estupidez venir aquí trajeado —dijo Richard desenchajando los ojos.

Ethan entró en cólera.

—Necesito explicar. Necesito comparar datos. Necesito hacer mi trabajo bien. Me lo estáis poniendo muy difícil.

—¿Sí? —La voz de Burt se escuchó un segundo antes que el estruendoso trueno que barrió las copas de los árboles como una onda expansiva. Estos se agitaron y la lluvia comenzó a caer con más fuerza.

—Bueno, no necesariamente ha querido decir eso —intervino Charlotte poniéndole la mano en el pecho de su compañero—. Lo que necesitamos es contrastar datos y ver si hacemos un perfil del asesino. Es como querer ir un paso delante de él.

Eso había quedado de puta madre. Su voz era melosa y sus labios carnosos hacían que las miradas se desviaran hacia ellos. Su pelo enredado y mojado, le daba un aspecto muy sensual. Pero nada de eso serviría. Ahora había dos bandos: el FBI y el sheriff de Boad Hill con sus hombres. Con sus propias reglas. Con una experiencia más que vivida. Con unos viejos recuerdos que despertaban con la lluvia de otoño.

—Y hablando de todo un poco, ¿podrían explicarnos, si quieren, claro, el caso de la chica antes que esta? —Burt se había hecho un lío con las palabras. No sabía si preguntar por una cosa o por otra. Ni siquiera recordaba el pueblo donde apareció la primera víctima. Aunque la primera para Burt era Kaylee.

—¿Se refiere a la chica que encontramos en Place Land hace unos días? —Ethan había vuelto a la normalidad, pero su cabello aplastado por el torrente de agua le hacía perder el brillo de su color.

—Sí, claro.

—Se llamaba Maya Grey. Su padre es un conocido abogado de la zona, pero trabaja en Nueva York.

—Un poco lejos, ¿no? —Los ojos de Burt se abrieron mostrando el lado blanco bajo su sombrero de fieltro, que no paraba de regar sus hombros.

—Bueno, sí. Por eso lo localizamos tarde. —Ethan hizo una pausa casi esbozando una sonrisa y añadió—. Pero llegó a tiempo para determinar que era su hija.

—¿Es que no tenía mujer?

—Está divorciado. ¿Pero qué coño es esto?

—Solo estoy preguntando. Yo también quiero informarme. Como usted.

Jack escupió al suelo, delante de ellos. Charlotte miró hacia otro lado y el cielo se iluminó una vez más. Martín fijó su mirada en el cielo. Por esa maldita carretera no estaba pasando ningún jodido coche.

Peter continuaba en cuclillas, en el suelo, frente al cadáver. Observándola. Contemplándol. Sentía algo en su interior, un hormigueo y un vacío que no explicaría nunca.

—Maya era una chica joven, de la misma edad que esta pobre chica —explicó Charlotte, y los rostros de los agentes se volvieron hacia ella—. Cuando la encontramos, estaba cubierta de hojas, muchas hojas. Y, al destaparla, la vimos desnuda. No había ninguna prenda de ella, al menos, alrededor. Más tarde, encontramos sus bragas a unos trescientos metros del cuerpo. Las llevaba un perro de la zona en la boca. Era la única pista que teníamos. Pero en esas bragas no había ningún pelo, huellas ni semen. De modo que el asesino no dejó ninguna huella, ni siquiera en el cuerpo de Maya, a la que le desgarró la vagina y el ano. En la autopsia vimos cómo las trompas de Falopio se habían movido de sitio y el útero estaba destrozado, junto a la vejiga. El asesino utilizó una barra o algo así, y removi6 todas sus entrañas con violencia. Nunca habíamos visto una cosa así.

Todos permanecieron callados por un momento ominoso, solo roto por otro estruendoso trueno.

—Nosotros si lo habíamos visto antes —dijo Peter volviendo la cabeza y los cristales de sus gafas brillaron al ser alcanzados por los faros de los vehículos patrulla.

—Utilizaba una cruz —acució Burt tocándose el bigote mojado.

—¿Qué? —Charlotte puso una cara de desconcierto, asco o ambas sensaciones juntas.

—¿No me diga que no lo sabía? —inquirió Burt, tocándose ahora el sombrero.

—¡Hemos leído el libro! —exclamó Charlotte.

—Mira qué bien. Investigan leyendo libros —soltó jocosamente Burt.

—No. También accedimos a todos los casos. Leímos cada uno de los informes —explicó Charlotte, ahora con los ojos casi un milímetro fuera de sus cuencas. La presión ocular había alcanzado el máximo nivel y, en ese momento, se salieron sus ojos hacia afuera, literalmente.

—¿Nos están vacilando? —apuntó Ethan, pensando que todos callarían.

—No, qué va. Solo hacemos nuestro trabajo —dijo la rasgada voz de Burt.

A alguien le parecía que se estaba repitiendo toda la historia de nuevo. Burt recordó que ya se lo había contado a Peter por teléfono hacia un par de horas, o quizá menos. Y sí, les estaban poniendo las cosas difíciles a los del FBI.

## 14

Cuando hubo acabado de miccionar por completo y se hubo guardado el pene bajo el pantalón del pijama, John se miró las yemas de los dedos y descubrió que estaban rojas. No era mucha la sangre que había en ellas, pero sí la suficiente como para hacer saltar todas las alarmas de su cuerpo. Sedosa al tacto y caliente, la pequeña gota de sangre pareció un sangrado más que otra cosa, por lo espectacular de su color.

Pero ahora estaba respirando sin sudar y había orinado, por el amor de Dios, pensó. Eso le reconfortaba. Solo le preocupaba una cosa: Peter. Qué sería de él si ahora se fuera al cielo. Esa sola idea le daba fuerzas para seguir viviendo, aunque sabía que su hora estaba muy cerca. Como también sabía que el asesino volvería a hacer de las suyas, en ese otoño lluvioso.

Vaya si lo sabía.

## 15

—El asesino utiliza un chubasquero negro —dijo de pronto Peter, arrodillado en el suelo mientras los demás callaban. La lluvia seguía cayendo con fuerza—. Tiene la cara tapada con una máscara blanca y en su mano lleva a una gran cruz de enormes proporciones. Es la misma cruz que el reverendo Larry empleó. ¡Es la misma cruz! —Sus ojos se abrieron como

platos detrás de los cristales de las gafas—. ¡Y el traje de agua que utiliza es el mismo! —Su voz se elevó como una espiral hasta sonar aguda. Se volvió hacia ellos y se quedó mudo.

Mientras todos discutían, Peter se había aventurado a rozar la fina piel de Kaylee, rozándole la mano izquierda. Después, apretándola con suavidad. En algún momento le pareció que todavía estaba caliente, pero esa sensación se esfumó como una ráfaga de viento. Tenía la mano helada y estaba rígida. Entonces, Peter le había cogido la mano, cerrando sus largos dedos sobre los de ella y sintiendo el tacto frío al tiempo que, casi de forma instantánea, se hizo la oscuridad en sus ojos, en su mente y dejó de escuchar a los demás. Sus ojos se cerraron y, tras casi una eternidad de oscuridad, empezó a ver de nuevo, pero esta vez dentro de ella. Y sus primeras imágenes fueron las últimas que vio ella.

La máscara blanca sobre su rostro y, después, la enorme cruz brillante a la luz del atardecer en una mano, alzándola como un trofeo. Mientras el asesino, cubierto por un traje de agua, le susurraba: Ahora vas a sentir placer, no te asustes.

Y, de repente, Peter había sentido algo. Tan cercano como el dolor que Kaylee habría sentido en esos fatales momentos en los que la parte más larga de la cruz la penetraba. La rajaba por dentro. La destrozaba. Peter podía sentir ahora su dolor. Su propio dolor, que se complementaba con las imágenes. El don de Peter había subido un escalón más dentro de los sucesos extraños.

El sheriff Burt le miró con ojos desencajados.

—¿Puedes ver algo más, Peter? —le preguntó.

—Siento un fuerte dolor en mí bajo vientre —explicó Peter con cara de asustado.

—No puede ser —intervino Charlotte, sin dar crédito a lo que estaba escuchando. Sus claros ojos se ocultaron tras los párpados cerrados y apretó sus labios.

—¿Cómo puedes sentir dolor? —quiso saber Burt agachándose junto a Peter.

—No lo sé. Nunca me había pasado. Ahora puedo sentir el dolor y el...

—¿Qué?

—El olor. El olor a tabaco detrás de la máscara blanca. El asesino es fumador. —Peter estaba ahora realmente asustado y su corazón galopaba bajo su pecho y retumbaba en las sienas.

Peter había visto sus últimas imágenes y sentía su dolor y el apestoso olor a tabaco. Ahora Peter tomaba todos los sentidos de la fallecida. Eso le desconcertó, asustó y entró en pánico. Como si hubiera metido la mano dentro de un cesto lleno de serpientes, Peter retiró la mano con rapidez, perdiendo toda conexión con ella.

—Esto es una pantomima —ladró Ethan moviendo la cabeza.

Peter se quedó sentado en el suelo, mojándose el culo.

—Ahora puedo sentir todos sus sentidos. Es horrible. Es horrible — repetía una y otra vez Peter, mientras se quitaba las gafas y empezaba a llorar como un niño.

Burt lo rodeó con sus grandes brazos.

—Lo siento, Peter.

Los hombres de Burt se quedaron atónitos.

Samuel era el nuevo reverendo de Boad Hill. Era un hombre de edad avanzada, de raza negra, con un cuerpo esquelético y muy bajo de estatura. Apenas tenía cabello, pero el que tenía era largo y lacio, y parecían los hilos que se enganchan en un ventilador en funcionamiento. Eran notoriamente blancos y ya habían pasado la fase grisácea. Sus grandes nudillos huesudos, mostraban un aspecto atrofiado. Samuel sufría de artritis aguda y los dolores eran constantes, pero él decía siempre que el señor estaba de su parte, que no se resistía a ello.

La autopsia de Kaylee se había producido durante el resto de la noche, en la que no paró de llover a cantaros. Ahora que las nubes daban un respiro, pero estaban presentes y amenazantes, Kaylee estaba perfectamente maquillada dentro de su ataúd, con los brazos sobre sus pechos duros y la boca y los ojos cerrados. Decía su madre que parecía que estaba durmiendo, pero aun así le dio un histérico ataque de ansiedad al lado del ataúd de su hija.

Ella se llamaba Kaylee, igual que su única hija. En eso no se habían esforzado mucho cuando la registraron con el mismo nombre, una costumbre no muy usada en el norte de Maine. Ella era una mujer alta, de grandes pechos y bastante rellenita. Tenía el pelo corto y de un color caoba. Bob, su marido, en cambio, era un canijo con dos largas piernas como zancos. El pobre estaba llorando a moco tendido en la iglesia que, nueve meses antes, había ocupado el reverendo Larry. Habían desinfectado todas las cosas que él tocó durante su estancia y dedicación a la iglesia.

—¡Ahora que tú no estás aquí, no quiero seguir viviendo! —gritaba la madre y su cuerpo se desplomaba en el suelo, produciendo un ruido carnoso.

Su marido ni levantó la vista siquiera.

Samuel levantó sus huesudas manos y las movió en dirección al cielo, como si lo señalara, pero en realidad lo que quería decir es que ayudasen a la pobre mujer. Samuel era hombre de pocas palabras y, cuando hablaba, parecía que tenía un enfisema pulmonar. Siempre estaba cansado. Y tampoco le gustaban los cánticos del coro, por lo que eliminó este elemento de sus misas.

Finalmente, dos hombres que estaban sentados en la primera fila, se levantaron para coger del suelo a la señora Kaylee. Uno de los hombres resopló cuando trató de moverla del suelo. En el fondo, se escuchaba un murmullo que hacía recordar momentos difíciles para Boad Hill. La historia se repetía, por desgracia, y las cosas no iban a ser diferentes. Aunque decidieron suspender durante una semana las clases de secundaria, las chicas aparecieron muertas, como las hojas de otoño, dentro de esa misma semana.

Pero de momento, los dos hombres de traje oscuro se acercaron al ataúd

con la intención de meterlo en el coche fúnebre. La tapadera del ataúd se cerró para Kaylee.

Y tanto Burt Duchamp como sus hombres, estuvieron presentes en la misa, en busca de caras sospechosas. Y los agentes del FBI con nuevos trajes, perfectamente planchados, estaban tomando notas. Sus caras agrias otearon los rostros de los allí presentes.

Todo eso fue a las doce del mediodía.

Y, a partir de la dos de la tarde, Kaylee reposaba eternamente bajo cientos de kilos de tierra en un cementerio de un pueblo desconcertado y donde todos, de nuevo, eran sospechosos.

## 17

El timbre del teléfono sonó a medianoche. El sonido parecía el timbre de los bomberos, y las ondas acústicas rebotaron por todo el salón y en la cabeza de Burt. En esos momentos, en los que se iluminó la pantalla táctil, Burt ya llevaba cinco cervezas en su estómago y estaba haciendo malabarismos para beberse la sexta cuando, al abrirla, la espuma se asomó al borde la lata y bajó, resbalando hasta los dedos.

—¡Joder, siempre me pasa lo mismo! —graznó a la pantalla del televisor, que era la única fuente de luz que lamía todas las paredes del salón. Fuera, había comenzado a llover de nuevo, con fuerza. Le recordaba al pasado frío invierno, cuando los copos se arremolinaban en el alféizar de la ventana. Ahora eran lágrimas resbalando en el cristal.

Dejó la lata de cerveza sobre la mesita donde tenía los pies acomodados, y sus dedos se dirigieron a su lado izquierdo para coger el teléfono, que seguía berreando como un borrego histérico. Lo alzó y vio el nombre de un viejo amigo al que no conocía personalmente. Era William, el destripador de cadáveres.

—¿Eres tú, Burt? —Se escuchó nada más pasar el pulgar por el botón

verde.

—No. Soy la mujer de Burt. He vuelto con él, ¿sabe?

—¡Oh! Yo también estoy separado.

—Qué bien. Ya somos dos lobos solitarios.

Se escuchó una carcajada en la distancia.

—Soy William. El forense.

—Sí, lo sé. Estaba ansioso por escuchar de nuevo tu voz. —Los labios de Burt se estiraron hasta formar una risa maliciosa en la penumbra.

—Siempre tan bromista, ¿verdad?

—Y usted siempre tan puntual. Son las doce y un minuto de la noche.

—Lo siento. Es cuando termino mi turno.

—¿Tantos asesinatos ocurren al día? — Se alarmó Burt, algo impropio de él.

—No, también hay accidentes de tráfico o de trabajo. —Hubo una pausa y la voz de William llenó la línea—. Estos últimos días han muerto varias personas por las inundaciones. ¿Llueve por ahí?

—No, qué va. Aquí solo son meadas de pájaros que atraviesan el cielo.

Esto provocó que hubiera otra pausa. Se escuchaba el repiqueteo de las gotas de la lluvia en el tejado de la primera planta. Burt pensó que las gotas debían ser como puños de grandes.

—Bueno, a lo que iba. Te llamo para darte el parte meteorológico — bromeó William.

—Está bien, hable. —Burt se quedó sorprendido.

—Desgraciadamente, debo decirte que se repite la misma historia. Lo que nosotros llamamos *modus operandi*, lo cual significa que o bien ha resucitado el asesino o hay alguien que lo está imitando. Yo me inclino por la segunda opción. Y podríamos hablar de un nuevo Jack pies de pluma...

—Ese apodo se lo puse yo al asesino porque no dejaba una maldita huella de su pie en la nieve. Ahora es otoño y con las tormentas que están cayendo, muy pocas huellas se quedan grabadas en el agua o sobre las hojas de los árboles —le corto Burt.

—Pero hay barro, ¿no? — respondió rápidamente la voz de William.

Burt se levantó del sofá y empezó a caminar delante del televisor de un lado para otro, como si fuera una pelota de tenis. Le ardía la oreja.

—En tal caso, le seguiré llamando Jack pies de pluma —acució Burt con voz trémula.

—Eso podría ser una razón, ¿no deja huellas en el barro en el lugar del crimen?

—No. El agua se encarga de llevarse el lodo a otra parte. Burt estaba al borde de un ataque de ansiedad.

—Sí, es verdad. También tiene razón. ¿Quiere saber el estado de la autopsia?

—Evidentemente. —Burt se mostró algo cabreado por el tono de la voz empleada. Sus pies rozaban el suelo y se escuchaban los pasos sordos de sus zapatos. Tenía el cinturón desabrochado y la camisa abierta. La placa de sheriff pendía como una hoja a punto de caerse.

—La chica presenta el mismo cuadro que la chica de la semana pasada. Cero que se llamaba Maya. Está desgarrada por una contundente barra de metal con esquinas. Ambas chicas presentan un desgarramiento profundo del útero y ano. Bueno, todo el conjunto. El asesino esta vez se ensaña más con sus víctimas. Las penetra con el arma homicida varias veces y hurga en su interior hasta llegar a rajar la vejiga. Ninguna de estas dos chicas ha muerto por asfixia, sino por dolor. Es probable que murieran por un paro cardíaco y, naturalmente, por el desangrado. Evidentemente, no he encontrado ninguna huella en el cuello, ni en los brazos. Es como si utilizase un guante sedoso y recio. No hay semen, ni saliva ni pelos. Estoy igual de desconcertado que el invierno pasado. ¿Quién será el tipo que ha copiado el perfil del reverendo Larry?

La lluvia caía tan fuerte ahora, que el agua entraba por los huecos invisibles de la ventana. Burt tocó la parte húmeda con la yema de su dedo índice mientras que, con la otra mano, seguía sujetando el teléfono móvil con la oreja.

—No lo sé. Dímelo tú —contestó Burt de mala gana.

Y William cortó la comunicación.

18

—¿Cómo fue la experiencia, hijo? —Era la primera vez que le había preguntado eso a su hijo después de dos días en silencio. Él escribía y John meaba sangre. Pero ahora estaban los dos sentados en el sofá. Eso fue un día después de enterrar a Kaylee.

—Extraña. —Esa fue la única palabra que Peter consiguió decir.

Su padre le guiñó un ojo y él, en respuesta, le dirigió una sonrisa de incertidumbre y volvió a sumirse en la confusión y el vacío.

Durante al menos dos minutos, John no le prestó la atención merecida a los pechos de Christie y contempló lo asustado que parecía su hijo. Recordaba que, cuando tenía seis años, le había tocado la mano y el jodido le había leído su pensamiento: “¡es un coche de policía!”, había dicho todo entusiasmado, y esa fue la primera vez que detectó algo raro en Peter, además de ser miope y medio cegato. Las gafas se le caían de la cara y su pequeña nariz no podía sujetar la armadura de las gafas. Más adelante habían sucedido otras cosas. Casi siempre que tocaba la mano a mamá sabía lo que iba a cenar. Entonces un buen día, él lo llamó brillo. Una sola palabra. Brillo. Y así quedó la cosa hasta que mamá murió. Peter había sabido sobrevivir con ese don sin contárselo a nadie, pero lo había utilizado en alguna ocasión en la escuela secundaria y más adelante. Pero solo empujaba y veía cosas. Nunca cosas extrañas, como ahora había mencionado. John sabía que le ocultaba algo, por eso le cogió de la mano y habló en tono serio.

—Mira, Peter, yo no tengo ese don que Dios o quien quiera que sea te ha dado, para bien o para mal, pero sé que te pasa algo. Lo veo en tu cara, hijo. Siempre he sabido cómo te comportas y esta noche me estás ocultando algo...

—¿Y tú también? —preguntó de repente Peter alzando la vista, oteando su rostro, iluminado de decenas de colores que se proyectaban desde la pantalla del televisor como un extraño juguete.

John sintió una extraña sensación en su estómago vacío. No había cenado esa noche. Un frío intenso le recorrió la espina dorsal y temió lo peor: que le hubiera descubierto.

—No sé a lo que te refieres, hijo —dijo con voz trémula. Quiso deshacerse de la mano de su hijo, pero este se la estaba apretando con fuerza.

Peter adquirió un semblante serio y triste a la vez.

—Vamos a jugar un sencillo juego, el de las adivinanzas, como cuando yo era un crío y tenías más pelo. Tú me dices lo que te pasa y yo te diré lo que me pasa a mí. Si no aceptas lo sabré igual. O quizá ya lo sepa y por eso estoy triste.

John sabía por qué derroteros iba Peter.

—No hagas de esto una tragedia —dijo John tirando de su mano. Entonces, un lacerante dolor se pronunció desde la ingle hasta el corazón. Quiso disimular bajo las vacuas luces, pero sus labios le delataron.

—Estás preocupado.

—Vamos hijo, que son más de las doce y tengo sueño.

—Esta tarde mismo, una gota de sangre ha fluido hasta tus dedos. El dolor es insoportable. —Peter arrugó todos los músculos de la cara y empezó a sudar por la frente—. El dolor es terrible y ya llevas tiempo así.

De un golpe, su padre se desprendió de la mano de su hijo, el cual estaba haciendo extrañas muecas, como si sintiera el dolor. Algo que no sabía que así era hasta este momento.

—¿Qué te pasa, Peter? Tienes mala pinta...

—¡Tú sí que estás mal! —Peter le había levantado la voz, algo impropio de él. Que recordase, nunca le había levantado la voz, exceptuando cuando le hablaba desde la cocina, que tenía que gritar para que le escuchase. Su rostro estaba gélido.

Su padre se hundió en el sofá, deseando que se lo tragara. El dolor había desaparecido de repente y una cara de preocupación brilló bajo esas luces pálidas. De fondo, ahora, había un murmullo, el de la televisión. Pero antes su hijo le había chillado y había visto en él un rostro diferente.

—Te noto estresado, hijo. —No se le ocurrió otra cosa, mientras sus ojos se habían dilatado y su boca estaba casi abierta.

—Perdona, papá —dijo Peter al tiempo que le tocaba la rodilla a su padre. En ese momento, no sintió ni vio nada. No hubo brillo. Solo existía cuando el contacto era directo con la piel—. No quiero que te mueras ahora. —Y comenzó a llorar a moco tendido.

Era la primera vez que veía a su hijo así, claro está, después de la muerte de su madre.

Ethan y Charlotte se habían hospedado en el único motel que había en Boad Hill, y no tuvieron otra ocurrencia que llamarlo Rooms Boad Hill.

Era sencillo.

Pagabas treinta y cinco dólares por una habitación doble y te ponían las sábanas limpias por la mañana temprano. El dueño, apodado El toro por su forma física y por otras cosas que no venían al caso, se llamaba James Sand. Media un metro ochenta y cinco y pesaba unos ciento treinta kilos. Su enorme barriga le llegaba hasta los pezones. Se pasaba todo el tiempo apoyado en la barra del recibidor, donde sobre su alisada superficie había una campanita color bronce que destellaba bajo la mezquina luz de cuarenta

vativos. ¡En el siglo XXI, por Dios! Detrás de él se mantenía a caldo un pequeño televisor que tenía el servicio por cable. Casi siempre, el murmullo del altavoz era su fiel compañía. Su mujer, Lisa, le había puesto los cuernos con un banquero de Boston, que había ido para una noche loca de verano en el vetusto motel.

Podías aparcar el coche frente a la puerta de tu habitación, ya que eran como pequeños cajones en una larga fila de puertas y compartías cuarto de baño cada tres habitaciones. Por suerte, en esa época del año, todas las habitaciones estaban libres, excepto la de Ethan y Charlotte. Su Ford se vislumbraba en el parking. Eso también supuso el motivo por el que tanto Ethan como Charlotte dilataran su tiempo haciendo preguntas a James. Desde Rachel, la primera chica aparecida muerta bajo la nieve hasta la última descubierta después de que se quitara la vida el reverendo Larry, una tal Emily Carter. Y, entre tanto, James les preguntaba sobre la chica encontrada en el pueblo vecino. Ahí el FBI no daba explicaciones.

Como tampoco se las dieron los lugareños y algunos padres de esas pobres desgraciadas del invierno más espantoso de los últimos años, cuando bebían hasta caerse de espaldas, literalmente, en el bar de Moll.

Cuando Peter iba a contarle lo que le pasó al tocar a Kaylee, ellos estaban durmiendo a pata suelta, y las gotas como puños empezaron a rebotar en el frágil techo de la habitación, con su particular ronroneo.

## 20

—Esta vez ha sido diferente. He podido ver en ella pero, además, he recibido el dolor en mi cuerpo y el olor a tabaco. El aliento del asesino. Nunca me había pasado esto. Creo que me estoy volviendo loco. ¿Hasta dónde llegaré?

—¿Hasta predecir el futuro? —bromeó John.

Peter esbozó una sonrisa, mirándole de reojo.

—Eso ya es ciencia ficción.

—Claro, por eso te lo he preguntado. Te conozco como mi hijo que eres y en verdad esperaba que algún día ese brillo tuyo fuera a más. Pero creía que podrías ver con solo tocar los objetos. —John levantó su huesuda mano en el aire formando un arco hacia la espalda, como simulando algo que se estira o se va.

—¿Ver las cosas que veo tocando solo un objeto? Eso suena bien, pero es ficción también —dijo Peter tocándose las gafas.

—También el brillo es ficción —acució su padre, repantigado en el sofá.

—No. Eso les sucede a muchas personas. Lo llaman telepatía y pueden ver dentro de una persona en la distancia. El Ejército Ruso entrenaba a hombres así. Los tenían en un cuarto y, con la sola energía de su empuje, descubrían las decisiones del enemigo. Hubo muchos experimentos de esos... No sé si aquí ha habido algo por el estilo, pero no me extrañaría.

—Eso suena a algo poco creíble, hijo —dijo con delicadeza su padre mientras le tocaba ahora el hombro derecho.

—Lo he leído en Internet —anunció Peter, acurrucándose hacia el cuerpo de su padre.

—Siempre lees mucho —dijo su padre, sonriéndole y mesándole el pringoso cabello.

—Y volviendo al principio. —Peter miró fijamente a su padre, levantando la cabeza como un pato—. Ese dolor que he sentido al tocarte, ¿lo puedes resistir?

—¡Buaj! —sonó quebradizo, mientras meneaba la cabeza en todas direcciones.

—Y dime una cosa para terminar esta velada...

—¿Qué, hijo?

—Que mañana irás al médico para que te vean eso.

—Vale. —La voz de John no sonaba muy segura.

—¿Me lo prometes?

John meneó de nuevo la cabeza, como si esta estuviera sujeta a un muelle.

—Está bien. Te lo prometo. —Pero mentía.

Y el reloj dio las doce y media en un sonoro clank.

## 21

Matthew entró empujando la puerta con gran ímpetu y esta golpeó el cristal al final de su recorrido. El cristal se rompió y se resquebrajó, dibujando una tela de araña. Su silueta, con la cabeza calva, apareció tan pronto como un racheado de agua entraba por el hueco de la puerta. Dos o tres hojas volaron hasta el suelo más inmediato, que se cubrió de agua como si hubiera un escape bajo el destartalado suelo. Una de las hojas llegó al mostrador de la comisaria.

—¡Mi hija no ha regresado a casa desde anoche! —gritó el hombre con los ojos desencajados.

Burt escuchó el ruido desde su despacho a través de la puerta cerrada de cristal. Estaba bebiendo una taza de café, con los pies sobre la mesa y el sombrero de fieltro encajado en su cabeza.

Lloyd Chambers estaba en ese momento detrás del mostrador, apoyado con sus huesudos codos. Sus ojos, simplemente, se abrieron un poco más. Se quedó pétreo como una estatua con la mirada perdida en algún punto fijo.

Finalmente, cuando el hombre se apoyó sobre el mostrador y le soltó el aliento matutino, Lloyd despertó del letargo.

—Tranquilícese, caballero. No pasa nada...

—¿Que no pasa nada? —Le interrumpió Matthew, dando un puñetazo

sobre el mostrador. Un bolígrafo que estaba sobre la superficie saltó levemente, pero rodó hasta caerse al suelo. A sus espaldas, la puerta ya se había cerrado de un golpe que repicó en el marco.

—Haga la denuncia aquí, señor... —dijo con voz trémula Lloyd, alzando un formulario con una mano temblorosa.

El hombre estaba enfurecido. De un manotazo le tiró el formulario.

—¿Esto es todo lo que pueden hacer? ¡Ahí fuera hay un asesino! — Señaló hacia la puerta—. ¡Y mi hija no ha regresado a casa!

—Cálmese, señor —intervino Jack con semblante serio y subiéndose el cinturón hasta el ombligo.

—¿Que me calme? ¡Son ustedes unos inútiles! —vociferó Matthew con la calva sudorosa.

Burt, enarcando las cejas, bajó de la mesa sus pies y dejó el café humeando sobre la superficie. Lentamente, caminó hacia la puerta, abriéndola con igual pastosidad. Se escuchó un tintineo de cristales. Era el cristal que seguía rajado desde el invierno.

—¿Qué coño pasa aquí? —preguntó Burt con su voz grave. Aunque ya había escuchado todo.

Matthew se relajó de inmediato.

—Sheriff, tienen que buscar a mi hija. No ha regresado desde anoche. Y he oído que ha vuelto el asesino.

—El asesino ya murió. Este es otro que actúa a semejanza. Es un imitador. A lo mejor solo lo ha hecho con una o dos chicas y abandona el ritual. No tiene sentido que continúe. A veces surgen paranoias...

Y, de repente, empezó a sonar el teléfono, que estaba a un lado del mostrador. Richard lo descolgó y, tras unos segundos, su boca dibujó una O perfecta, al tiempo que abría los ojos como platos.

Burt lo miró de reojo.

Matthew empezó a temblar.

Tenía un mal presentimiento.

22

John no fue al médico esa mañana, de modo que había incumplido su promesa. En lugar de ello, se había acomodado en el sofá viendo el Canal Cuatro. Una noticia preocupante salió de la boca de Christie.

Peter estaba haciendo unos huevos revueltos con bacon en la cocina, cuando su teléfono móvil sonó en el bolsillo de la gabardina. ¡La llevaba puesta dentro de casa!

Su padre voceó algo desde el salón.

Peter ya tenía el teléfono pegado a su oreja. Antes se había asegurado de quién era la llamada entrante. Era Burt.

Y el mal presagio se cumplió.

23

Matthew estaba sollozando como un niño apoyado en la barra de la recepción, con la cabeza gacha. Sus puños golpeaban el mostrador, como las gotas golpeaban el tejado de la comisaria.

—Usted vendrá con nosotros. Necesitamos que la identifique, señor — explicó Martin cogiéndole del brazo con delicadeza, sin hacer fuerza alguna. El hombre se dejaba guiar como un niño abatido cuando se le ha muerto su mascota.

—Todos la conocen. Aquí todos nos conocemos —no paraba decir el hombre sin levantar la cabeza y arrastrando los pies—. Seguro que es mi hija pequeña.

—Tal vez se han confundido —trató de animarle Martin.

—Seguro que es mi hija. Ha dicho Hannah O'connor, la hija de Matthew.

Burt se puso la chaqueta y, con el dedo índice, señaló a sus hombres y ellos sabían lo que quería decir.

Todos salieron en tropel por la puerta para recibir el agua de la lluvia en el rostro serio. Cuando subieron a los dos coches patrulla, encendieron las luces azules, rojas y amarillas en aquella mañana lluviosa de otoño, en dirección hacia el depósito de agua municipal, donde el jefe de mantenimiento, Owen, les estaba esperando.

24

Hicieron una breve parada para recoger a Peter. Subió al vehículo, empapado de agua, y todos apretujados en la parte de atrás, Richard, Matthew y Peter, mantuvieron el silencio absoluto durante todo el trayecto, sintiendo el corazón acelerado bajo sus pechos.

25

Vio el Ford y los vio a ellos. Los agentes del FBI, Mulder y Scally, pensó Burt, y su rostro adquirió un semblante de rabia que no podía disimular. Giró a la derecha, a un metro de ellos, que estaban junto a Owen y un par de trabajadores algo más retirados con ojos inquisidores, y frenó haciendo que las ruedas resbalasen en el barro.

El vehículo que conducía Jack se detuvo de forma silenciosa.

Después, se escucharon los golpes de las portezuelas y algo que murmuraba Burt bajo su extenso bigote.

—Buenos días —dijo Ethan mirando descaradamente a Burt con una sonrisa de idiota grabada en su cara.

—Que te jodan —dijo Burt al pasar al lado de él.

—¿Qué? —Ethan no había escuchado bien la frase.

Charlotte si lo había escuchado, pero no dijo nada. Su cabello estaba otra vez mojado por la incesante lluvia que caía ese otoño inolvidable.

Burt se abrió paso entre ellos, en dirección a Owen, un hombre con barba espesa y cabello largo, blanco como la nieve. Estaba en edad de jubilación, pero se resistía a ello. Además, se mantenía en plena forma. Con un chubasquero oscuro se cubría de la lluvia. Burt llevaba puesto el suyo, de color fosforito y transparente. Las gotas de agua repiqueteaban sobre el plástico, produciendo un sonido reconocible: el de un paraguas.

—Hola, Owen. —Burt le alargó la mano con la palma abierta y los dedos extendidos. Owen se la estrechó con una mirada de tristeza.

—Hola, Burt. Me temo que tengo malas noticias —dijo Owen moviendo la cabeza. Su cabello estaba mojado. Su chubasquero tenía capucha y Burt se preguntó porque diantre no se la había puesto.

—¿Dónde está Owen? —preguntó Burt abatido.

Owen señaló el depósito de agua que se alzaba a su lado, como un cubo enorme apoyado sobre cuatro bases de hormigón. Las había con soportes de madera, pero allí había toneladas de agua potable. Burt dirigió la mirada hacia lo alto del gigantesco bidón. Había unas escaleras que le permitan a uno subir hasta arriba.

—Esta ahí dentro —dijo Owen al tiempo que bajaba su dedo índice—. El sistema de control había detectado un problema en la salida general, de modo que supuse que había ropa o algo por el estilo atrapado en la salida. Ya sabe. —Owen se encogió de hombros y continuó—. Hay muchos gamberros en este pueblo. Pero cuando subí a ver qué pasaba y abrí la contrapuerta, la descubrí primero como una mancha borrosa, justo en la salida de la tubería general. Pero cuando mis hombres subieron con las varas más largas del mundo, consiguieron mover eso rosado que estaba en el fondo y, entonces,

subió a flote y vimos sorprendidos que era una chica joven. Estaba desnuda y el agua se había teñido de rojo al moverla. Sangraba por sus partes. Yo no le miré ahí, pero sí vi su cara arrugada y reblandecida y supe de quién se trataba. Después le llamé a usted.

—Pues tenemos que sacarla de ahí. Vamos a precintar el depósito municipal por un tiempo. Necesitaremos investigar a fondo. Mientras tanto, que la gente beba y se duche bajo la lluvia.

Owen asintió con la cabeza.

—Es Hannah, la hija de este señor. —Señaló a Matthew—. No tengo ninguna duda.

Matthew se llevó las manos a la cabeza y estaba deseando arrancarse el cabello que no tenía, pero en lugar de eso se arañó. La sangre brotó con un par de gotitas vagas, pero el agua de la lluvia hizo el resto para que pareciese que se había abierto la cabeza.

—¡Dígame que se está equivocando! —aulló Matthew desesperado.

Jack le dio unos golpes en la espalda y el hombre estalló en un profundo llanto, quedándose encorvado.

—¿Ha subido alguien más allí arriba aparte de vosotros? —quiso saber Burt mientras se acercaba al depósito, directamente hacia las escaleras. Lo decía por Ethan y Charlotte.

—Si lo dice por mí, no. No he subido, aunque podría haberlo hecho. Solo le he hecho unas cuantas preguntas a este buen hombre —intervino Ethan con la cabeza totalmente mojada.

—¡Ahórrese las palabras! —ladró Burt, poniendo un pie ahora sobre la primera barra metálica, mientras sus manos se aferraban a las barras laterales, como si fuera lo último que hiciera en su vida.

Ethan no contestó y Charlotte se lo quedó mirando con cara de incrédula.

—Tenga cuidado, sheriff —dijo Owen con aire de preocupación.

—Estoy entrenado para subir este tipo de escaleras, créame Owen. — Su pie derecho empezó a subir el primer salto. Poco a poco, ante la atenta mirada de todos, Burt trepaba por la blanca pared del depósito como una araña camina hacia el techo. Dos minutos después, llegó al final de las escaleras resoplando. Hacía ya mucho tiempo que no subía escaleras a pesar del farol que se había echado. Se miró las palmas de las manos y vio que estaban enrojecidas por la presión ofrecida durante todo el ascenso. Después, miró el cielo como si la respuesta estuviera allí y desvió la vista hacia la trampilla abierta. Efectivamente, estaba ahí, flotando como un trapo cualquiera abandonado a su suerte. Tenía la cabeza bocabajo, hundida en el agua, y su cabello flotaba. Burt se inclinó hacia adelante y alargó su mano. La sensación fue como tocar a un gusano enorme, estaba blanda e hinchada. Su piel desnuda estaba arrugada, pero mantenía el color rosado y pálido a la vez. Sus dedos tocaron el hombro de la chica flotando. La empujó, tiró de ella y, finalmente, se volvió para mostrar su cara hinchada.

—Tienes razón, Owen. Es Hannah.

Y, de repente, Matthew se tiró al suelo como un niño, y llenó de barro sus lágrimas, que se mezclaron con el lodo y el agua de la lluvia. Su corazón le había martilleado como un mazo ardiendo y sentía dolor en el pecho. Sus lágrimas salieron como un río de agua en un llanto desesperado. Charlotte se agachó para mesarle la calva, pero eso no servía de nada ahora.

—Ya se lo dije, sheriff. La reconoció al momento. En este pueblo somos pocos y conocidos todos —aseguró Owen con la mirada puesta en lo alto del depósito, sobre la silueta de Burt.

—Tenemos que sacarla de aquí —dijo Burt con cara de asqueado. En esos momentos de decepción, deseaba beberse una caja de cervezas y olvidarlo todo. La pesadilla se repetía. Pero tenía a Peter.

Entonces, los dos hombres de Owen subieron las escaleras.

John estuvo largo rato delante del televisor a la espera de que apareciera Christie con la noticia. John lo sabía, porque su hijo le había dicho adonde se iba y por qué. Así que John no tenía muchas esperanzas de adelantar nada con ver el Canal Cuatro. Eso había ocurrido hacía ya media hora, un tiempo claramente suficiente como para que una noticia se propague a los cuatro vientos. Lo más prudente era conservar la calma y no llamar a los periodistas o a la televisión local. Solo John y el entorno familiar de Matthew lo sabían. Aunque John no sabía exactamente que lo sabía el entorno familiar, pero si un agente de policía viene a buscarte a casa es porque algo ha sucedido. De modo que se reafirmó en la idea de que ya había muchas personas que lo sabían.

Habían encontrado muerta a Hannah O'connor.

Y, tras las dos chicas encontradas y el frío invierno que habían pasado, todo apuntaba a una sola dirección.

El asesino había vuelto a actuar y no parecía que fuese a parar.

Entonces, de repente, sonó el timbre de la puerta. La cabeza de John giró y dirigió la mirada hacia la puerta, que daba a la izquierda del sofá, a tan solo cinco metros.

Y vio una silueta a través del cristal de la puerta.

Tardaron más de veinte minutos en sacarla del depósito y dejarla bocarriba sobre el lodo, al lado de los puños de su padre, que había reconocido a su hija. El traslado desde el interior del depósito fue caótico, Burt y los dos trabajadores habían hecho malabarismos para bajar el cuerpo desnudo de la chica, que resbalaba como un pez. Su piel, aunque arrugada, parecía ser demasiado escurridiza bajo la intensa lluvia. Fue el propio Burt quien la sostuvo sobre su hombro izquierdo, agarrada con fuerza con sus poderosos dedos que parecían garfios en esos momentos. Resoplando, bajaba un peldaño tras otro, manteniendo el equilibrio con la única ayuda de su

mano derecha agarrada al pasamano, como si fueran los tentáculos de un pulpo. Owen había tenido la buena idea de atar una cuerda al cinturón de Burt, que sería tensada por uno de sus trabajadores más arriba de donde estaba él. Si resbalaba, lo más probable es que irían al vacío los dos, pero por suerte no sucedió así.

Desnuda y con los pechos sin los pezones, no tenía huellas en el cuello ni en los brazos, algo que Ethan preguntó sin demasiado éxito. Lo que sí estaba destrozado y sangrando todavía eran sus partes íntimas. El chubasquero de Burt se había llenado de sangre. Un alarmante color rojo parecía brillar en doscientos metros a la redonda.

—Pobre chica —susurró Burt mientras la contemplaba en busca de una posible pista ocular. La lluvia seguía cayendo con fuerza y el cuerpo desnudo de Hannah tomaba una consistencia blanda y pálida. Sus labios estaban morados y los ojos, permanentemente abiertos, fijos en los nubarrones en el cielo.

Todos alrededor de ella la miraban con tristeza y rabia, menos Ethan y Charlotte, que habían sacado un bloc de notas en el que anotaban cosas continuamente. El agua de la lluvia hizo correr la tinta y Ethan lanzó una queja:

—¡Joder, así no hay quien trabaje!

Nadie le hizo ni puñetero caso.

Entonces, Peter se hincó de rodillas en el suelo, hundiendo sus huesudas rodillas en el barro. Se ajustó sus gafas y, con semblante serio, alargó su mano derecha ante la mirada atenta de todos los allí presentes. Las yemas de sus dedos, que estaban secas, tocaron la piel mojada y fría de ella. Al principio no notó nada salvo rabia, pero no tardó en aparecer. La luz se iba diluyendo delante de sus ojos y se convertía en oscuridad. Una oscuridad creciente hasta alcanzar la más absoluta gama del negro. Un instante después vino la luz, como si estuviera saliendo de una tubería, al principio como un punto equidistante y más tarde como el hueco de una ventana, hasta que vio la máscara blanca con dos agujeros que mostraban dos ojos oscuros, siniestros, llenos de locura y maldad. Era ya de noche o, al menos, había poca

luz y no se podía ver el color de sus ojos ni los dientes apretados tras la máscara. Sintió un ruido. Eso agitó el corazón de Peter hasta latirle en las sienes e interferir en la comunicación. Ahora escuchaba los resoplidos del asesino y cómo jadeaba. Le susurraba cosas que, de momento, le parecían inaudibles. Estaba lloviendo y el paraguas había caído a un lado, arrastrado por el viento hasta destrozarse. El asesino se había fijado en el paraguas. Ahí Peter quedó desconcertado, no sabía si estaba viendo a través de los ojos del asesino o de la chica. Su rostro se puso pálido y Burt se alarmó por ello.

—¿Qué sucede, Peter? —inquirió Burt con voz suave, como si estuviera en la visita del psiquiatra.

—Parece que estoy viendo a través de los ojos del asesino o los de ella. No lo sé con seguridad. —El trance parecía alejarse, pero Peter apretó más fuerte la mano de la chica para que no sucediera la desconexión—. Ahora puedo oír también.

Y el siguiente minuto todo fue silencio.

Peter sintió el miedo de la chica en su interior. El miedo que se manifestaba con el corazón acelerado y el cuerpo sudoroso bajo la lluvia, pataleando y moviendo los brazos. Pero él tenía mucha más fuerza y la agarraba por las muñecas para inmovilizarla con facilidad. No sentía dolor en las muñecas, pues los guantes del asesino eran recios y blandos a la vez, como una esponja para no dejar huellas. Y de nuevo, olfateó el aliento del asesino. Debía haberse fumado, al menos, una caja de cigarrillos minutos antes. Su aliento apestaba a tabaco y Hannah odiaba ese olor. Peter lo podía ver y sentir.

Entonces, él agarró la enorme cruz de metal brillante, como hojas de cuchillos cruzados. Ella quiso gritar, pero él le tapó la boca. Entonces, el aire brillaba por su ausencia. Se estaba asfixiando y, en ese momento, Peter lo escuchó bien claro:

—No, no, no. Primero tienes que sentir el placer mundano. No puedes morirte así, sin más.

Era una voz familiar, pero no sabía dónde la había escuchado. El trance estaba durando más de lo habitual, porque en esta ocasión estaba viendo y

sintiendo muchas más cosas. Entonces, de repente, sintió un lacerante dolor en su bajo vientre. El dolor de Hannah. El dolor de Kaylee. Y después, cómo salía un líquido caliente y suave de dentro de ella, como si fuera la menstruación. Y, de nuevo, vio algo que lo desconcertó: el agua de la lluvia teñida de rojo. No sabía si esa visión provenía de los ojos del asesino o de los de ella. Pensó un instante, mientras el asesino la penetraba una y otra vez con el lado más extenso de la cruz, que Hannah estaba inmovilizada por la cabeza y resultaba imposible que viera su propia sangre. Para ello debía levantar la cabeza. Y, mientras esto sucedía, sintió un dolor mucho más terrible que los demás. Tanto que se llevó una mano a la barriga y después al pecho. El asesino tenía unas grandes tijeras brillantes con las que le cortó los pezones. Con un fuerte ataque de náuseas, Peter dejó de sostener la mano de la chica y la retiró de forma repentina, ante el estupor de Burt, sus hombres y Owen. Mientras tanto, Ethan había estado apuntando frases borrosas en el cuaderno. En una mano tenía preparada una grabadora que había sido puesto en marcha.

—¡No puedo seguir! —gritó Peter con los ojos desencajados.

—Tranquilo Peter, bastante estás haciendo ya. —Burt le tocó el hombro mojado.

—Quiero seguir a ese hijo de puta —dijo Peter jadeando—. Quiero ver su cara. Quiero verlo morir. Es peor que el reverendo Larry...

—Jack pies de pluma —susurró Burt. Eso no lo captó la grabadora de Ethan, pero lo anotó en su bloc de notas.

—Esta vez lleva una máscara blanca, en la que he podido ver sus ojos. Estaba oscuro, aunque eso no me ha impedido ver el odio en ellos. Quizá locura —explicó Peter sentado en el suelo y apoyado con sus manos hundidas en el barro.

—¿Viste el color de sus ojos? —preguntó Ethan abriéndose paso—. ¿Podrías hacer un retrato robot del asesino?

—Aquí el que hace las preguntas soy yo —graznó Burt mirándole de reojo—. Y ahora, si me permite, apártese para que corra el aire.

—Señor sheriff, quiero que sepa que nosotros podemos actuar en

cualquier territorio...

—¡Ethan! —Le cortó Charlotte razonando.

—¿Lo ve? Hasta su compañera me da la razón —dijo Burt volviéndose hacia Peter con una sonrisa en los labios.

—No es eso. La verdad es que soy menos impulsiva que mi compañero —explicó Charlotte, retirando su mano del pecho de Ethan, con la cual le había detenido momentos antes.

—¡Vaya! —se jactó Burt.

—El asesino fuma. Es la segunda vez que huelo su aliento —dijo de repente Peter, prosiguiendo con su análisis de lo sucedido—. Estaréis pensando que estoy loco, pero es verdad, puedo oler lo que la víctima olfateó antes de morir. Suena ridículo, pero es así.

—Te creemos, Peter. Adelante. —Burt lo cogió del brazo. Él estaba en cuclillas frente a Peter.

—Está obsesionado con el placer carnal. Él lo llama mundano.

Ethan se acercó un poco más para que su grabadora registrara la voz de Peter, que temblaba ahora.

—¿Has visto algo diferente esta vez? —quiso saber Burt mientras le miraba con sus ojos penetrantes. La lluvia le había despojado de toda resaca.

—Hay dos detalles que me hacen pensar que he visto a través de los ojos del asesino. El paraguas arrastrado por el viento y su sangre fluyendo por el agua.

—Owen, ¿has encontrado algún paraguas? —preguntó el sheriff guiando ahora su mirada hacia el viejo.

—No, señor. No he visto nada. —tenía una mano sobre su pecho y meneó la cabeza.

—Quizá no murió aquí —dijo Peter y añadió con tristeza—. No he podido ver ninguna zona del lugar en el que ocurrió. Solo que estaba ya casi

oscuro y llovía.

Burt asintió con la cabeza.

—Primero el frío invierno y ahora este jodido otoño lluvioso —se quejó Burt levantándose del suelo.

—He visto la cruz. Es como un arma afilada por los extremos. Yo diría como dos estacas metálicas cruzadas. Y puedo sentir el intenso dolor que sufren antes de morir.

28

La ambulancia llegó más tarde. Los dos hombres bajaron una camilla de ella y pusieron el cuerpo desnudo de Hannah. Su padre se tiró, literalmente, sobre ella y un médico tuvo que inyectarle una dosis de tranquilizante. Una cantidad como para dormir a un caballo.

Burt le había cerrado los ojos a la pobre desgraciada y, cuando al fin se fue la ambulancia, desapareciendo de su vista como dos puntos lejanos de color rojo, sacó su teléfono móvil y marcó el número de William Forrest.

Al primer tono, una voz rasgada contestó.

—¿William?

—Sí. ¿Eres Burt?

—Por desgracia, sí. Nunca te llamo para beber unas cervezas juntos. Además, no eres el tipo de hombre que yo busco. —Parecía tétrico bromear en esa situación.

En el otro lado de la línea se escuchó una carcajada.

—Dime, Burt, ¿qué ha pasado ahora?

—Te envío otra nueva víctima. Esta vez quiero que la examines de arriba abajo. Quiero saber con qué narices le han cortado los pezones, por si contiene algún elemento nuevo...

—¿El qué? —le ladró William.

—El filo de las tijeras con las que se los cortaron. Podría haber restos de saliva o yo que sé.

—Burt, un asesino no va lamiendo el filo de sus armas blancas.

No hubo contestación.

Ethan había puesto el oído en la conversación, pero Burt se había alejado a varios metros de él.

Finalmente, Burt contestó:

—Bueno, eso no se sabe. Hay sádicos de todo tipo. Necesito que hagas una doble autopsia esta vez. Por desgracia, no van con nada de ropa puesta para las pruebas. Está completamente desnuda y no hemos encontrado ni las bragas.

— ¡Vaya! ¿Es un fetiche?

—No lo sé. Solo sé que se repite la misma historia y el reverendo Larry debe estar siendo devorado por los gusanos ahora mismo...

—Ya ha sido devorado, Burt. Los gusanos comen con rapidez. Ahora estará como un cartón seco y rígido —le atajó William.

—Llame pasadas las doce de la medianoche, para variar —dijo Burt y colgó.

Cuando regresó al grupo, en el cual destacaba Peter antes que sus propios hombres, empezó un reguero de preguntas por parte de Ethan.

—¿Dónde está la ropa de la chica?

Peter no respondió. La lluvia había amainado un poco.

—Según Owen, no ha encontrado nada alrededor —explicó Richard, el nuevo, pero ya con nueve meses de servicio con ellos.

—Se lleva la jodida ropa —acució Lloyd.

—¿Adónde se la lleva? —preguntó Ethan, siempre tan inoportuno.

Burt se cruzó de brazos.

—A tu casa —contestó Burt—. ¿Acaso no están ustedes aquí para investigar el caso? ¿O solo saben llevar trajes planchados para ponerlos a remojar bajo la lluvia?

—Estamos haciendo nuestro trabajo —comentó Charlotte. Lo único de inteligente que había en ella era su belleza y sus labios.

—¡Pues rastreemos la zona! —vociferó Burt con su sombrero de fieltro chorreando agua por las esquinas.

Y no encontraron nada.

29

—No sé si creerme lo de ese hombre de cabello sucio —dijo Ethan de forma despectiva—. Pero es morboso.

Burt tenía los pies sobre la mesa y se estaba acariciando el bigote.

Tú habla, que no te hago ni puñetero caso, pensó Burt mientras le mostraba su cara más amarga.

Charlotte estaba sentada al lado de Ethan, en una incómoda silla. Tenía el pelo seco y se lo había peinado. Resultaba hermosa. Era lo único que valía la pena mirar. En cuanto a Ethan, le caía como una patada en todos los cojones.

—He estado intentando hacer unas preguntas a los padres de las fallecidas en invierno y parece que ya nadie recuerda nada —explico Ethan mientras se movía inquieto en la silla.

—No escarbes en la herida —repuso Burt bien acomodado en su silla. Su culo se había hecho a la forma ovalada de la superficie de su silla, que tantos años le estaba acompañando.

—Ustedes no nos dejan avanzar hacia ninguna parte. ¿Sabe lo que

representan los agentes del FBI?

—Para mí, y seguramente para mis hombres, nada.

Estallaron de pronto una serie de carcajadas que penetraron en el cristal de la puerta de su despacho.

Charlotte se volvió hacia la ventana, que estaba situada justo al lado de la puerta, y solo consiguió ver a Jack de espaldas. Había sido un repentino ataque de risa que ahora se había ahogado solo en el denso aire de la oficina del sheriff.

—Están todos ustedes de acuerdo en joderme la vida —dijo Ethan sonriendo cínicamente. Sus ojos brillaron como los de un niño muy travieso a punto de hacer una de las grandes.

—En Boad Hill nos conocemos todos y las cosas se guardan en casa. Ahora todos están asustados y no colaborarán en nada porque no tienen nada que contar. Usted, con ese traje planchado, solo sabe hurgar en las heridas. Todavía no he escuchado de su boca algo coherente que nos lleve al asesino. Me juego el cuello a que no tiene ni puta idea. — Burt hizo un alto y, señalando a Charlotte, añadió—. También lo digo por usted.

Ethan se enojó y sus ojos se inyectaron en sangre. Su pie derecho, que estaba doblado encima de su rodilla izquierda, estaba inquieto, moviéndose como la biela de un pistón.

—Voy a abrirle un expediente a usted y a esta comisaria.

—Hágalo.

Ethan supo con certeza que no lo haría. Al fin y al cabo, nadie tenía nada. Ni él mismo había descubierto nada.

—Qué me dice del de las gafas enormes. Ese que se pone en trance cuando coge la mano de una de esas chicas. ¿Usted le cree? ¿O son bobadas?

—Peter descubrió a Jack pies de pluma.

—Sí, pero no me creo esa pantomima. Creo que se lo he dicho en alguna otra ocasión.

—No lo recuerdo —dijo Burt con semblante serio.

La verdad es que Ethan tampoco lo recordaba.

Charlotte siguió escuchando y su verborrea era inexistente. Apenas hablaba.

Ethan se puso más nervioso.

—¿Qué me dice de los detalles de los asesinatos? ¿No le dicen nada?

—El forense nunca encuentra huellas y solo puede determinar la causa de la muerte —le cortó Burt y completó—. Además, toda esta historia ya la hemos vivido, y sabemos que se trata de un imitador del reverendo Larry. La cuestión es: ¿Quién será esta vez? Dudo que sea alguien de aquí.

—¿Cómo sabe eso?

—Ya le dije que aquí todos nos conocemos. Solo hubo un caso aislado de un tarado llamado Tom. Pero eso fue hace muchos años.

—¿Quién es Tom?

—Averígualo. —La voz de Burt sonó grave e hizo eco en su despacho. Un eco extraño.

Ethan emitió un resoplido.

Charlotte seguía impávida, como siempre.

Peter había regresado a casa acompañado de Jack y, cuando la puerta se hubo abierto, el viento y el agua se arrastraron como serpientes hacia el interior y allí estaban ellos, su padre y Denny. Este último, con una extraña mirada llena de tristeza que lo delataba. Entonces, Peter caminó hacia ellos deslizándose por el corto pasillo como un fantasma y se sentó al lado de Denny, en el sofá. Inmediatamente, el agua que había absorbido la gabardina encharcó el asiento del sofá y el frío húmedo llegó hasta el culo de Denny,

quien lo seguía mirando con un halo extraño.

—¿Cómo ha sido la experiencia? —John le había hecho esa pregunta porque el rostro de su hijo se lo pedía a gritos.

Tras un largo periodo de silencio entre los tres, Peter dijo:

—Extraña.

—Eso lo dijiste la otra vez —replicó su padre.

—¿Qué te pasa, Peter? —Le preguntó Denny tocándole el brazo.

—Lo más absurdo del mundo —contestó Peter, apoyando la cabeza en el respaldo del sofá. Su pelo seguía estando sucio y aplastado. Sus gafas, llenas de gotas de agua que resbalaban hasta su mejilla—. Ahora resulta que, además de ver, sentir, y oler, puedo ver a través de los ojos del asesino. — Peter había levantado las manos con las palmas hacia arriba y los dedos estirados, mientras su cara era todo un poema.

Denny sintió un poco de miedo.

Su padre enarcó una ceja.

## 31

A las doce y cuarenta y cinco, sonó el teléfono más ruidoso del mundo en medio de una gran tormenta, esta vez sin rayos ni truenos, pero sí agua con abundancia. William Forrest se había retrasado y Burt pensó que a lo mejor lo hacía para tocarle los cojones. Nada más alzar el teléfono móvil y poner la yema de su dedo pulgar sobre el cuadradito verde, escuchó la voz del destripa cadáveres, como le llamaba él.

—Burt, creo que esto no avanza.

El puño de Burt, el que no sujetaba el teléfono, apretó con fuerza la lata de cerveza y el contenido se derramó en el suelo, formando un charco muy similar al de una meada.

El ataúd estuvo abierto durante lo que duró la corta misa. Samuel no era el tipo de reverendo que se pega puñetazos en el pecho y da largas charlas sobre las bondades del señor. Samuel era estricto. Daba la misa de despedida en un sepelio ridiculizado y mandaba al difunto directamente al cementerio, adonde debían llevarlo en coche dado que sufría una fuerte artritis en las rodillas.

Los padres de Hannah explotaron en lágrimas como chorros de agua saliendo de sus ojos y apretaban con fuerza sus puños hasta hacerse sangre con sus uñas. Sabían que no podían hacer nada más. Y, en especial, Matthew, el padre de Hannah, que había visto que el asesino no había dejado huellas y lo difícil que era sacar una conclusión de todo ello. Si, al menos, el violador eyaculara dentro de ellas, habría muchas posibilidades. Pero las penetraba con un extremo de una gran cruz de considerable diámetro y, además, no las besaba ni en la boca ni les lamía los pezones. Cero absoluto. No había por dónde avanzar. Y, al parecer, la única esperanza era Peter.

Sin dudarlo, Peter se acercó al ataúd y le tocó ambas manos. Entonces, empujó en ella y se conectó. Tras la repentina oscuridad, vio un granero. Y, en el fondo, un tractor. Había algo escrito en un lateral. Ponía Bob el loco. Peter descubrió el lugar donde fue asesinada realmente Hannah y vio como se la colgó a sus espaldas y la llevo al depósito de agua municipal. Lo vio todo a través de, ¿qué ojos? Ahora sabía que el asesino era un tipo fuerte y de complexión atlética. Después, no vio nada más y todo se volvió negro de nuevo. Eso tampoco le había pasado nunca. Cuando los dos hombres de negro se acercaron al ataúd, Peter se volvió buscando a Burt con su mirada excitada.

Pero él se había marchado.

—Tienes que contárselo, Peter —dijo Denny casi en un susurro. Estaba sentado al borde de la cama de Peter, mientras este estaba sentado en la silla delante del ordenador, en el otro extremo de la habitación, pero vuelto hacia Denny. El cielo estaba encapotado y ya se hacía de noche.

—Quise contárselo en la misma iglesia, pero ya se había marchado.

—¿Para qué tienes su teléfono?

Peter agachó la cabeza.

—Lo sé. Le llamo a veces. Pero, ¿y si estuviera equivocado?

—Con probar no se perderá nada —contempló Denny, tumbándose ahora sobre el colchón. Los muelles hicieron un extraño ruido allí abajo.

—Tengo dudas. Es muy difícil ver a través de los ojos del asesino si no empujo en él, y no sé quién es.

—A lo mejor no eran los ojos del asesino sino los de ella. —Se apoyó sobre sus codos en el blando colchón, que crujió de nuevo—. Es posible que fuera uno de los recuerdos de ella. Uno de sus últimos momentos.

—¿Y cuando el asesino la llevaba al depósito municipal? —El rostro de Peter arrojó una combinación de incertidumbre y perplejidad. Sus ojos aumentaron de tamaño tras las gafas de cristales de aumento.

—Eso podría haberlo visto igualmente ella. —Ahora Denny se dejó caer sobre el colchón y los muelles hicieron el mismo extraño ruido de antes—. Yo que tú, le llamaría ahora mismo y se lo diría.

—¿Qué?

—Que mi hermana está enamorada de ti —bromeó Denny esbozando una amplia sonrisa, dirigiéndola hacia el techo.

—¡Tú qué sabes de ella! —exclamó Peter sonrojándose—. ¿Quién te dice que me gusta?

—Todo, Peter. Todo.

Y así quedó la cosa con respecto a Ann.

Con respecto a Burt, Peter había decidido que iría a verle a la comisaria.

34

La puerta se abrió como si dos forajidos la hubieran pateado hasta doblégarla de un puntapié. Y, con las siluetas de los malvados, entraba el chorro de aire frío y las gotas de agua. En el oeste, esto sería cambiado por el polvo del desierto. El sol, que no había salido en la última semana ni un escaso minuto, se había escondido ya detrás de las montañas rocosas, por el tono que habían adquirido las nubes en lo alto del cielo, tan oscuras y rotas como las ascuas casi apagadas de un fuego.

El agente Lloyd estaba apoyado sobre el mostrador, leyendo el periódico local. Estaba satisfecho de que no se hubiera filtrado nada de la investigación. Solo estaba publicada la esquila de la pobre desgraciada y un escueto artículo que afirmaba que el reverendo Larry no había muerto, sino que se había marchado de Boad Hill y ahora había regresado con más furia.

—¿Está el sheriff Burt? —preguntó Peter con el pelo aplastado y las gafas goteando, mientras se acercaba a zancadas hacia el mostrador.

Lloyd levantó la cabeza con lentitud, como si todo el mundo le importara un bledo. Su arrugada camisa se estiró cuando puso las manos sobre el mostrador y con la cabeza hizo un gesto, guiando la vista hacia al lado. Y allí estaba él, el sheriff Burt, con los pies sobre la mesa y su eterno sombrero de fieltro encajado en la cabeza.

Denny iba detrás de Peter, arrastrando los pies y sintiendo la suavidad de la superficie del suelo. Se deslizaba como si fuera montado sobre un monopatín. Peter, con su gabardina mojada y chorreando por los faldones, y Denny, con un anorak azul inflado como un globo.

—Pasa chico. Lo tienes ahí dentro, como siempre —dijo Lloyd con su

voz grave mientras la nuez de Adán subía y bajaba por el cuello.

Jack se acercó hacia el mostrador con pasos que rozaban lo cómico. Su pesado y enorme culo arrastraba la porra, el arma reglamentaria y las esposas.

—Peter, ¿has descubierto algo?

—Puede ser —convino Peter y Denny le sonrió con un acto instintivo.

La mezquina luz de la comisaria alumbraba sus cogotes como un sol tras un eclipse.

Peter dobló los dedos de la mano derecha y golpeó levemente el cristal de la puerta.

Al otro lado de la puerta, la figura de Burt se movió.

—Ya sabes que estás en tu casa —dijo Jack—. Entra sin llamar.

Peter le sonrió levemente.

—¡Adelante, pasa! —exclamó Burt bajando los pies de la mesa.

La puerta se abrió con un ligero chirrido hasta tocar un tope situado a la derecha, en el suelo. Era de goma.

—Hola, Burt. Tengo algo que decirle —explicó Peter mientras alargaba la mano para coger el respaldo de la silla, la cual chirrió sobre el suelo. Denny se quedó de pie junto a él.

—Soy todo oídos, Peter. —Burt abrió las manos como quien abre un libro y mostró las palmas rosadas. El aire era denso y pegajoso debido a la calefacción.

Ahora, las gotas de agua que estaban atrapadas en el paño de la gabardina de Peter, resbalaron hacia el suelo, formando un charco debajo de la silla.

—En la iglesia me acerqué a Hannah y le toqué las manos gélidas. — Peter sentía cómo su corazón se aceleraba bajo su pecho—. Y algo nuevo. Creo que vi el escenario del crimen, donde el asesino se la llevó. Después vi a través de los ojos del asesino, cómo se la llevaba al depósito municipal.

—Esa posibilidad de ver a través de los ojos del asesino ya la barajaste anteayer —dijo Burt moviendo un brazo detrás de su silla, como si ocultara algo.

Peter movió la cabeza hacia un lado y sus ojos se fijaron en el borde de la silla, levantando el culo de su asiento.

—¿Sigues bebiendo, Burt?

—¿No has venido aquí a decirme algo nuevo sobre el caso?

—Solo quiero saber si sigues bebiendo, Burt...

—Una cerveza de vez en cuando —le atajó Burt y sacó la mano de detrás de la silla, con una lata sujeta y con espuma en el borde. Hizo una mueca y se sintió el ser más estúpido del mundo, por un momento casi eterno.

Peter asintió con la cabeza y se volvió a sentar.

—Bueno, a lo que íbamos. Creo que fue en el granero de Bob.

La cara de Burt se estiró en una sonrisa de oreja a oreja y, casi sin darse cuenta, sorbió un trago de cerveza. Su bigote canoso se manchó de espuma.

—Tenemos trabajo, chico —acució Burt abandonado la lata de cerveza sobre la mesa con un ruidoso golpe. Al levantarse, la silla chirrió considerablemente y bordeó la mesa para llamar a Jack y Richard.

La jodida tormenta seguía reinando el cielo de Boad Hill y el limpia parabrisas no era lo suficientemente rápido como para evacuar el agua del cristal, de modo que se acercaron despacio hacia el granero de Bob. Jack Hodge era quien estaba tras el volante. Burt, al lado como copiloto, y Richard y Peter estaban detrás. Denny había regresado a casa para contarle, con toda seguridad, todo a su hermana Ann, el amor platónico de Peter.

Peter le había explicado por el camino a Burt que había visto la palabra Bob en el lateral de un tractor. El tractor de Bob, que ahora estaba abandonado por estar fuera de tiempo de las plantaciones de maíz. Estas estarían tan altas como las de un jugador de baloncesto, algo a lo que Burt no era especialmente aficionado. Lo suyo era el béisbol.

Ahora era tiempo de hablar con Bob el loco. Un hombre calvo, alto y bastante grueso, pero con mucha agilidad. Con una barba prominente y unos ojos hundidos de no dormir. Vestía un pantalón verde de pana y unas botas verdes. Llevaba una camisa de cuadros, arremangada hasta los codos. Bob el loco nunca tenía frío ni vestimenta nueva. Siempre la misma camisa a cuadros, como si el tiempo no hubiera pasado para él nunca.

Las ruedas del coche patrulla, que iba con todas luces encendidas, se hundieron en el barro cuando entraron en la propiedad de Bob, escupiendo barro hacia atrás, dejando una bonita estampa en la carrocería, que se volvió marrón, como si hubiera pasado por un retrete lleno de heces.

—Joder, las ruedas resbalan en el barro —graznó Jack mientras embragaba y ponía marchas cortas.

—Ya estamos cerca, Jack. No te sulfures —dijo Burt.

El vehículo ronroneó en todo el trayecto desde el desvío hasta la puerta de la casa de Bob. Escupió una nube azul al cielo, que fue ahogada por la lluvia, y el motor enmudeció cuando los dedos de Jack sacaron la llave de contacto.

Las portezuelas del vehículo se abrieron lentamente, como si no hubiera fin, y varios pies enfundados en botas y zapatos se hundieron en el lodo.

—¡Mierda! —vociferó Burt mojándose bajo la lluvia y con el pie hundido en el barro hasta el tobillo.

Peter, que bien podría ser Jack pies de pluma por su bajo peso, parecía planear sobre el barro.

Con cuidado, se acompañaron hacia la puerta que estaba abierta, dejando un hueco reducido no se sabía por qué razón. Su corazón golpeó

contra las costillas cuando por su cabeza pasó el peor pensamiento.

Que Bob el loco estaría muerto.

Pero, afortunadamente, no fue así. La puerta estaba medio abierta, porque justo detrás de ella estaba meciéndose Bob en la oscuridad, viendo la televisión a una distancia más que prudente. Desde la puerta de la entrada de su casa hasta el salón, el sonido del televisor llegaba como un vago susurro.

—Bob, ¿estás ahí? —preguntó Burt al tiempo que tocaba con sus nudillos la puerta de madera. Los golpecitos no se escucharon por la intensa lluvia que caía.

—¡Maldita sea! ¿Quién es? —La voz de Bob se elevó sobre el ruido de la lluvia, mientras se movía de la mecedora como si se hubiera asustado. La puerta fue golpeada por el borde de la mecedora.

—Soy el sheriff Burt. Vengo a hacerle unas preguntas, Bob. Serán solo unos minutos.

—¿Sobre qué? —Se escuchó desde detrás de la puerta.

—Creemos que podemos encontrar algo aquí, Bob...

—¿Encontrar? —Le atajó la voz de Bob—. De vez en cuando me fumo algún que otro porro, pero no tengo nada más. Ahora estoy descansando, esperando a recoger la cosecha del maíz. Pero me temo que esta jodida lluvia me va a echar a perder toda la cosecha como siga así.

—¿Puede abrirnos la puerta, por favor?

No hubo contestación.

Peter, con sus gafas inundadas de agua, y los agentes Jack y Richard, con sus chubasqueros, esperaban pacientemente detrás de Burt, que estaba inclinado hacia la puerta.

Finalmente, con un exasperante chirrido, la puerta se abrió y mostró la figura gigantesca de Bob el loco.

Entonces, el agente Richard supo por qué le llamaban así. Sus ojos

estaban mirando a todas partes y a ninguna. Eran oscuros y tenían un halo de locura en ellos. Sus cejas eran pobladas y la barba le llegaba a la parte más baja del cuello. Su rostro estaba hinchado y parecía que un lado de su cara estaba diferenciado con la otra parte, con respecto a la simetría. Estaba calvo y tenía los dientes sobresaliendo de los labios hinchados.

—Hola, Burt. —La voz de Bob era casi tan grave como la del sheriff.

—Hola, Bob —y Burt le alargó la mano para estrechársela, pero se quedó con la mano suspendida en el aire, como un loco. Bob no le correspondió.

—¿Qué quiere preguntarme? —inquirió Bob mirando al cielo, como si ellos no estuvieran delante la puerta de su casa.

—Necesitamos saber si escuchó algo durante los tres últimos días en su granero.

—Sí. El tractor se puso en marcha de forma repentina. Salí a ver y vi que escupía humo azul hacia el cielo y sus faros se habían convertido en los ojos de un demonio —vaciló Bob.

Burt arrugó la frente.

—No hemos venido aquí para escuchar sus estúpidas bromas —dijo Burt con un semblante serio. Se estaba cabreando.

—Ni yo tampoco quiero dar explicaciones de nada.

—Entonces, admite que escuchó algo...

—¿El qué, cuándo? —le cortó Bob.

—Algún ruido sospechoso en su granero. Algo que le hiciera prestar atención.

Bob no respondió.

—¿Podemos ver el granero? —intervino Peter con voz trémula.

—¿Y quién es este espantapájaros, Burt? —Señaló la gabardina de Peter.

—Está colaborando con nosotros.

—¡Ah! Ya sé quién es. Es el tipo que te lee la mente. —Bob se adelantó un paso hasta apoyarse en la jamba de la puerta y añadió—. Dime, chico listo, ¿qué estoy pensando ahora?

Peter dio un paso atrás.

—Ya está bien —dijo Burt acercando su cara a la de Bob, mientras apretaba los dientes—. ¿Puede dejarnos ver su granero? Solo será un minuto. Usted no es sospechoso de nada.

—¿Sospechoso yo? ¿De qué?

—¿Va a colaborar, Bob? ¿O vengo después con una orden judicial?

El silencio regresó a aquella tarde oscura.

## 36

—¿Sabes que Peter puede ver a través de los ojos del asesino? —Dijo Denny a su hermana Ann, en su habitación, mientras ella estaba peinándose sentada frente al espejo del tocador.

Ann dejó que las púas del cepillo se quedaran enredadas en su pelo.

—¿Qué?

—Me lo ha dicho hoy —confesó Denny con brillo inusual en sus ojos—. Además, hemos ido a la comisaría para pedirle al sheriff que hagan una visita a Bob el loco.

Las cejas de Ann se arquearon.

—Encima de creerle, vas y lo acompañas a la comisaria como si fuera cualquier cosa. —La voz de Ann se elevó por encima del gorgoteo de la lluvia y sonó aguda.

—¿Acaso no recuerdas qué vio en ti o quién descubrió al asesino este

invierno pasado?

Ann no contestó de inmediato.

Le dio la espalda a su hermano, que estaba sentado en el borde de la cama, y dejó que, de nuevo, las púas del cepillo se deslizaran por su cabello. Finalmente, tras un ominoso silencio, dijo:

—Sí lo recuerdo. Por eso a veces me da miedo pensar en ello. Pero lo que me acabas de decir es algo imposible. Vale que pueda ver lo que tus propios ojos han grabado en el cerebro, pero ver los demás ojos sin tocarlos... Sin entrar en ellos, como bien explica en su novela, que por cierto no me menciona mucho y encima me ha cambiado el nombre, es algo irreal. Incomprensible.

Denny se apoyó sobre sus manos, que se hundieron en el edredón, y su cuerpo quedó arqueado hacia atrás.

—Dice que le parece extraño, pero así es. De momento, han ido a visitar a Bob el loco.

—Sí. Ese hombre sí que es raro también —dijo Ann terminando de peinarse.

Denny sonrió cuando su hermana se dio la vuelta en la diminuta silla en la que estaba sentada.

—¿Sabes una cosa, hermanita? —No sonó como una pregunta. No puso énfasis en la frase. Solo trataba de decirle algo que, por el momento, solo él sabía.

—¿Que Peter mueve objetos con la mente? —Arrugó la nariz.

—¿Quién te ha dicho eso?

Ann arqueó las cejas.

—¿Es verdad eso?

Denny estiró sus labios de oreja a oreja y meneó la cabeza en sentido de nones. Fuera, la lluvia golpeaba con fuerza el cristal de la ventana, que

amenazaba con ceder ante las rachas de viento.

—No. Es otra cosa.

—Pues estoy en blanco —dijo Ann moviendo las manos en el cálido aire de la habitación.

—Ahora sí que te quedarás blanca, cuando sepas que...

—¡Habla! —jadeó Ann, sonriendo al mismo tiempo. Dos hoyuelos se formaron a ambos lados de la cara, cerca de la comisura de los labios. Algo que volvía loco a Peter.

—Pero si me has cortado —repuso Denny irguiéndose en la cama.

—Me tienes ensimismada.

Hubo un rato de silencio. Sus miradas mutuas con la admiración de hermanos que eran. El murmullo de la lluvia de por medio.

—Creo que le gustas. Me lo ha hecho saber. Está loco por ti.

Ann explotó en una larga carcajada que resonó en las paredes de la habitación hasta dejar un eco en la distancia del pasillo, pues la puerta estaba abierta.

—Lo sé, hermanito —afirmó Ann tras dejar de reír—. Una no es tonta.

Denny se quedó anonadado.

—Está bien, síganme. El granero está en la parte posterior de la casa —dijo Bob mientras se adentraba en la lluvia.

—¿No va a resguardarse de la lluvia? — Le preguntó Burt con buena fe.

—No me asusta el agua. Ni el frío. Solo quiero que se marchen ustedes

cuanto antes de mi propiedad.

—Lo haremos, señor Bob —acució Burt levantando las manos a sus espaldas.

Bob recibió un aguacero frío que le hizo erizó la piel. Su camiseta blanca, que estaba amarillenta, adquirió ahora un color más oscuro. Estaba empapado.

—Este jodido otoño me va a echar a perder la cosecha como siga así — masculló Bob mientras caminaba sobre el barro, dejando grandes huellas de sus pisadas.

Burt no respondió.

—Es el cambio climático, señor Bob —saltó Richard casi murmurando. Jack lo miró de reojo con su chubasquero lleno de gotas de agua que resbalaban hacia el suelo, creando pequeños hilos de agua, como de un río en miniatura.

—Ya lo sé —ladró Bob—. Síganme.

Bordearon la casa embadurnándose de barro. Era difícil caminar con soltura y debías empujar con el pie para apartar el barro del camino. Detrás de ellos, un surco haciendo zigzag marcaba su camino.

A la vuelta de la esquina, observaron una gran puerta de madera entornada que dejaba entrever por el hueco una parte del tractor. Bob se detuvo unos metros antes de la puerta y la señaló con su dedo regordete.

—Ahí están. Mi granero, mi maíz y mi tractor. No podrán encontrar nada más —explicó Bob todo empapado, pero se equivocó.

Burt observó la entrada a ras de suelo. Solo había barro y agua. Todo liso. Ninguna huella.

—¿Cuándo fue la última vez que entró en el granero? — preguntó Burt.

—Hace unos cinco días —respondió Bob sin titubear.

—¿Y siempre deja la puerta medio abierta?

—Siempre.

38

Ya era noche cerrada. Mike, el enterrador del cementerio, todavía no se había jubilado porque amaba su trabajo, trajinar con ataúdes y preguntarse quién lo enterraría a él. Estaba caminando por el borde de la carretera, arropada por las ramas de los árboles, que parecían largos brazos que querían tocar la calzada. En una mano huesuda tenía aferrada una linterna de gran potencia, que parecía el faro de un coche. Llevaba chubasquero marrón y tenía la capucha cubriéndole la cabeza. Desde lejos parecía la silueta del perfecto sospechoso, pero su encanijado cuerpo encorvado hacia adelante hacía pensar todo lo contrario. Con el aguacero sobre sus hombros y las nubes amenazantes volando sobre su cabeza, Mike se preguntó si finalmente sería su ayudante Jonesy quien lo enterraría. Cuando estaba pensando en esto, algo crujió bajo la suela de su bota de agua del pie derecho. Era un caracol que había sucumbido a la muerte más terrorífica del mundo: aplastamiento. Mike estaba buscando precisamente eso, caracoles, y de su hombro colgaba un pequeño saco hecho de hilo, donde se dejaban ver los cuernos de estos animalitos de la naturaleza.

—¡Joder! ¡Otro caracol que me pierdo! —bramó en mitad de la carretera, a unos trescientos metros de la avenida principal de Boad Hill. Allí estaba, como una estaca, el letrero que decía:

Bienvenido a Boad Hill

Y Mike, con un palillo en la boca, que se paseaba de un lado a otro entre sus viejos dientes amarillentos, alumbraba a los bordes de la carretera nada transitada. A ambos lados de la carretera, los frondosos bosques y los somorgujos eran parte de Boad Hill. También había un pequeño río y un lago. Running Water era el absurdo nombre que había recibido el pequeño río que gorgoteaba bajo la lluvia. Mike recordó el nombre del río y se echó unas risas en la oscuridad de un atardecer muy prematuro, en el cual la intensa lluvia no paraba de caer sobre todo Maine.

Se agachó como si se hubiera encontrado una moneda de oro. Y sus dedos largos cogieron al caracol, que avanzaba con su peculiar velocidad hacia ninguna parte. Y, entonces, entre la maleza y el río de agua oscura, bajo el foco de la linterna, la vio.

Sus ojos se abrieron de forma inquietante y su boca formó una O perfecta, mientras su viejo corazón le dio un aviso en forma de punzada en el cuello, pecho y brazo izquierdo. En el campo de visión del haz de la linterna, había una mano sobre el caudal del río, como una planta marchita, los dedos apuntando hacia el suelo y la muñeca mirando al cielo. Era la mano de una mujer joven. Una chica, quizás.

39

—Pues para no haber entrado en cinco días, ¿qué hace la luz del granero encendida? —observó Burt.

—Habré olvidado apagarla.

Burt no contestó.

Bajo el influjo del chapoteo, alcanzaron la puerta de madera de grandes proporciones, y fue Bob quien terminó de abrirla de par en par.

—Adelante. Pasen ustedes y sean rápidos —acució Bob bajo la lluvia. La camiseta estaba totalmente pegada a su piel y podía advertirse que estaba recubierto de pelo, como un oso.

Ante ellos se abría una nave formada por cuatro paredes altas de madera y dos bombillas arrojando su débil luz sobre el suelo rugoso de tierra seca. Había herramientas, como una hoz de segar pendiendo de una alcayata, un martillo sobre una mesa de herramientas, una pala y una rueda enorme de tractor de recambio apoyada en una de las paredes. Pero no era las únicas cosas que había allí dentro, curiosamente ordenado y casi vacío. Evidentemente, estaba el tractor de Bob. Lo decía una pegatina pegada en un costado del mismo. Justo la imagen que Peter había visto al tocarle las manos

a Hannah antes de la despedida.

—Esto es lo que yo vi —Señaló Peter acercándose al tractor, inmóvil y en silencio.

Burt asintió con la cabeza.

De pronto, la exclamación de Richard hizo sonar todas las alarmas.

—¡Señor, mire ahí! ¡Justo detrás del tractor! —Su dedo índice estaba señalando una enorme mancha oscura, temblando.

Bob dirigió la mirada al suelo.

—Será aceite —dijo rascándose la calva.

Burt caminó hacia la mancha y su semblante serio se afianzó en su rostro. Con el chubasquero ruidoso, goteando, se agachó ante la mancha oscura y advirtió que parecía una gran costra seca. Con sus dedos la tocó y sintió que estaba apelmazada. Era tierra con algo. Atrapó con sus dedos índice y pulgar unos gramos de arena oscura y se lo llevó a la punta de la nariz. El olor dulce todavía permanecía como una fragancia en ese pequeño pedazo de tierra.

—Esto es sangre —dijo con un rostro aún más serio que de costumbre.

Bob ahogó lo que iba a decir. Una estupidez.

—Mire aquí, sheriff —dijo Peter señalándolo.

En las horquillas del tractor, en el enganche, sobre la grasa, había unas bragas rotas de color azul con rayas blancas y debajo de una rueda, abandonado, había un sujetador del mismo color.

Burt miró fijamente a Bob, mientras este hacía extrañas muecas con la boca y daba marcha atrás.

—Yo no sé nada de todo esto. No sé qué es lo que estará pensando usted, pero yo no sé nada...

—¡Y una mierda! —gritó Burt al tiempo que se llevaba la mano al intercomunicador que tenía pegado sobre el hombro, bajo el chubasquero

fosforito—. Va a tener que cantar un poquito en comisaría, y por Dios juro que si confirmo lo que estoy pensando ahora se pudrirá en la cárcel el resto de sus días. —hizo un gesto con la cabeza a sus agentes, que estaban a su lado, para indicarles lo que debían hacer: esposarle.

—Lo siento, Bob, pero queda detenido —dijo Jack mientras movía ya en las manos las esposas brillantes bajo la mezquina luz de las bombillas. No sonrió, algo inusual en él.

Ahora Peter se fijó en un cajetín de cigarrillos vacío que estaba en el suelo, aplastado, como los caracoles de Mike, justo al lado de la pared del costado del tractor.

—¿Usted fuma, Bob? —preguntó Peter con las manos hundidas en sus bolsillos húmedos.

—Peter, aquí las preguntas las hago yo —refunfuñó Burt mientras tenía a Bob sujeto de un brazo para que Jack le pusiera las esposas.

—¡No! No fumo, ¿por qué? —Bob estaba nervioso. Por primera vez en la vida le veían de aquella manera, algo sorprendidos.

—Quiero probar —dijo Peter absorto ante lo que quedaba del cajetín.

—¿Qué narices vas a probar? Está claro, las pruebas, las únicas jodidas pruebas están en el granero de Bob. Nos debe muchas explicaciones.

Peter no contestó. En su lugar, se acercó hacia el cajetín y se puso en cuclillas. Concentrado y escuchando de fondo las voces de Burt y Bob que ahora eran confusas, Peter alargó su huesuda mano extendiendo los dedos. Rozó el cartón de la cajetilla y no sintió nada especial. Su frente se arrugó y las últimas gotas de sudor resbalaron por el cristal de sus gafas, mojando el suelo.

Como si de algo extraño se tratara, lo cogió con suavidad, sin apretarlo, y se puso en pie. Una vaga mezcla de sensaciones se le vino encima. Sentía como un cosquilleo en los dedos y su mano casi dormida. En el aire, la fragancia a nicotina formó una nube alrededor de él. Apretó con más fuerza la cajetilla y empezó a ver oscuridad. Una vaga oscuridad como una penumbra, pero la luz regresó de inmediato. Su corazón bombeó más deprisa y la sangre

le pinchaba como agujas por todo el cuerpo. Mezclado con el olor a nicotina había algo fétido, putrefacto y ácido. Un aliento similar al de un muerto.

—Se está muriendo —dijo Peter y todos se callaron al instante.

—¿Qué estás diciendo, Peter? —inquirió Burt ya con Bob esposado y de espaldas a él.

—Tiene cáncer de pulmón. Por el tabaco —explicó Peter con el cajetín todavía en la mano y con las manos temblándole.

Burt le dio la vuelta a Bob y este hizo un movimiento con la cabeza en sentido de nones.

—De momento estoy completamente sano —dijo Bob, ahora más calmado.

—El asesino estuvo oculto en el hueco entre el tractor y la pared y se fumó toda la cajetilla.

Burt miró al suelo y no vio ninguna colilla.

—¿Pero dónde están las colillas? —Burt frunció el ceño.

—No lo sé —respondió Peter soltando la cajetilla aplastada, que descendió desde un metro hasta el suelo en menos de un segundo y rebotó sobre el polvoriento suelo sin hacer ruido.

Burt se llevó la mano, de nuevo, al intercomunicador. Antes la había apartado, pero ahora iba a pulsar el botón del lateral del micrófono, cuando el intercomunicador carraspeó con la voz de Martin.

—¿Está Burt? —preguntó una voz nerviosa al otro extremo de la línea.

Martin, que era quien había contestado a la llamada en las oficinas de la comisaria, se sintió por primera vez algo inquieto, presagiando alto malo.

—No está, pero puedo dejarle el aviso. ¿Quién habla?

—Soy Mike, el enterrador, y estaba buscando caracoles cuando encontré algo...

Martin empezó a sonreír. Una sonrisa que se escuchó en la comunicación.

—¿Qué ha encontrado?

Y se lo dijo todo como si estuviese susurrando.

La cara de Martin borró toda sonrisa de golpe.

41

—Jefe. Malas noticias. Ha aparecido una nueva víctima. Eso es lo que me ha dicho Mike, el enterrador. Estaba buscando caracoles cuando descubrió una mano.

Burt miró a Bob desconcertado.

—Oído —dijo escuetamente Burt, ladeando la cabeza hacia el hombro, adoptando una extraña posición.

El intercomunicador carraspeó de nuevo.

—Jefe, ¿qué hacemos?

—Lloyd y tú coged el coche y dirigios hacia la zona donde te ha indicado Mike. No quiero que se enteren los capullos del FBI, no vaya a ser que se le arruguen sus caros trajes planchados.

—Creo que es tarde, jefe...

—¿Qué? —La voz grave de Burt rebotó en las paredes del granero produciendo ecos como un trueno lejano.

—Dio la casualidad de que llamaron a la comisaria para preguntar por

novedades y se me escapó lo de Running Water. Entonces se echaron a reír y me preguntaron dónde estaba eso. No les dije nada más, pero creo que sospechan algo y que han ido para allá —explicó Martin temblándole la voz.

—Estúpido. Nunca hablas y cuando lo haces, la cagas. —Burt estaba sulfurado, respiró hondamente y añadió—. Da igual, nosotros vamos para allá. Estamos apenas a unos dos kilómetros y vosotros a un kilómetro, así que con un poco de suerte llegaran después que nosotros.

Y cortó la comunicación.

Richard, mirando las bragas y el sujetador, dijo:

—Señor, tenemos estas pruebas del crimen, ¿qué hacemos con ellas?

—Cogerlas imbécil, pero con un palillo, y meterlas en esas pequeñas bolsas que tenemos. ¿Es que tengo que explicaros todo? ¡Ah! Y quiero que toméis una muestra de esa tierra oscura. La mandaré a analizar.

Y al tiempo que había ordenado todo esto, se sacó el teléfono móvil de su bolsillo y llamó a William. Dos tonos después, la conocida voz contestó.

—¿Qué hay de nuevo, Burt?

—Tengo algunas pruebas que enviarle...

—¿Qué pruebas son? —le atajó William.

—Unas bragas, un sujetador y arena que parece estar mezclada con sangre. Tienes trabajo, chico.

Y cortó la comunicación.

No le había dicho nada respecto de la posible nueva víctima.

Dos minutos más tarde, abandonaron todos el granero de Bob el loco.

Ann estaba segura de haber escuchado un golpe que no eran las gotas de agua. Quizá algo más pesado. Desde la cama y con el camisón puesto, oteó los cristales de la ventana con el corazón en un puño. Entonces, vio que algo golpeaba la ventana y esta se resquebrajó como una telaraña. Había sido claramente una piedra y ella lo había visto. Ahora tenía el corazón latiéndole en la lengua y en las sienes y empezaba a sudar. De forma irracional, empezó a sentir miedo y después pánico. No se atrevió a acercarse a la ventana ni a poner los pies en el suelo. La luz estaba apagada y el brillo de los faros de la calle entraba por la ventana como largos dedos blancos. Sus ojos resplandecieron de lo abiertos que los tenía. Quiso llamar a su hermano, pero no se atrevía. Un terror repentino le paralizó todo el cuerpo y así se debatió durante mucho tiempo, sobre la cama, con las sábanas arrugadas y apretadas en el cuello, como si ello le protegiera de algo.

El coco estaba a punto de aparecer en alguna parte de la habitación, nena.

## 43

Durante el camino hacia la nueva escena del crimen, Peter no tuvo otra ocurrencia que llamar su amigo Denny para contarle la experiencia. Ante los ojos taciturnos de Richard, que iba en los asientos posteriores, a su lado, Peter marcó un icono que decía Denny. Transcurridos tres tonos de llamada, al descolgar el teléfono y escuchar la voz de Denny y la televisión de fondo, empezó a explicarle lo sucedido.

—Denny, no te lo vas a creer —dijo jubiloso ante la atenta mirada de Bob el loco que iba con ellos esposado—. He tenido una experiencia nueva.

—¿El qué? ¿Has conocido otra chica?

Peter sabía que Denny estaba bromeando.

—He tenido otra experiencia extrasensorial o como quieras llamarlo...

—Estás poniéndome los dientes largos —objetó Denny y se podía

escuchar una risilla de fondo.

—Puedo oler cosas si toco los objetos. —explicó Peter con los ojos brillantes tras los cristales de sus gafas. Bob seguía observándole con cara de incrédulo—. En este caso, el primero que me ha sucedido, encontré una cajetilla de cigarrillos vacía y, al tocarla, empecé a oler a nicotina.

En el otro extremo de la línea estalló una risotada y Peter podía imaginárselo con la boca torcida y los ojos cerrados.

—Normal, ahí dentro había tabaco y huele a eso. A nicotina. Qué esperabas, ¿oler el ácido sabor del chocolate?

—Había un olor nauseabundo, mezclado con la nicotina. Un olor ha podrido. Corrupto. Fétido. —Peter había puesto especial énfasis a estas últimas palabras.

La línea se quedó muda, solo con el zumbido de una avioneta, que seguramente aparecía en una película que estaban echando en la televisión.

—No sé, Peter. Eres mi mejor amigo, pero a veces me das miedo y otras me desconciertas.

—¿Por qué?

—¿Qué significa todo esto que me estás contando? ¿Qué hueles a carne podrida de un nuevo cadáver? —Sin saberlo, había dado en el clavo en lo que respecta a que había un nuevo cadáver, pero Peter no le dijo eso.

—Denny, el asesino se está muriendo. Su aliento denota que tiene un cáncer en estado muy avanzado.

La línea se quedó muda de nuevo, salvo el fuerte sonido del televisor, y ahora Peter se lo imaginaba petrificado, con el teléfono móvil pegado a la oreja y con la mirada perdida.

—Peter, ¿todo lo que me estás contando es cierto?

—Sí.

—Pues me das respeto, o quizá miedo, y también a mi hermana que,

por cierto, sabe lo tuyo sin tener ese don que posees.

—¿Qué sabe?

—Que estás loco por sus huesos.

Peter colgó el teléfono nervioso. Sus manos temblaban.

—¿Quién es este chalado? —preguntó Bob con cara de asustado.

Burt se dio la vuelta y dijo:

—El hijo de John Bray.

44

Las luces azules y rojas lamían el asfalto, la maleza y los árboles. Lloyd y Martin estaban con sus chubasqueros fosforescentes al lado de la carretera, junto al río. Mime estaba escupiendo al suelo uno de sus más comunes gargajos. Todavía tenía colgado de su hombro el saco lleno de caracoles que pugnaban por salir de allí. Los haces de dos linternas peinaban el terreno y, cuando Jack redujo a primera para detener el vehículo, el dedo deformado de Mike, turbio por la intensa lluvia, señaló al suelo. Burt se apeó el primero y entonces lo vio. Era una mano cubierta hasta la muñeca, como si la hubieran plantado allí mismo, como un palo roto.

—Estaba buscando caracoles cuando descubrí la mano. No he tocado nada. Está tal y como la encontré.

Burt le palmeó el hombro.

—Señor, llevamos un minuto aquí. No hemos procedido a levantar el cadáver —dijo Lloyd mientras le enfocaba. Burt estaba serio, pero que muy serio.

—¡Aparta esa maldita luz de mi cara! —graznó Burt moviendo una mano en el aire.

El foco se fijó ahora en la mano. El agua de color marrón la esquivaba

resbalando alrededor del antebrazo.

—No es una carretera muy concurrida y menos en esta época del año —dijo Martin—. De hecho, no ha pasado nadie.

Burt Duchamp se agachó cerca de la mano y la observó largo y tendido.

—Saquémosla de aquí —ordenó al fin—. Parece una chica joven. No lleva anillos.

Dos faros se iban aproximando hacia ellos hasta hacerse cada vez más grandes y detenerse detrás de sus vehículos. Se escucharon las portezuelas al abrirse y cerrarse y, después, unos pasos chapoteando. Eran Ethan y Charlotte. Burt lanzó un resoplido al verlos.

—Buenas, señor sheriff. Nos hemos enterado de que aquí podría haber algo —dijo despectivamente Ethan con su eterna y estúpida mirada grabada en el rostro.

Burt advirtió que ahora llevaban gabardinas.

—Siempre tan inoportuno —bramó Burt ya de pie, justo al lado del río—. No piense que le voy a hacer los honores.

Jack y Martin hundieron sus piernas en el río, que los rodeó con un torrente casi espeso y alcanzó casi sus rodillas. Con mucho cuidado, metieron las manos en el agua y tocaron el cuerpo que había debajo de la mano. El cuerpo estaba desnudo y Lloyd tocó algo blando y perfectamente reconocible: un pecho.

—Es una chica, señor —dijo Lloyd mientras Ethan enarcaba las cejas.

Con suma delicadeza, la alzaron entre los tres. Lloyd cogiéndola por los hombros, Jack por el culo y Martin por las piernas. Como si estuvieran moviendo un cuadro muy valioso, la dejaron sobre la hierba con mucha delicadeza.

Burt la miró con cierta tristeza y dijo:

—Es Natalie Milton, hija única de James.

Y es que en un pueblo tan pequeño todos se conocían.

—¿Sabe quién es, así sin más? —inquirió Ethan con una Charlotte callada a su lado.

—Aquí nos conocemos todos —ladró Burt, mientras sacó el teléfono móvil para marcar un número de teléfono: el de William.

—Sí es ella —confirmó Lloyd, puesto que era vecina suya y la había visto esa misma mañana con un paraguas en la mano y sonriendo.

—William tiene otra víctima, además de las pruebas. Se nos acumula el trabajo y ya no sabemos qué sucedió primero. Parece que el asesino está actuando con celeridad.

Ethan anotó algo en su bloc mojado.

—¿Ha dicho que tiene unas pruebas? ¿Puede informarnos de ello señor sheriff?

—No.

—Le advierto que por las malas podemos retirarles de todo esto.

Burt le lanzó una furiosa mirada.

—Es mi gente —dijo.

Como de costumbre, John, a esas horas, sobre las nueve de la noche, estaba viendo el Canal Cuatro después de ver una película del oeste. Solo veía este tipo de películas y si eran en blanco y negro, mucho mejor. En esa época, decía, existían los mejores actores del western. También los hubo al principio de incorporar el color. En la cabeza tenía centenares de nombres de actores muy buenos, todos ellos muertos ahora.

Christie ocupaba toda la pantalla y esta noche venía muy tapada para el gusto de John, por lo que se quedó sin ver esa raja entre los dos melones,

como muchas veces decía él. Cuando su esposa estaba viva, no decía esas cosas. En ese momento había un titular que decía lo siguiente:

Todavía no se esclarecen los casos de las jóvenes asesinadas.

Nada nuevo. Después, anunciaba unas intensas lluvias que asolarían Boad Hill durante, al menos, una semana más. Su puño se cerró y golpeó el reposa-brazos del sofá.

—¡Qué asco de tiempo! —vociferó a las paredes vacías en la penumbra de la única luz que proyectaba la pantalla del televisor. John también añoraba aquellas viejas televisiones con tubo catódico y no las planas de ahora, que parecían cuadros. Eso sí, se veían estupendamente.

Entonces, comenzó a sonar el teléfono que estaba en un soporte para cargar las baterías. La pantalla se iluminó con una luz verduzca y John alargó el brazo para descolgarlo. Cuando lo hizo, asintió con la cabeza.

Era su hijo Peter.

46

—Papá, voy a estar ocupado esta noche. Me retrasaré un poco. Ha surgido un problema.

—¿Una nueva víctima, verdad? —Peter podría estar viendo la cara de su padre, contemplándole con sus ojos claros, con un hilo de tristeza y convencimiento.

Peter asintió con la cabeza como si le estuviera viendo, pero reaccionó rápido.

—Sí, papá. Otra nueva víctima. El asesino tiene prisa.

—¿Por qué iba a tener prisa?

—Porque se está muriendo, papá. Te lo explicaré en casa.

Se hizo el silencio en la línea, excepto por unos chasquidos y las gotas

de la lluvia zumbando como moscas en los oídos.

—Dios te aguarde, hijo —dijo su padre—. Estás empezando a preocuparme.

Y colgó.

47

Ann seguía despierta bajo el reflejo de las brillantes luces de la pantalla del televisor, sentada con la espalda apoyada en el respaldo de la cama y las sábanas y mantas hasta el cuello, arrugadas, como si fueran un muro de contención entre el acecho y el miedo irracional.

Sus ojos observaban cada gota de agua golpeando el cristal de la ventana y cómo después se convertían en una enorme lágrima que se deslizaba cristal abajo. Tenía el televisor a poco volumen por si sentía algún nuevo golpe en la ventana y se destrozaba esta en decenas de pedazos. La mirada inquieta permanecía allí, distante al mismo tiempo. Asustada, con los latidos de su corazón más rápidos de lo habitual, todavía recordaba cuando aquel hombre la cogió del pie y cómo pudo escapar. Después se supo que fue el reverendo Larry, y recordar esto la traumatizaba. Dentro de ella, alguien le gritaba que ese hombre despiadado había regresado e iba tras ella.

Siguió observando la ventana.

48

El cuerpo desnudo yacía en medio de la calzada bajo la incesante lluvia. La piel de la chica, con cabello pelirrojo, estaba más que arrugada. Sus ojos, de forma inexplicable, seguían abiertos, ahora mirando a la oscuridad del cielo y las gotas de agua como puños. Burt y sus agentes estaban de pie, junto a su cuerpo, bordeándola. Ethan y Charlotte estaban a un paso de ellos, a sus espaldas. Peter se había quedado haciendo cábalas, con el pie sobre la

rugosa goma de una de las ruedas del vehículo en el que había venido. El agua caía a raudales a través de su gabardina, que arrastraba los faldones por el peso. Peter habría recordado todo lo que había visto hasta ahora y la evolución de su brillo, como le llamaba su padre. Era una idea obsesiva, pero que existía.

Burt chasqueó los dedos y Peter reaccionó girando la cabeza. Ethan dejó escapar una risotada, pero Charlotte, la eterna muda del siglo, le dio un codazo. Tenía mal genio. Peter lo vio y recordó otra famosa frase de su padre: muerden como los cocodrilos, en silencio.

—¡Peter! Aquí la tienes. Dame algo de esperanza. —Las manos de Burt se habían abierto bajo la lluvia, como dos garras, y su voz había sido menos grave, algo que sorprendió a sus agentes. Estaba desesperado, pero furioso por la presencia de los agentes de Expedientes X, como los llamaba él.

Entonces, el pie de Peter bajó de la goma húmeda de la rueda, hundiéndose en un charco de agua en la calzada. Ignoró ese detalle, porque no conducía, pero para los conductores esa calzada no estaba bien. Necesitaba ser reparada, ya que más que una pista lisa parecía un terreno rocoso. Arrastrando los pies y con una tristeza inquietante en su mirada, Peter se acercó a la chica. Richard y Lloyd se echaron para un lado con sus rostros enjutos. Nadie habló durante ese momento ni en los minutos que le siguieron, excepto el agua, que escribía palabras sobre la calzada. Se levantó un fuerte viento que aulló entre las copas de los árboles. El cabello de Peter estaba intacto.

Entonces se agachó, con toda la serenidad del mundo, algo que nunca olvidarían los allí presentes. Ethan se acercó con su bloc de notas y un bolígrafo que apenas podía marcar la tinta en el papel mojado.

—Es Natalie Milen —dijo con voz trémula. Algo que ya sabía Burt y sus hombres. Entonces, se hincó de rodillas dentro del charco de agua y guió sus manos hacia la mano derecha de ella. Su piel rozó una piel húmeda, blanda y rígida al mismo tiempo. Un juego de sensaciones jugó con el sentido del tacto. Apretó la mano de ella con sus calientes manos y respiró hondamente, como si se preparara para levantar una barra de halterofilia, mayor que su peso, por encima del hombro. Entonces, con sus manos sobre la

de ella, apoyada sobre sus pechos a los que le faltaban los pezones, cerró los ojos con la cabeza gacha y empujó con su mente. Empujó para entrar en ella y pronto vio la oscuridad, cada vez más creciente, más negra, más infinita, apenas unos milisegundos que perdurarían, sin embargo, en el tiempo, dentro de sus recuerdos. La luz se estrechaba cada vez más y más, hasta formar un grano de arroz y, finalmente, desaparecía para flotar en una galaxia lejana. Después se vio rodeado de imágenes y recuerdos. Cuando era pequeña y se columpiaba, cuando un día a los diez años trataba de quitarse las pecas de la cara con un estropajo, su primer beso a muy temprana edad. Esa dulzura en los labios y el hormigueo en el estómago y, después, la máscara blanca de él. —. Lleva una máscara blanca. Siempre la veo. Eso ya lo sabemos...

—Continúa, Peter —susurró Burt con las manos en la cintura.

—Lleva un chubasquero de agua negro y tiene puesta la capucha.

Pero Ethan siguió apuntando con una cínica sonrisa en sus labios.

Entonces vio el resto. Las imágenes eran cada vez más nítidas. Y el olor. Un olor a nicotina y a podrido, justo cuando la agarraba por detrás y le tapaba la boca, mientras la arrastraba por la acera. La había atrapado en una de las calles de Boad Hill. No la reconocía, solo veía coches y farolas como árboles a ambos lados de la calle. Vio un número, el 43. Eso no le decía nada. La fuerza de él era brutal, y con la boca tapada y el otro brazo rodeándola por la cintura se la llevó arrastrando. Uno de sus zapatos se quedó atrapado en el suelo, como si lo hubiera atraído un imán. Era un zapato rojo. Eso resultaba extraño. Las chicas jóvenes de secundaria no llevan zapatos, sino bambas, pero vio algo más. Ella estaba contenta antes de ser atrapada, porque iba a una... Peter apretó más su mano y se concentró con tal intensidad que bien podría decirse que allí todos lo sentían como una vaga vibración bajo sus pies.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Ethan a la noche vacía. Burt lo miró de reojo y Jack esbozó una sonrisa.

—Iba a una fiesta de cumpleaños cuando el asesino y violador la agarró por detrás. Lo veo todo mezclado, según va recordando ella...

—¿Ella? —La voz de Ethan estuvo a punto de cortar la concentración

—. Pero si ella está muerta. —Tenía la intención de soltar una carcajada, pero el codazo de Charlotte le hizo cambiar de idea. Se sintió como un conejo rodeado de lobos hambrientos.

—Él es un hombre muy fuerte. Corpulento, alto y no habla. Está lleno de odio y ahora estoy viéndola a ella a través de sus ojos. La chica está aterrorizada, con los ojos muy abiertos y ha perdido un zapato. Él lo ha visto, pero no se detiene. El zapato sigue en la calle.

Burt estaba nervioso y no paraba de moverse y tocarse el bigote.

—Vamos, Peter, estás cerca —susurró y Ethan no pudo más que soltar una pequeña risilla. Burt frunció el ceño y sus labios se juntaron en una fina línea como una cremallera. Su mirada tenía algo de maldad. Ethan dejó de reír.

Después, Peter dio un salto en el tiempo en el que no veía nada. Ya estaba en ese mismo lugar. Al borde de la carretera, cuando todavía había luz que dejaba entrever las nubes. Una mezquina luz le dejaba ver un pecho como un limón, totalmente erecto. La arrastró hacia el río y allí la sumergió bajo la corriente de agua. No podía determinar el momento exacto de los hechos, pero podría asegurar que había sido esa misma tarde, mientras estaba con Bob el loco o, incluso, un poco antes. Si, sería antes. Y, entonces, Peter descubrió un elemento nuevo en su brillo: ahora podía saber lo que pensaba el asesino. El condenado había pensado en el cáncer de pulmón que tenía. Se estaba muriendo. Ahora las cosas encajaban, pero no podía ver el futuro. De eso nada. Vio que el asesino las elegía al azar, pero todas de la escuela secundaria News Academy. Eso sí lo veía con claridad, de modo que la próxima sería otra de aquellas chicas que cursaban secundaria. No vio un rostro nuevo. Ahora vio como alzaba la cruz al cielo, provocando a la tormenta a esculpir la cruz metálica con un relámpago, pero eso no sucedió. Tras quitarle las bragas, le introdujo la parte más larga de la cruz y empujó con fuerza, saliéndole sangre a Natalie de sus partes y gritando hasta desgañitarse en una carretera sin ningún tránsito, hasta que llegó Mike.

—¡Sabe que se está muriendo! ¡Las elige al azar, pero todas de News Academy! ¡Utiliza el mismo método que el reverendo Larry empleaba para matarlas, salvo que este nuevo personaje las deja desangrar hasta la muerte!

¡Tiene prisa y va a por otra! —Peter se había levantado y estaba histérico. Burt lo abrazó y le palmeó la espalda, susurrándole al oído algo que hizo que se calmara un poco.

—Peter, no debes pasar por estos momentos tan difíciles. Te entiendo si quieres abandonar.

Pero Peter le había dicho que continuaría.

Ahora veía y escuchaba la voz interna del asesino.

Todos los agentes se quedaron petrificados.

Ethan se echó a reír y Burt lo empujó.

49

Ann seguía despierta como un búho. Sus ojos hinchados eran incapaces de ver ahora el agua que penetraba por el resquicio del cristal rajado. Por supuesto, no sabía nada de lo que estaba sucediendo en la otra parte de Boad Hill. Tenía el canal cinco encendido, pero no lo miraba. Solo escuchaba el zumbido de las voces susurrando y las luces de la calle dibujaban extrañas figuras en el techo de la habitación. Tenía miedo, porque algo le decía que alguien quería acercarse a ella, y no era precisamente Peter.

50

—William, esta noche vas a tener trabajo, chico. ¿Recuerdas las bragas y el sujetador?

—Sí, Burt, ¿qué sucede ahora?

—Pues que ha aparecido otra víctima. Parece que el asesino va a destajo. Nos está pisando los talones. Está corriendo delante de nuestras propias narices. Parece que se está muriendo de cáncer...

—¿Cómo lo sabe? —Le cortó William.

—Es muy difícil de explicar. Solo quiero que analices esa sangre que te mandé, junto con el cadáver y la ropa interior, y mires si hay algún indicio de células malignas.

—¿Cuándo llegarán?

—La ambulancia está llegando. Supongo que en menos de una hora estará allí. Dedícate el resto de la noche a investigarla a fondo. Da igual la hora a la que me llames. Estaré despierto. —Burt pensó en ese momento que bebería cerveza hasta reventar esa noche.

—Está bien —dijo William y colgó.

Burt se guardó el teléfono móvil y vio como el tiovivo de la ambulancia se acercaba cada vez más, hasta que sus ruedas planearon en el agua antes de detenerse.

## 51

Ann se rindió al sueño y tuvo pesadillas. En ellas veía al hombre del chubasquero agarrándole del tobillo y tirando hacia él. El hombre no tenía rostro. En su lugar, había una piel lisa y sonrosada. Entonces, se despertó sudorosa. Miró el reloj de la mesita, marcaba las 04:32 de la madrugada.

Fuera, la tormenta avanzaba sin cesar, repiqueteando en el techo de madera.

## 52

El teléfono de Burt sonó a eso de las 04:35 con su estruendoso ruido, que se comió el murmullo de la televisión. Burt dio un salto en el sofá. Estaba despierto, pero en su barriga ya había doce latas de cerveza. Orinó decenas de

veces y se llevaba el teléfono móvil encima por si William tenía alguna respuesta.

—William, ¿ya te ha llegado todo?

—Sí.

—Dame una buena noticia, William. Es lo menos que deseo en estos momentos.

—Te noto algo raro en la lengua. ¿Estás bien?

—Solo una docena de cervezas —respondió Burt soltando un eructo que ensombreció la conversación.

—Joder con la seguridad del estado —se mofó William—. Sí. Tengo algo que decirte.

—¿Qué? —Burt dejó caer la lata de cerveza sobre el sofá antes de recibir la noticia.

—¿Cómo sabías que se está muriendo?

—No puedo decírtelo.

—¿No tendrá algo que ver con ese chico que ve cosas?

—¿Puede ser?

—No seas idiota, Burt.

—Pero dime qué has descubierto.

Hubo un rato de silencio en el que solo los golpes de las gotas de la lluvia eran el único sonido audible. Finalmente, la voz de William contestó:

—He encontrado células malignas. Tiene cáncer, Burt.

Los labios de Burt se estiraron como la boca pintada de rojo de un payaso asesino.

—¡¡¡Bien!!!

—Pero no he encontrado huellas. Mismo modus operandi. El asesino es

despiadado y muy astuto.

53

Peter estaba desconcertado. Había estado hasta la madrugada paseando bajo la lluvia. Obstinado. Cuando llegó a casa vio a su padre durmiendo en el sofá con la televisión encendida. La apagó y subió a por una manta. Cuando cubrió su huesudo cuerpo, lo miró con tristeza al recordar el fuerte dolor que sintió en el bajo vientre, y en esa sangre en sus dedos. No podía predecir el futuro, pero una cosa estaba clara: con su padre no percibía ese olor extraño, denso y pegajoso. Eso estaba bien. Le dio un beso en la frente que sonó como una ventosa y se fue hacia la cocina. Abrió la nevera y agarró la botella de leche. Sin respirar, se tragó casi medio litro. Estaba sediento. Después, subió a su habitación con la intención de dormirse, de olvidar aquellos ojos abiertos y cristalinos. A secarse un poco, que ya era hora. Y, una vez se quedó en calzoncillos, tuvo la intensa intención de llamar a Denny y contarle todo, pero desistió. Era muy avanzada la madrugada. Durante ella, más o menos, repasó sus extrañas experiencias sin saber el sentido de las cosas, y el sueño le rindió en una lluviosa noche más. Esa noche soñó con Ann. Soñó que la besaba apasionadamente. Sus labios rozando los de ella, el cosquilleo en el estómago y el pene como una barra de hierro.

El reloj marcaba las 05:10 minutos.

Y eso fue todo en esa intensa noche.

54

El entierro no tuvo lugar hasta dos días después, debido a que la autopsia había retrasado el proceso. Los padres y hermanos de Natalie eran un mar de lágrimas, mientras el reverendo Samuel ofrecía una corta misa. Como de costumbre, el ataúd estaba de forma diagonal frente a la primera fila, la cual ocupaban los familiares. El padre, un hombre delegado con una

melena y barba considerable, estaba enjugándose los ojos. Los tenía inyectados en sangre. Su esposa se había desmayado al menos dos veces y Samuel aligeraba la misa para acabar con todo aquello cuanto antes. Y, por supuesto, se escuchaba la lluvia repicar en el tejado de la iglesia y golpear las ventanas. Antes de entrar los hombres de negro, se fueron despidiendo de la pobre desgraciada. Tenía las manos cruzadas sobre su pecho y sus dedos habían atrapado un pañuelo rojo que fue a parar al suelo cuando alguien de entre todos que la despidieron se lo llevara enganchado en el botón de su camisa por accidente. Peter observó con detenimiento ese detalle y guió la vista hacia el pañuelo, que era incesantemente pisado por todos los que desfilaban delante del ataúd. Peter se acercó a darle el último adiós y, con disimulo, se agachó para coger el pañuelo. En el instante en que sus dedos lo rozaron, sintió algo extraño, algo que no se podía describir. Era como si la difunta hubiera dejado en el pañuelo sus últimos recuerdos. Algo imposible, pero así era. Peter entró en trance delante de todos, pero nadie se enteró porque era como un estornudo de rápido, aunque lo vio todo con claridad. Más o menos venía a ser igual que lo que había visto en ella esa noche cuando estaba tirada sobre el asfalto. No había ningún detalle nuevo. Salvo que persistía el olor a podrido y que el asesino se estaba muriendo. Era como si la difunta disfrutase en esos momentos de ello. Solo quería recordarlo. El asesino las elegía al azar y ya tenía una en mente. Era una chica rubia con ojos claros que vestía un jersey rosa de lana y tenía las uñas pintadas de rosa. Eso le impactó y, ahora sí, tenía una pista. ¿Cómo demonios había ocurrido todo eso? Fue lo último que quiso decirle Natalie antes de irse al hoyo. Peter estaba desconcertado y, por un momento, pensó que se estaba volviendo loco, obsesionándose con su brillo. Pero, ¿hasta dónde iba a llegar?

A las dos y cuarto la enterraron.

John estaba ensimismado mirando las tetas de Christie mientras escuchaba la noticia. Se trataba de algo fuera de lo común en Boad Hill. En el fondo de la imagen, en la que aparecía la presentadora, se mostraba una

fotografía de Ethan, con su eterna y estúpida sonrisa.

—Dado que el sheriff Burt no avanza en las investigaciones de los terribles asesinatos, pues directamente no los investiga ni aporta información ni a este canal ni al periódico local, los agentes del FBI Ethan y Charlotte, han anunciado que van a llevar el caso ellos mismos y piden toda la colaboración ciudadana para reunir todas las piezas del rompecabezas. —La voz de Christie sonó algo más grave de lo normal, como si estuviera realmente enfadada con los acontecimientos. Después del anuncio, la imagen de Ethan se hizo más grande hasta llenar la pantalla y, acto seguido, emitieron un vídeo grabado dentro de la habitación del motel.

—El sheriff Burt no ha querido ni quiere colaborar en esta investigación. El asesino anda suelto y no sabemos quién será la nueva víctima. —El dedo de Ethan señaló a la cámara y añadió—. Puede ser su hija.

—¿Y qué harán ustedes? —preguntó la periodista. Una mujer menuda con el cabello hasta los hombros, morena y que portaba en la mano un micrófono de grandes dimensiones.

—Abrir una nueva línea de investigación. Estoy seguro de que podemos resolver esto, pero insisto, necesito colaboración de todos los ciudadanos de este pueblo...

—Ciudad —le corrigió la periodista.

Ethan sonrió hacia la cámara.

—Está bien. Sacaré de este clima de terror a esta ciudad tan maravillosa. —Su verborrea parecía más bien una campaña para ser elegido alcalde o presidente de los Estados Unidos de América. Charlotte no apareció en el vídeo y tampoco la mencionaron.

John miró el reloj y vio que marcaba las nueve y cuarto. Peter estaba en la cocina haciendo sopa de tomate.

Y John cambió de canal.

—¡Señor! ¡Ethan ha salido en la televisión local! —vociferó Lloyd desde un extremo del mostrador, donde estaba instalado un pequeño televisor de plasma.

Burt escondió la lata de cerveza detrás de su silla.

—¿Y qué coño ha dicho? —La voz grave de Burt traspasó el cristal de la puerta y aterrizó en los oídos de Lloyd, que permanecía delante del televisor.

—Ha dicho que es usted un incompetente y que el FBI es quien va a llevar el caso. —Lloyd no tuvo que chillar porque Burt ya estaba apoyado en el marco de la puerta abierta.

—¿Eso ha dicho? —Sus ojos estaban inyectados en sangre.

—Más o menos, sí. Eso ha dicho, con otras palabras, pero el mensaje es ese.

—¡Será hijo de puta! — Y su puño cerrado golpeó el marco de la puerta. El cristal tintineó como un lavavajillas lleno de copas, pero no se rajó más de lo que estaba ya.

Con su paraguas negro ondeando como una bandera sobre su cabeza, en lugar de protegerla de la lluvia, Ann había aligerado sus pasos por la presencia de una silueta entre las sombras de la noche. Como la vez anterior, el pasado invierno, alguien la estaba acechando con un chubasquero oscuro mezclándose entre las sombras. Salía del supermercado, porque había ido a comprar unos bollos para cenar, y deseaba alcanzar aquellas zonas en las que la mezuquina luz de las farolas la acogían. Coincidencias de la vida, dicha situación se repetía otra vez.

Ann, esta vez, no dejó escapar los bollos de sus manos. ¿O había sido

una botella de leche la otra vez? No lo recordaba y ni falta que hacía, pero sí que veía al mismo hombre, porque era un hombre a juzgar por las sombras que su cuerpo marcaba sobre el suelo. Era ancho de espaldas, alto y atlético. El chubasquero le cubría todo el cuerpo y las gotas de lluvia repicaban sobre él, resbalando después las gotas hacia el suelo, tras desplazarse por una resbaladiza superficie.

Su corazón le palpitaba en la palma de la mano. Era como tener tu propio corazón en una mano y observarlo atónito mientras hacía su trabajo, cada vez más deprisa, hasta sentirlo en las sienes. Ann empezó a sudar por los pechos y la espalda y el sudor se mezclaba con el agua. Un golpe de viento le arrebató el paraguas de su mano derecha. El paraguas voló como una cometa con las varillas fuera de sitio para caer, finalmente, unos metros más abajo, sobre unas ramas desvaídas. Corrió más deprisa. Estaba cerca de su casa, pero la silueta seguía creciendo más y más. Vio algo que la desconcertó.

Algo brillaba en la cara de aquella figura. Era una máscara blanca con dos agujeros negros que escondían la mirada invisible de su atacante. Ann estaba ya a dos puertas de su casa y comenzó a sacar el juego de llaves, que se enredaron entre sus dedos temblorosos.

La silueta se detuvo y Ann entró en su parcela con una de las llaves apuntando al ojo de la cerradura. La silueta la observaba, quieta, impávida. Ann logró introducir la llave y, con más temblor, la giró haciendo un extraño ruido metálico.

La puerta se abrió y no miró para atrás, aunque sabía que él estaba ahí.

Esperándola.

Ella lo sabía.

Eran las 21:35.

El zapato sigue en la calle, pensó Peter sentado en una silla tras la mesa de la cocina. Su padre estaba enfrente.

—¿Peter? ¿Estás aquí o en otra parte?

—El zapato. Todavía no han encontrado el zapato.

—¿Y eso es importante?

—No. El asesino utiliza guantes en todo momento. El zapato no es una prueba contundente. No dice nada.

—Pues come hijo, come —dijo John mientras hacia un viaje con su cuchara al plato de sopa.

Le siguió el silencio largo rato hasta que, finalmente, Peter estalló.

—Tengo que decirte algo, papá.

—¿De qué se trata hijo, me voy a morir? Si, ya lo sé. Y tú, algún día.

—No estoy de broma, papá —Peter levantó la mano para enseñar sus dedos al aire.

—Bueno, ya me dirás qué pasa ahora —dijo su padre dejando la cuchara ruidosa en el plato.

—Este mediodía he visto como alguien, sin querer, había hecho caer un pañuelo que al parecer llevaba en la mano en su ataúd la pobre Natalie...

—Me estás asustando —le cortó su padre con los ojos ahora bien abiertos. La luz de la bombilla se reflejó en sus retinas.

Peter levantó la otra mano y ahora parecía que estaba nadando en un río invisible por la forma en cómo movía sus brazos.

—El caso es que lo recogí en un descuido y, nada más tocarlo, sentí y vi algo. Sabes papá... de alguna manera, Natalie me dio un mensaje. El asesino ha elegido a su próxima víctima. Es una más de la News Academy, solo sé que es rubia, tienes los ojos claros y vestía un jersey de lana rosa cuando la vio. Lo sé. Es algo muy difícil de creer, pero así fue. —Entonces, Peter rebuscó en el bolsillo de su gabardina, tan pegajosa como su pelo, y

sacó el pañuelo—. Este es el pañuelo.

Su padre alargó una mano para cogerlo. Sus dedos rozaron un pañuelo sedoso y nada más. Ante el estupor de su cara, dijo:

—¿Y tocando este pedazo de tela ves todo eso?

Peter asintió con la cabeza.

—Sí.

—¿Se lo has dicho al sheriff? Los del FBI verborrean mucho, pero no destacan en ningún avance. Podrías salvar la vida de esa pobre chica.

—¿Qué chica?

—De todas formas, díselo a Burt.

Y se quedaron mirando con la mirada inquieta.

Eran las 22:13 minutos.

## 59

De nada hubiera servido, porque ya era demasiado tarde. Apareció desnuda delante de la puerta de la comisaria, cuando una anciana abrió la puerta toda histérica al son de las ráfagas de aire y las incesantes gotas de la lluvia. El paraguas de la anciana parecía una escopeta apuntando al despacho de Burt, que estaba vacío en esos momentos.

Los agentes Lloyd y Richard, que estaban de guardia, se echaron en un primer momento las manos al revólver reglamentario, pero no llegaron a desenfundar, afortunadamente. Sus rostros se vieron sorprendidos por los alaridos de la anciana, sin embargo, entendieron bien lo que acababan de escuchar.

... ¡¡¡Hay una chica desnuda en el suelo!!!...

—Señora, cálmese —dijo Lloyd acercándose a ella, con los pies

pesados arrastrándolos sobre el suelo liso y brillante.

—No sé si está muerta —anunció la anciana.

Lloyd hizo un gesto con la cabeza a Richard quién, ahora sí, desenfundó el arma reglamentaria y la empuñó con las dos manos en dirección a la puerta.

—Señora, siéntese en esta silla —dijo Lloyd cogiéndola de su huesuda mano y notando cómo el corazón de la anciana latía en sus dedos.

—Es una chica joven. Está en el suelo de costado, como si estuviera durmiendo bajo la lluvia. Yo creo que está muerta —explicó la anciana haciendo gestos con las manos.

Richard recibió un cubo de agua en la cara cuando abrió la puerta. El viento y las grandes gotas de aquel fastidioso otoño lo hicieron posible. En ese mismo instante, sintió como si todos los pelos de su cuerpo se convirtieran en pequeños clavos. Seguía sujetando el arma en una mano temblorosa. Su mirada observó un bulto blancuzco. No había ningún transeúnte en esos momentos, solo una figura de espaldas. El cuerpo de una joven que le mostraba la raja del culo y una espalda curvada. El cabello mojado estaba disperso sobre sus hombros y la acera. La mezquina luz de la farola, que estaba justo al lado, le permitió ver todo eso en unos segundos, a pesar de la copiosa lluvia que aparecía como un velo delante de sus ojos.

Miró en derredor, en las sombras, y agudizó el oído, pero no vio ni escuchó nada. No eran más de las 22:15 horas, según le indicó su reloj digital. ¿Qué hacía esa anciana en la calle a esas horas de la noche con la que caía? Ese fue su segundo pensamiento. Cuando se hubo asegurado, agachó el arma y la puso en su sitio. Se agachó y le tomó el pulso en el cuello con el dedo índice y corazón juntos. No tenía pulso. Entonces, sus ojos se entristecieron bajo la lluvia.

Tras esto, entró para dar la mala noticia y precintar la zona. También para sacar una manta térmica, brillante, de color plata por un lado y amarillo por el otro.

—Lloyd, nos la vamos a cargar —dijo Richard una vez dentro,

mientras sus pies chapoteaban en dirección al mostrador.

—¿Es verdad lo que dice esta señora?

Richard asintió con la cabeza y unas gotas cayeron al suelo con el sigilo de un gusano al caminar.

—Por desgracia, sí. El asesino esta vez nos ha dejado un bonito regalo delante nuestras propias narices.

—¡Joder! —vociferó el agente Lloyd.

Entonces, la anciana entró en pánico.

60

Ethan y Charlotte estaban ya acostados, bajo el ronroneo de la incesante lluvia, tratando de dormir un poco mientras ambos pensaban que todavía estaban en el mismo punto que al principio. Estaban atascados, pero Ethan le había hecho una promesa a las gentes de Boad Hill. ¿Qué quedaba ahora de esa promesa?

61

—Señor, tenemos un serio problema —dijo la voz de Lloyd nada más escuchar la voz de Burt. Antes, había visto el frío cadáver con los ojos abiertos, vidriosos y con las pestañas más grandes del mundo. Era una chica rubia de ojos celestes.

—¿Qué ha sucedido ahora?

Lloyd no sabía por dónde empezar y su garganta le temblaba, tan difícil como eso.

—Ha aparecido otra chica muerta.

Hubo un momento de silencio.

—Ya no me extraña nada —dijo la voz grave de Burt, que presenciaba el alcance de la cerveza en el timbre de su voz. Estaba casi borracho.

—Lo que viene a continuación no le va a gustar nada, señor —explicó Lloyd con un nudo en la garganta.

—¿Que la parejita de Expediente X han encontrado primero el cadáver?

—No es eso. Lo hemos encontrado nosotros.

—¿Acaso han abandonado sus puestos en la comisaria?

—El asesino la trajo hasta aquí, señor. La dejó en la misma puerta —y entonces Lloyd cerró los ojos, al tiempo que se llevaba la mano izquierda a la sien.

—¡¡¡Qué!!! ¡¡¡Serán inútiles!!! ¡¡¡Ahora mismo voy para allá!!!

Y se escuchó un chasquido en la línea, como si Burt hubiera estrellado el teléfono contra el suelo y se hubiera escuchado el impacto. El corazón de Lloyd empujó con fuerza bajo su pecho y su cara se puso pálida.

Cuando se acercó a Richard, que estaba al lado de la anciana que no salía de su histeria, le tocó el hombro.

—El jefe viene ya y se ha pillado un cabreo descomunal. —Hizo un alto para pensar y añadió—. ¿Cómo narices ha podido acercarse hasta aquí sin que lo viéramos?

—¿Por qué no tenemos una cámara instalada afuera? —inquirió Richard.

Lloyd se encogió de hombros y salió a la calle de nuevo.

Había llamado a la ambulancia y a sus dos compañeros, Jack y Martin. Burt estaba de camino, enfurecido.

Los nudillos de Ann rozaron la puerta de la habitación de su hermano, pero fue suficiente como para que Denny le abriese.

—Hola, hermanita. ¿Qué te trae por mi habitación a estas horas de la noche? ¿El amor? —Y esbozó una soberbia sonrisa mientras se daba la vuelta.

Ann cerró la puerta tras entrar, con toda la suavidad del mundo.

Denny se quedó extrañado.

—Ann. ¡Somos hermanos! No pasa nada porque estés en mi habitación.

—Ya lo sé, pero mamá siempre ha sido muy compleja de entender.

—Mamá es...

Y la mano de Ann le tapó la boca, ahogándole un grito.

—Ssshhs. Denny, tengo algo que contarte que me trae de cabeza.

Denny levantó las dos manos en señal de rendimiento. Cuando la mano de Ann se retiró de su boca, vio deslumbrada que la sonrisa persistía.

—¿Ha salido el espectro de tu ex en tu habitación?

—Peor.

Denny caminó hacia su cama. Ahora su rostro se puso serio.

—¿Te has enamorado?

—Peor.

Denny se dejó caer de espaldas sobre el colchón, que crujió bajo su cuerpo enfundado en un pijama a cuadros.

—Pues cuéntame, hermanita. ¿Qué te tiene tan preocupada? Lo veo en tu mirada.

Ann se sentó al borde de la cama, al lado del cuerpo estirado de su hermano, cuan largo era.

—Hace poco tiraron una piedra o algo contundente al cristal de mi ventana que resquebrajó el cristal. No me atreví a levantarme de la cama para ver si había sido un crío, ya sabes... —Ann se quedó sin palabras.

—Seguramente será eso, un crío. ¿Quién no ha tirado piedras a las ventanas? Yo mismo lo he hecho un buen puñado de veces. —Denny tenía las manos cruzadas detrás de la cabeza para estar más cómodo.

Ann le miró con mucha tristeza en su mirada y dijo:

—Esta noche, cuando fui al supermercado a por los bollos, alguien me estuvo siguiendo.

Denny se irguió sobre la cama como si se hubiera soltado el mecanismo de un resorte.

—¿Estás segura?

—Me seguía, pero a lo lejos. No sé si es porque yo empecé a correr más deprisa o solo lo hacía para intimidarme, pero el caso es que me recordó al hombre que quiso atacarme...

—¡Te atacó! —Le cortó Denny arrugando los labios—. El tipo del invierno pasado te atacó y, si no es por el rodillazo que le diste en los huevos, él te hubiera matado. Ahora no estarías aquí.

Ann lo miró detenidamente, perdida en sus pensamientos.

—¡Hay que llamar al sheriff! —vociferó Denny.

La mano de Ann se posó de nuevo sobre sus labios.

Las luces azules aparecieron tras la cortina de lluvia, casi tan de repente como un relámpago en la tormenta. El destello de las luces rascaba cada

esquina de la calle y la luz amarillenta de las farolas adoptaba un color extraño. El motor rugía en mitad de la noche y el tubo de escape escupía un hilo de humo azulado y oscuro a la vez. Los faros del vehículo se agrandaron hasta alcanzar el cuerpo de la pobre desgraciada, que estaba tendida en el suelo. La manta térmica, en su lado dorado, brilló como una gigantesca joya. Mezclado con el ruido del motor, se escuchó un frenazo y cómo resbalaban las ruedas hasta golpear el canto de la acera. Después, el motor rezongó y se apagó en un petardeo final. La portezuela se abrió con rapidez, produciendo un clanc y allí apareció él, con su sombrero de fieltro encajado perfectamente en su cabeza. Era Burt Duchamp, y venía con cara de estar bastante cabreado, con los ojos arrugados y los labios en una fina línea.

—¿Qué coño es eso?

Los agentes Lloyd y Richard no contestaron. La zona estaba acordonada.

—¡Yo la vi primero! —exclamó la anciana, que había aprovechado el momento para salir a la puerta y, desde ahí, señalar el cuerpo de la chica.

Burt le dirigió una mirada inquisidora.

Jack y Martin también estaban allí. Habían llegado antes que Burt, el cual se había entretenido para tomarse tres cafés bien cargados para ocultar su borrachera.

—Los agentes Lloyd y Richard estaban detrás del mostrador y no se explican cómo el asesino ha podido dejar el cuerpo de la víctima aquí. Debió ser muy rápido y aprovechó la lluvia intensa, porque sabía que nadie andaría por la calle. Además, aquí no hay muchos vehículos circulando con este mal tiempo. No sabría qué más explicarle señor —explicó Martin, tratando de echar un capote a sus compañeros, que ahora tenían las manos cruzadas sobre sus culos y la cabeza gacha.

—¿Y ahora qué hacemos con Bob el loco? Lo tenemos preso y no ha sido él. Los del FBI se partirán la polla de tanta carcajada que van a escupir. —Burt estaba histérico, pero poco a poco volvió la calma en él. Debía hacer las cosas bien antes de que la pólvora ardiera.

—Tampoco Bob era el gran sospechoso. Solo lo tenemos preso las horas establecidas por la ley, para comprobar precisamente esto. —Jack señaló a la chica.

—Nadie ha llamado a nadie, ¿verdad? —preguntó Burt bajo la lluvia.

—No entendemos la pregunta, señor —dijo Martin moviendo una mano.

—Bueno, se me ha liado la lengua. Me refiero a la prensa, al canal local o a los de trajes planchados del FBI.

—No, eso no, señor —se atrevió a contestar Lloyd, levantando ligeramente el mentón para mirarle a los ojos.

—Bueno, está bien.

Detrás de Burt destellaban las luces chillonas de la ambulancia, que estaba acercándose sin la sirena puesta. Aparcó justo al lado del coche de Burt y, acto seguido, bajaron un hombre y una mujer que se dirigieron a la parte de atrás de la ambulancia.

La lluvia seguía cayendo copiosamente, empapándolos a todos.

—¿Quién es, chicos? —preguntó Burt de pie junto al cadáver. Tenía la cara tapada.

—No me suena —respondió Richard.

—Claro, tú eres relativamente nuevo aquí. Eres un pipiolo que no ha sabido volar. Aquí todos nos conocemos —explicó Burt mientras se agachaba y extendía su mano derecha para destapar la cara de la chica. La reconoció—. Lillian Walker. Es la hija de Wyatt. Ya te dije que aquí nos conocemos todos. Sabemos quién es quién. Por eso es tan difícil tener un sospechoso entre nosotros, porque todos lo somos. En invierno, nuestro amigo Jack pies de pluma nos dio una sorpresa, siendo el reverendo Larry. ¿Quién será ahora? ¿El reverendo Samuel? No, ese raquíptico anciano no puede ni con una mosca. Cualquiera de nosotros puede ser sospechoso, porque Larry está muerto, aunque nos ha dejado su legado. —De repente, Burt se había dado cuenta de que había soltado una perorata de las grandes. Con sus dedos siguió

apartando la manta térmica y comprobó que algo brillaba bajo uno de los pechos, aplastado sobre la acera. Era una medalla con una cruz.

La pareja de la ambulancia se acercó a la chica destapada con un par de maletas rojas. Pasados unos minutos y habiendo realizado una primera comprobación del cadáver, el muchacho joven de la ambulancia, con el pelo anillado y rizado y barba rala, explicó la situación con un semblante muy serio.

—Esta chica ha debido de sufrir mucho. Ha muerto desangrada y no hay indicios de asfixia. Su corazón debió pararse antes de desangrarse, o eso esperamos. Tiene la vagina dilatada, rasgada y destrozada, así como el ano. También le faltan los pezones. El asesino le ha introducido un objeto cortante y de enormes proporciones que, como ya he dicho, la ha abierto en tres. Esto ha debido ser mucho peor que un parto. Con toda probabilidad, tendrá más órganos internos perforados y desgarrados.

—No sé dónde he oído eso mismo —dijo Burt irónicamente—. Todo eso ya lo sabemos. Llevamos así desde el pasado invierno, hasta que todo acabó y descubrimos el arma homicida: una cruz. Pero nuestro Jack pies de pluma, esta vez más pies de aire que otra cosa, está imitando a su mentor. Y siempre nos enfrentamos a lo mismo: desgarros, sangrado a lo bestia y los ojos abiertos, para que lancen un mensaje de desesperación. No hay nada nuevo. Pero te doy las gracias, chico.

—Soy Frank —dijo el joven, que estaba todavía agachado ante la pobre desgraciada de cabello rubio.

—Vale, Frank, Te has ganado mi confianza. Ahora nos toca a nosotros seguir averiguando más cosas sobre los últimos momentos de esta chica. —Y su mano buscó en el bolsillo del pantalón el teléfono móvil. Lo alzó, lo miró y, con el pulgar, buscó el contacto de Peter. Tras encontrarlo, marcó la llamada.

Ya eran las 23:30.

Peter estaba despierto cuando sonó su teléfono. Más concretamente, estaba sentado al lado de su padre en el sofá, viendo la exclusiva que estaba emitiendo el canal local con respecto a los asesinatos. Alzo el teléfono, que estaba sobre el reposa brazos del sofá, y vio la llamada entrante. Era Burt y, mientras la melodía no paraba de sonar, Peter desvió la mirada hacia el televisor. Con su traje planchado, aparecía Ethan en primer plano. Peter puso la yema de su pulgar sobre el icono verde de llamada entrante y se llevó el teléfono al oído.

—Dime, Burt. ¿Ha aparecido otra chica, verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque el capullo de Ethan está hablando ahora en directo por el canal local. Y está como loco.

—¡Joder! —vociferó Burt—. Peter, el asesino no se anda con rodeos. Esta vez nos ha plantado un pino delante de la puerta de la comisaria. Actúa con la precisión de un reloj. He descubierto algo junto al cadáver de la pobre chica. Se trata de colgante con una cruz de oro. No sé si pertenece al asesino o no. Te necesito. Gracias por colaborar.

—Lo sé, Burt...

—¿El qué? ¿Lo del collar?

—No. Lo del pino —dijo Peter escuchando a la vez lo que decía Ethan por el televisor.

—¿Quién lo dice?

—En el canal local está hablando Ethan en directo y dice que una nueva víctima ha aparecido delante de vuestra comisaria. Que soy unos incompetentes y que pedirá tú dimisión.

—¡Será hijo de puta! —La voz de Burt rebotó hasta atrapar la voz de Ethan, que seguía hablando en directo.

John le dio un codazo y le instó a escuchar a Ethan.

—El asesino se ha reído en toda su cara y el sheriff no tiene escapatoria, porque no sabe por dónde ir. No tienen indicios. No tienen pruebas. Es un inútil y el FBI se encargará de esto, habitantes de Boad Hill. —Entonces, Ethan se llevaba las manos a la corbata para aflojarse el nudo. Las venas de su cuello estaban inquietantemente hinchadas, casi a punto de explotar.

Peter había acercado el teléfono móvil al televisor adelantando el cuerpo. Después de esto, se lo llevó de nuevo al oído.

—¿Has oído, Burt?

—Sí, perfectamente. Ese tipo quiere la gloria, pero no se la voy a dar. Peter, encuentra un hueco y ven. A lo mejor esta vez ves algo más. He tenido que soltar a Bob el loco y nos ha demandado.

—Estoy libre, Burt, y tengo tantas ganas como tú de descubrir al asesino —dijo Peter consternado.

—Una cosa más, Peter. —La voz de Burt sonaba preocupada—. ¿Cómo se habrán podido enterar?

—Quizá algún vecino lo ha visto desde su ventana y se ha puesto en contacto con el canal local y, este, a su vez, se lo ha comunicado al FBI.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

Peter desvió la mirada hacia el rostro de su padre.

—Mi padre es quien me ha dado la idea —y le guiñó un ojo, que no se vio tras el cristal de las gafas.

—¡Ah! —suspiró Burt con el ruido de la lluvia de fondo—. En verdad ha sido una buena reflexión. Mando a Jack a recogerte. Te necesito.

Y la conversación terminó en ese momento.

Peter se bajó del coche patrulla pisando un charco de agua que le llegó hasta los tobillos. Sus gafas se vieron inundadas por el torrente de agua, que caía copiosamente del cielo como si fuera un castigo. Empujó la portezuela y esta se cerró con un fuerte golpe. Después, se abrió paso entre los agentes y Burt lo recibió con una sonrisa forzada. No era precisamente eso lo que necesitaba ahora. Ya sonreiría de verdad cuando atrapara al asesino, si es que tenía la oportunidad de hacerlo. Peter, pasando sobre la cinta que acordonaba la zona, se hincó de rodillas delante de la chica blancuzca sin perder tiempo y le agarró la mano. Entonces, el brillo apareció, y muy rápidamente lo vio todo.

—El asesino la trajo hasta aquí colgada en un hombro, como si fuera un saco de patatas casi vacío. Es fuerte. Ella seguía viva. Aunque el corazón estaba latiéndole muy lentamente y no estaba consciente, sus ojos sí grababan todo lo que veía: la lluvia, las luces de las farolas proyectadas en el suelo y, finalmente, la puerta de esta comisaria. Entonces, el asesino la dejó caer al suelo, golpeándose ella la cabeza. Un lacerante dolor le recorrió todo el cuerpo después de haber soportado la tortura de la penetración con la cruz, que estaba aferrada en la mano del asesino. Vio a Richard de espaldas, bajo la amarillenta luz de la comisaría. Estaba bebiendo un poco de café. Después, le sobrevino la oscuridad y ya no vio nada más que toda su vida proyectada en unos ojos muertos. Y la sangre, que había cubierto todo el chubasquero del asesino. Cada gota de sangre resbalaba por el liso plástico mezclándose con las gotas de la lluvia. Se fue con mucho dolor. Eso es todo. —Entonces, Peter dejó de apretar su mano y la retiró ante los agentes que, una vez más, estaban confusos, desconcertados e impresionados. Toda una mezcla de sensaciones difíciles de soportar. No había tanto espacio para ello. Richard se sintió culpable. Él estaba de espaldas, se repetía una y otra vez. Peter siguió hincado en el suelo mojado. Ahora iba a tocar el colgante. La cruz diminuta.

—Es siempre lo mismo. Ya es repetitivo. Siempre la misma tortura—dijo Burt casi estallando en cólera. La tensión se elevaba por momentos.

Peter alargó sus dedos hasta rozar la cruz y, al principio, no sucedió nada, de modo que la cogió directamente y se la puso en la palma de su mano, apretando el puño. Y conectó.

—El asesino se ha puesto un chándal negro. Está delante de un espejo, pero no se le ve la cara. Ahora se pone el chubasquero y se cubre la cabeza, pero el espejo sigue sin mostrar su rostro. Solo se ve su cuerpo cubierto de negro. Sus manos cogen una máscara blanca, con dos orificios que parecen llevarte a un fondo sin fin. Se gira hacia el espejo. Se ve una mejilla, pero solo un momento. Ahora la máscara cubre su rostro y se muestra en el espejo. —Peter apretó más el puño y se clavó los extremos de la cruz en su palma, y dio un salto en el tiempo—. El asesino la coge por detrás tapándole la boca. Estaba justo enfrente de su casa. Se la lleva arrastrando y, después, la coge en peso, siempre tapándole la boca. La lleva a un callejón oscuro. Hay basura, pero no sé qué callejón es. No hay pintadas ni detalles que lo identifiquen. Sus manos le rompen el jersey. Se lo arranca y lo mete en una bolsa de basura que lleva consigo. Lo mismo hace con el pantalón. Le arranca el sujetador y las bragas. La chica quiere chillar y patalea, pero él sigue tapándole la boca y dejando caer su peso sobre ella. Es muy fuerte. Alza la cruz, que brilla bajo la lluvia de forma fugaz. Y, entonces, la penetra con fuerza. El asesino ve el colgante en el cuello de ella. ¡Este colgante es de ella! —Peter salió del trance y se puso de pie, mostrando el colgante en la palma de la mano. —Este colgante es de ella y no del asesino.

Burt lo coge del brazo.

—¿Por qué demonios se lleva siempre su ropa? —Se pregunta Burt en voz alta.

Nadie contestó.

En realidad, estaban estancados a pesar de las visiones de Peter.

Y Peter, ante una fuerte impotencia, estalla en llanto. Lágrimas que se mezclan con la lluvia y con la cruz de Lillian.

Cuando su padre ya estaba acostado, más allá de que las agujas del reloj marcaran la medianoche, Peter regresó a casa. Se bebió medio litro de leche y

subió a su habitación. En calzoncillos y con la gabardina chorreando tirada sobre el respaldo de la silla que estaba frente al ordenador, Peter se tumbó sobre su cama con los brazos extendidos y el teléfono móvil en la mesita de noche.

Fuera seguía lloviendo sin cesar y, dentro de su cabeza, las ideas y recuerdos fluían como el agua de un río desbordado. Ya no era confusión lo que sentía, sino consternación y, quizá, impotencia de dar un paso más adelante. Lo que no sabía es que eso mismo sucedería un día más tarde. Tan solo unas horas después. Mientras tanto, el teléfono empezó a sonar y la pantalla táctil se iluminó como un nido de luciérnagas enfocando hacia el techo, donde apenas alcanzaba la luz.

Peter ladeó la cabeza y, tras unos segundos de confusión, extendió la mano y cogió el teléfono, llevándoselo al oído.

—¿Qué quieres, Denny? —Había visto la llamada entrante—. Ahora estoy cansado y necesito dormir. —Miró el reloj de la mesita y añadió—. Son la una y cuarto de la mañana. ¿Qué mosca te ha picado esta vez?

—Peter, mi hermana Ann está en peligro.

El corazón de Peter estalló como una bomba dentro de su pecho, expulsando la sangre por todas las venas del cuerpo. Un repentino frío y sudor apareció en su cogote.

—¿Qué le sucede? —Peter se apoyó en el respaldo de la cama y casi estuvo a punto de hablar en voz baja, pero recordó a su padre que estaría más que despierto.

—Me gustaría mucho decir que esto no es verdad, pero...

—¡Qué! —Le atajó Peter nervioso.

—Me dijo que un hombre le persiguió esta noche, cuando regresaba del supermercado. Ella empezó a correr y el hombre, con un chubasquero negro, se detuvo, aunque la siguió observando. Días atrás alguien le había tirado una piedra a su ventana. Ella dice que es ese tipo. Esa silueta le hizo recordar al reverendo Larry cuando la atacó el invierno pasado, pero todos sabemos que Larry está muerto. Se suicidó, ¿verdad? —Denny esperaba ansiosamente,

desde el otro lado de la línea, una respuesta que le convenciera, que le quitara el miedo.

—Creo que es él —dijo Peter con voz trémula—. Esta noche ha aparecido otra joven desgarrada frente a la puerta de la comisaría...

—¿Qué? —La voz se pudo escuchar a través de las paredes, dando un golpe en la membrana del altavoz.

—Casi me dejas sordo, Denny —replicó Peter murmurando—. Mi padre está durmiendo y no quiero que se despierte, no ahora.

—¿Y quién ha sido la afortunada esta vez?

—¿Afortunada? —Peter no daba crédito a lo que había escuchado. Si, Denny era un tipo gracioso, pero esta vez había metido la pata.

—Era Lillian Walker.

—No me suena. —Ahora la voz se había convertido en un murmullo.

—Bueno, eso da igual ahora, pero amigo, he sentido el dolor que sintió ella. Y es terrible. Es espantoso y vi muchas más cosas con solo apretar un colgante. Ahora veo a través de los objetos...

—Creo que eso ya me lo dejaste claro alguna vez —le cortó Denny.

—Ya, pero es insoportable y me quedo ahí, estancado, sin poder ver más allá. Estuve a punto de verle la cara, pero lleva una maldita máscara blanca.

—Eso le pareció ver Ann en la distancia, solo que todo el conjunto le pareció negro.

—Eso pasa en la oscuridad. Dime, ¿está bien ella?

—Sí, pero, ¿le pedirás al sheriff protección para Ann?

—Por supuesto.

—Gracias, amigo —y el tono largo y agudo sustituyó la voz quebrada de Denny.

Peter dejó el teléfono sobre la mesilla y empezó a dar vueltas en la cama.

Muchas vueltas.

67

El reloj marcaba las 03:37 de la madrugada y Burt bailaba sobre el sofá antes de caerse de culo al suelo. Se golpeó la cabeza con la mesita y la sangre afloró, caliente y sedosa, cubriéndole la cara casi al instante. Se palpó la zona golpeada y vio todos los dedos manchados de sangre, pero siguió bebiendo la cerveza que todavía sostenía en la mano. Al caerse se había derramado media lata, pero quedaba otra media.

Habían pasado muchas cosas y la cosa iba a peor. Tenía un grano en el culo que se llamaba Ethan. Había soltado a Bob el loco y el asesino le había plantado un pino delante de su comisaria. Ahora estaría de camino hacia Boston, no, hacia Road Main, a una hora en coche. Pero Road Main tenía forense y una comisaria mucho más dotada para una ciudad de veinte mil habitantes. Y, además, no ocurrían estos espantosos asesinatos.

Una hora más tarde, y bajo el murmullo de la lluvia, Burt cayó rendido en lo que podría llamarse un coma etílico por naturaleza. Se había tragado tres cajas de cerveza y sus tripas estaban retorciéndose de dolor en sus entrañas. El último trago, antes de caerse sobre el sofá cuan largo era, le rebosaba ya por la garganta, y la espuma le salía por la comisura de los labios. Y, aun así, se quedó durmiendo tan profundo, que parecía que su cuerpo se había paralizado por completo.

68

John se despertó de súbito con un fuerte dolor en la vejiga. Su frente estaba sudorosa y no había tenido ninguna pesadilla. Sin hacer ruido, se

incorporó en la cama hasta sentarse en el borde de la misma. Con una mano apretando su vejiga y la otra apoyada en la pared, John resopló como un búfalo y su piel se tornó pálida. Unas punzadas de dolor continuo le atravesaban todo el bajo vientre, irradiando el dolor hasta el costado izquierdo y rebotando en las sienes. Descalzo, empezó a arrastrar los pies en silencio y a oscuras. Su guía, la orientación adquirida tras más de cuarenta años de vivir en la misma casa, le ayudó a recorrer todo el camino desde su habitación hasta el cuarto de baño, sin tropezar.

Ya dentro del cuarto de baño, sus dedos buscaron el interruptor, que sonó con un clic peliagudo en mitad del silencio, y la luz embriagó sus ojos, cerrándolos imperceptiblemente. Cerró la puerta tras de sí con sumo cuidado, moviéndose como si estuviera momificado. El dolor agudo le cortaba la respiración y le aceleraba el pulso. Ahora descubrió que tenía las palmas de las manos mojadas por el sudor.

Sus dedos buscaron su pene debajo del pijama y se situó en el centro de la taza del retrete, apuntando hacia el agua del fondo. Entonces, empezó a miccionar. Los dolores eran cada vez más fuertes. John creía que se iba a desmayar. Sentía algo en su interior que pugnaba por salir. Era como si tuviera obstruidas las cañerías viejas. El dolor ahora se irradió hacia los testículos y hacia la base del pene. Con gran esfuerzo, su pene escupió dos gotas de orina y una de sangre. Ya sentía cómo algo atravesaba el canal interno que iba desde la vejiga hasta el pene. Sentía algo allí, atascado, doloroso, rozándole. El conducto estaba atorado y el dolor se hacía cada vez más insoportable, entonces, su pene se cubrió de sangre y una gota cayó al agua, enturbiándola con un color rojo. Otra gota cayó sobre el borde del retrete. Sus ojos estaban en blanco y el sudor persistía a medida que su corazón le martilleaba bajo el pecho. Lo que fuera que notaba estaba ya a medio camino, atrapado en el conducto, avanzando muy lentamente. Salieron dos gotas más de orina y, después, otra de sangre.

John había decidido apoyarse en la pared, pero no podía. Tenía su pene sujeto con ambas manos y, por un momento, notó algo que le recorría el conducto, ya casi al final del orificio del pene. Entonces, como sucede en un parto, un último empujón abrió el orificio para expulsar un cuerpo mucho más grande que la dilatación razonable. Con un clanc en la porcelana del

retrete, escupió una piedra de grandes dimensiones, casi como un cacahuete, dentado y uniforme. Entonces, orinó larga e intensamente, sumergiéndose en el más absoluto alivio. Fue una meada de casi medio litro y la sangre desapareció bajo el color amarillo y la espuma.

—Adiós, mi baby —susurró John con una ensanchada sonrisa en su rostro. Respiró hondo y el dolor se fue casi de inmediato. Se había liberado de una piedra que había estado mordiéndole durante nueve meses. Pero ahora todo había terminado. Ahora ya sabía que no sufría cáncer.

Y la piedra, que en principio brilló bajo el agua del fondo del retrete, estaba ahora sumergida bajo la espuma de la orina.

Y John descansó.

69

A las 07:01 de la mañana, el teléfono móvil de Burt empezó a sonar de forma precipitada, haciendo que el timbre rebotara en las paredes y en su dolorida cabeza, que no recordaba nada durante los primeros momentos. Su boca se transformó en una horrible mueca, como la de un zombi, mientras trataba de bostezar sin éxito. Las punzadas en sus sienes eran constantes y el timbre de su teléfono le perforaba los tímpanos. El teléfono sonó hasta cinco veces antes de que Burt lograra cogerlo, con movimientos propios de un drogadicto que acaba de meterse más cocaína de la cuenta.

—¿Sí? —La voz de Burt sonó quebrada, pastosa, con un deje al final de la pronunciación. Era como si todavía estuviera borracho. Con la camisa abierta y húmeda del sudor y sin zapatos, escuchó una voz que le resultaba vagamente familiar.

—Hola, Burt. Siento llamarte tan temprano. Esta vez no ha sido pasada la medianoche...

—¿Eeehhh? —Ahora la voz de Burt sonó ronca.

—¿Estás bien, Burt?

—Sí. Solo estoy un poco mareado. —La mano libre la utilizó para masajearse los ojos y las sienes, que le estaban doliendo en esos momentos.

—Parece como si estuvieras borracho.

Hubo un silencio corto en el que la cara de Burt se refrescó, como si el frío viento le hubiera golpeado en el rostro.

—¡No! Es que he pasado toda la noche despierto y, finalmente, me dormí muy profundamente y... —Burt miró su reloj y vio borrosas las manecillas del reloj, que pasaban ligeramente de las siete de la mañana. Además, se había quedado sin palabras.

—Ya, y despertarle tan temprano le ha pillado por sorpresa.

—¡Exacto!

—Bueno, señor Burt, le llamaba para decirle hola, porque no puedo decir nada más. Al parecer tienen ahí a un chico con un don muy especial que yo necesitaría aquí. —Y de fondo se escuchó una risilla.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Alguien interno. Fue un chiste muy malo, pero nos lo pasamos muy bien.

El rostro de Burt se congestionó. Tenía especial aprecio a Peter y sabía que todo era verdad. Gracias a él atraparon al asesino en invierno y ahora estaba colaborando mucho con la investigación que, aunque parecía que se encontraba en un punto estancado, en realidad sabían mucho más del asesino gracias a Peter que a los del FBI o el destripador de William, que solo llamaba para decir que no había encontrado nada. ¿Nada? ¿No te has encontrado un palo metido en el culo, William?

—Pues no deberían ustedes reírse de Peter —dijo Burt recobrando el tono grave de su voz y apretando los dientes.

—¡Ah, sí, era Peter jajaja!

Burt le colgó.

—Burt, necesito que me hagas un favor —dijo la temblorosa voz de Peter.

Burt miró su reloj, ya nítidamente. Las manecillas marcaban algo más de las ocho de la mañana.

—Hoy es un día de llamadas. Ahora solo falta que me llame el asesino para decirme cuál será la siguiente, porque habrá otra, ¿verdad?

Peter se quedó en silencio, tratando de rebuscar en los cajones de su memoria, pero no encontró lo que buscaba.

—Esta vez no creo recordar haber visto nada al respecto. Solo se me ha quedado marcada esa fastidiosa máscara blanca que casi me dejó ver su rostro.

—Si fuera un lugareño dentro de nuestras fronteras, con solo haberle visto la cara ya le tendríamos, Peter. Es una pena que no ocurriese así. —Burt estaba paseando de un lado para otro en el corto espacio del salón. Se había puesto bien la camisa marrón con la chapa de sheriff brillando al nuevo día, que seguía lluvioso.

—Necesito un favor, Burt —insistió Peter desde el otro lado de la línea con el fondo del repiqueteo de la lluvia.

—Eso está hecho. Dime qué necesitas, Peter.

—Protección para Ann.

—¿Quién es Ann? —Era la primera vez que no reconocía a una persona en Boad Hill.

—Ann German.

—¡Ah, sí! La hija de Todd y la viuda de Donald.

—Sí, del todopoderoso Donald don dinero. —Peter estuvo a punto de

contarle lo que vio en Ann aquel lejano día de invierno.

—¿Qué sucede con Ann? ¿Estás enamorado de ella y no sabes inventarte una excusa para visitarla en su casa?

—Su hermano Denny es mi mejor amigo.

—Sí, lo recuerdo, lo he visto contigo varias veces. Incluso estuviste con él en mi oficina.

—Sí. Eso es. No quisiera renunciar al hecho, pero sigo como un tonto enamorado de ella —le confesó. Era la primera vez que hablaba así abiertamente y se sintió libre. Como si hubiera quitado una gran carga de encima.

Se escuchó una risotada que rebotó en todas las ondas de la comunicación.

—¿Y qué necesitas, Peter?

—Protección para ella.

Hubo un momento de silencio ominoso. Finalmente, la voz de Burt prorrumpió de nuevo.

—¿Qué me estás escondiendo, Peter? ¿Sabes algo que yo no sepa?

—La siguió un hombre muy parecido al asesino, que la atacó el pasado invierno. Está asustada. Dijo que el hombre le parecía demasiado corpulento, llevaba un chubasquero y tenía la cabeza tapada y algo en su rostro. Solo lo vio como una sombra amenazante. Lleva dos días siguiéndola. Eso no me gusta nada, Burt. Sospecho que es el asesino.

—¡Eso está hecho! —acució Burt con un brillo en sus ojos que Peter no pudo ver.

—Gracias, Burt.

Pero no hizo falta hacer nada de eso, porque el asesino estaba cerca de su obra final. Su mismo destino lo tenía atrapado en un final cercano.

Burt estaba bebiendo café en su despacho cuando irrumpió la presencia de Ethan, con un semblante serio de forajido del oeste dispuesto a matar al sheriff para sacar de la cárcel a sus secuaces. El frío y la lluvia entraron con él, lamiendo el suelo de la comisaria. Tras él iba Charlotte, tan seria como siempre, rodeada esta vez de dos personas que Burt reconoció enseguida. Eran Michael y Julia, del canal local. Julia, con cara desenfadada, estaba aferrada a un micrófono con el logotipo del canal, y Michael estaba grabando la apoteósica entrada. Sus pasos sonaron con el trotar de un grupo de caballos. Estaban empapados y caminaron directamente hacia el mostrador, donde Lloyd levantó la mano para detenerlos.

—¡Quiero hablar con el sheriff! —gritaba Ethan con su traje oscurecido por el agua.

—Aquí no se puede entrar así y menos con una cámara —le explicó Lloyd moviendo las manos con las palmas hacia abajo.

—Eso es. Aquí no se puede entrar de esa manera —corroboró Jack con un vaso de café en una mano. El humo, como el de un cigarrillo, se enroscaba en el aire hasta desaparecer en el techo.

—¡Quiero su dimisión como sheriff! ¡Usted es un incompetente! —El dedo de Ethan estaba señalando a Burt, que se encontraba detrás del cristal, bebiendo tranquilamente su café.

Julia estaba acercando el micrófono lo más cerca posible para captar toda la conversación, que atrapaba la cámara que sujetaba Michael. Una cámara no muy grande de la marca Sony.

Entonces, Burt dejó el vaso de café sobre su mesa y se levantó quejumbrosamente de su silla, arrastrándola en un chirrido que rasgó el denso aire de su despacho. Caminó lentamente hacia la puerta de su despacho, con el sombrero de fieltro ajustado en su cabeza. Su mano tiró del pomo de la puerta y se apoyó sobre el mostrador con una mirada desafiante.

—Michael, enfócanos a los dos y sobre todo a mis labios —dijo Burt

—. Ahora que me pueden ver todos mis amigos y amigas de Boad Hill, decirles que estamos trabajando muy duro para esclarecer los asesinatos y dar con el culpable. No les quepa ninguna duda de que los conseguiremos, pero sin este papanatas. —El dedo índice de Burt estaba rozando la nariz de Ethan, que berreaba improprios como un poseído. Charlotte se había quedado al margen de ellos.

Burt hizo gárgaras con la garganta, delante de sus narices, y ladeó la cabeza para escupir al suelo.

—Eso es lo que pienso de ti, hombre trajeado —dijo Burt sereno y con un rictus en la comisura de sus labios—. Y ahora perdóneme, tengo un entierro al que asistir.

Pero no le fue posible ir al entierro.

Andrew, el conserje de la escuela News Academy, vio un bulto en el campus, que se difuminaba en la vista bajo la incesante lluvia. Estaba triste por todo lo que ocurría, ese mismo mediodía había ido al entierro de Lillian con un sentimiento de culpabilidad inadecuada, y con tristeza en su mirada. Las conocía a todas. Las que asesinaron en el frío invierno y las que estaban apareciendo muertas este otoño, nueve meses después del terror que cubrió de espanto al tranquilo, hasta ese momento, Boad Hill. Y para nada esperaba encontrar lo que encontró, poco a poco, mientras se acercaba. Andrew era un hombre bajito y rechoncho. Era calvo y su rechoncha mano estaba aferrada al mango del paraguas. El ruido de las gotas de la lluvia al estrellarse con la lona del paraguas y el olor a tierra húmeda, lo trasladaban a un universo paralelo, en donde reinaban todo tipo de sensaciones agradables. Pero su tristeza ahora se convirtió en sorpresa. Sus ojos se abrieron como platos cuando se acercó lo suficiente a lo que había visto, como para reconocer que era el cuerpo desnudo de una chica. Sus piernas comenzaron a temblarle mientras la rodeaba. Estaba en posición fetal, pero tenía la cara vuelta hacia el cielo y la lluvia golpeaba sus ojos abiertos, que ya no podían ver nada

salvo la oscuridad. La pobre chica estaba flotando en su propio charco de sangre, que la lluvia, poco a poco, se encargaba de limpiar. Andrew no se agachó, pero la reconoció. Vaya si la conocía. Su corazón le palpitaba en la garganta y quiso desesperadamente gritar al cielo y llorar hasta quedarse seco. Andrew era un hombre muy sensible y lloraba cuando veía cómo un crío le daba un puntapié a un perro y este aullaba de dolor. Con más razón ahora podía estallar en llanto, pero no lo hizo. El espanto se apoderó de él y estuvo paralizado durante largo tiempo, sintiendo cómo la sangre le corría por las venas a una velocidad inusual.

—Audrey —susurró en medio del murmullo de la lluvia, sintiéndose impotente. Sobre todo cuando la recordaba con esa risa risueña que le regalaba todas las mañanas al asistir a clase. Esa semana no la vio ningún día, porque de forma cautelara habían suspendido todas las clases. Y ahora ella estaba allí, casi enroscada, con la piel suave arrugándose bajo la lluvia. Sin vida y dibujando en sus labios un rictus de dolor.

De forma muy lenta, rebuscó en su bolsillo su teléfono móvil. Sus dedos lo rozaron. Lo atrapó por una esquina y lo sacó del bolsillo. Tenía el teléfono directo del sheriff Burt. Cuántas cervezas habían compartido en el bar Moll. Demasiadas. Su dedo pulgar marcó lo que sería una llamada para olvidar, según él. Una llamada que nunca debió realizarse. Pero llamó.

A los dos tonos, la voz de Burt contestó jovialmente.

—¡Andrew! Qué te trae por aquí, digo, me alegra oír tu voz. Últimamente, las cosas se han puesto difíciles y no he tenido tiempo de ir al bar Moll...

—No es eso por lo que te llamo, Burt —le dijo una voz seria.

—¿Qué te pasa, Andrew?

—Audrey Payne está muerta.

Burt arrugó la frente en el otro extremo de la línea, pero Andrew no pudo verlo.

—¡Joder! ¡Maldita sea! ¡No podemos con él! —gritó Burt y Andrew lo entendió.

—Estoy apenado, no sé qué hacer —dijo Andrew con voz desgarrada.

—Quédate ahí, al lado de la chica. ¿Dónde estás? —Parecía una pregunta estúpida.

—En el campus, Burt, dónde si no, soy el conserje de esta escuela y, aunque no haya clases, yo debo cumplir con mi trabajo.

—¡Mierda! —exclamó esta vez la voz de Burt y se escuchó un fuerte golpe sobre una mesa. Burt la había golpeado con su puño.

—Burt, tengo miedo. El asesino podría estar cerca de su víctima.

—No creo. Siempre desaparece como pez en el agua.

—Está bien, Burt. ¿Qué hago? —repitió por segunda vez Andrew, hablando en todo momento con pasividad y tristeza mezcladas.

—Ya te lo he dicho. Aguarda al lado de ella. Llegaremos en diez minutos. Quizá cinco. Y no llames a nadie. ¿Lo entiendes? A nadie.

—Sí —afirmó Andrew, con los pantalones de pana totalmente empapados. Sus pies se estaban helando dentro de sus zapatos inundados por el charco de agua.

—Eso. No llames a nadie. Nos vemos.

Pero Andrew llamó a alguien más.

Andrew había llamado a las 15:45 y a las 15:57 habían llegado los dos coches patrulla con sus interminables luces azules, rojas y amarillas, dibujando todo tipo de formas sobre el césped inundado y el cuerpo de Audrey. Cuando las portezuelas hubieron golpeado con un ruido seco tras ser cerradas, Burt y sus agentes vieron cuatro faros acercarse hacia ellos. La espesa lluvia y las cegadoras luces impedían reconocer de quién se trataba. Tras unos segundos de acelerones y ronroneos, el alcance de esos focos ya

había alcanzado la zona cero y, entonces, unos metros más adelante, los dos vehículos redujeron la marcha y frenaron sobre la hierba, arrancándola de cuajo y despidiéndola para atrás como si fuera lodo. Entonces, Andrew se disculpó.

—Lo siento, Burt. No le hice caso. Les llamé yo —Andrew agachó la cabeza bajo el paraguas.

Entonces, Burt vio al engreído de Ethan acercándose y a la muda de Charlotte al lado de él. Detrás de ellos iban Michael y Julia. Los vehículos resultaron ser el Ford de la pareja de atontados y la furgoneta del Canal Cuatro.

—¿Qué pasa, Burt? ¿Está sorprendido? —insinuó Ethan abriendo las manos—. Aquí tienes la prueba de tu incompetencia. Otra más y, seguramente, sin saber qué hacer. Ah, no. Me olvidaba. Tiene un amigo que se mete en tu mente y escarba tus sucios pensamientos. —Ethan estaba mirando a la cámara. Esta vez la emisión era en directo, porque la furgoneta tenía un emisor que enlazaba con el repetidor de la zona. De modo que todo Boad Hill estaba viendo la dantesca escena y lo cómico que era Ethan.

—Michael, ¿estamos en directo? —preguntó Burt señalándole.

—Sí, señor sheriff —contestó Michael al tiempo que lo enfocaba a él.

—¡Apaga eso! ¡Quiero que dejes de emitir en directo!

En un primer plano se vio la palma de su mano, oscura y con los dedos abiertos.

—¿De qué tienes miedo, Burt? —inquirió Ethan— ¿De quedar como una mierda delante de la quinta víctima? Porque ya van cinco, señor sheriff. —Ethan mostró los cinco dedos a la cámara.

—Son seis —dijo Burt encolerizado—. ¿No se acuerda de su primer descubrimiento en la otra parte del condado? ¿Ha sacado alguna conclusión sobre ella? Pacotilla de mierda.

—Te demandaré, Burt.

—¡Vete a la mierda!

Pero la cámara estaba filmando y Julia empezó a hablar.

74

John estaba viendo en directo las imágenes del campus de la New Academy con Peter a su lado.

—Esto es una vergüenza. Sabía que algo tenía que pasar —dijo John llevándose la mano al bajo vientre.

Peter estaba absorto en la pantalla del televisor, sin embargo, vio de reojo como se llevaba la mano en esa zona.

—Todo se está precipitando. Cada vez va más deprisa. El asesino se está muriendo y quiere acabar con su obra. Y Burt se encuentra acorralado por esos imbéciles de traje. Estoy a disgusto conmigo mismo, porque no he podido avanzar nada yo tampoco. Todo sigue siendo un misterio. Veo su máscara, pero no puedo saber dónde está o quién es. Si bien es cierto que el brillo que me dejó mamá al nacer ha mejorado mucho. —Peter, que había soltado una verborrea, movió su mano hasta coger la de su padre.

—Hijo, ¿qué haces?

—Quiero acabar con todo esto —dijo Peter tocándose las gafas con la otra mano y sin apartar la mirada del televisor. Ahora, Burt había puesto otra vez su palma de la mano en el foco de la cámara.

—¿Y por qué me coges de la mano? —preguntó John desconcertado.

—Sufriste mucho anoche, pero la echaste. Ahora ya no tienes dolor. La piedra ha salido de tu cuerpo. Pero te preocupa si el dolor volverá. No te preocupes, ya no tendrás más dolor.

John se quedó sin saber qué decir.

Entonces, Peter desvió la mirada hacia su padre y acercó sus labios a su

frente, terminando de darle un beso, suave y cálido.

John le cogió la otra mano.

—Hijo...

—Te quiero, papá —le atajó Peter y añadió—. Voy a terminar mi trabajo.

—Ya estás tardando, hijo.

Eran las 16:12 P.M.

75

La escuela secundaria News Academy estaba a quince minutos andando de la casa de Peter, y este decidió abrocharse la gabardina pastosa mientras avanzaba horadando la densa lluvia de otoño. Su cabello aplastado y sus gafas llenas de agua, marcaban un semblante serio y lleno de furia. Esta vez, pensó, tenía que ser la definitiva. Se esforzaría. Entraría en ella y la levitaría si fuera necesario, aunque eso fue una inspiración irracional espontánea y absurda. Justo cuando casi todos los relojes de los allí presentes marcaban las 16:27, Peter irrumpió como un gran cuervo con las alas plegadas. Ahora, la cámara enfocaba su rostro serio y Julia hablaba entre el murmullo, algo que parecía más bien pura publicidad que una noticia.

... Ha venido Peter, el vidente que todo lo ve y hace magia. Queremos hablar con él para escuchar su postura acerca de todo lo que está pasando en esta tranquila ciudad. ¿Qué nos dirá? ¿Nos inquietará con su respuesta?...

Peter alzó una mano y apartó el micrófono de su cara. Su mirada tenía un halo de locura en ese momento. Julia arrugó sus labios, que se sellaron por un momento. La cámara la enfocaba ahora a ella.

Ethan se había acercado al cadáver de Audrey sin escrúpulos, como un presentador de circo barato, y la estaba señalando mientras soltaba verborrea por su boca. Silbó varias veces a Michael, que portaba la cámara, para que le

enfocara. Burt, encolerizado ante la presencia del hombre de traje, estuvo a punto de estallar, pero la presencia de Peter le rebajó los ánimos.

—Peter, ¿qué haces aquí? Yo no te he llamado. ¿Lo has visto por la tele? —Burt estaba tocándose el sombrero de fieltro con un tic nervioso.

—Quiero acabar con todo esto —respondió Peter con una voz quebrada.

Entonces, los agentes Lloyd, Jack, Richard y Martin le hicieron un hueco para que se acercara a la pobre desgraciada. En esos momentos, la cámara captó la imagen de la joven muerta. El agua ya se había llevado consigo todo rastro de sangre.

76

Ann estaba mordiéndose las uñas, mientras sus ojos abiertos como platos observaban en directo todo lo que sucedía en el campus. Vio a Peter y, por un instante, sintió algo parecido a una emoción. En el fondo, Ann siempre tuvo en mente a Peter, aunque nunca lo había demostrado. Y ahora ella se estaba dando cuenta de ello. Su corazón latía por él y sus ojos se entristecían cuando veía a Ethan riéndose a carcajadas delante de él.

Todo fue emitido en directo y Denny estaba a su lado, en el sofá.

Ahora Ann vio que Peter se hincaba de rodillas al lado del cadáver enfocado de espaldas, mientras abría sus brazos como si clamara al cielo que le diera fuerzas. Sus dedos desgarrados bajaron poco después y le cogió la mano a la pobre chica.

Eran las 16:35.

77

Necesitaba un milagro.

El brillo, como le llamaba su padre, acudió de inmediato. Un ligero hormigueo en la cara y, después, la oscuridad. El vacío. El tiempo de un chasquido de dedos en los que se pierde absolutamente todo. Después, la visión, las últimas imágenes que la víctima había dejado grabadas en su retina. Al principio, empezó metiéndose en la mente de las personas que estaban vivas, después descubrió que podía introducirse en las retinas de los muertos para, más adelante, conocer lo sucedido con solo tocar un objeto, ya fuese de la víctima o del asesino.

Jack pies de pluma era ahora Jack pies de aire, y le tenía la mano apresada entre las suyas.

—Lleva una máscara blanca —dijo de pronto Peter, y todos callaron simultáneamente. Michael desvió el objetivo hacia su cara. Tenía los ojos cerrados y los labios prietos. Era como si estuviera durmiendo, tratando de despertarse de una pesadilla—. Lleva un chubasquero negro. Es alto y corpulento y le muestra la cruz. —Entonces, contrajo los labios y arrugó la frente.

—¿Habéis escuchado? —inquirió Ethan—. Siempre dice lo mismo. Esto es una patraña. Que si está tapado, que si la cruz como arma homicida, que si la máscara blanca... ¡Es todo una mentira!

—¿Acaso sabes tú algo más? —Le preguntó Burt mientras se colocaba bien el sombrero de fieltro. Michael seguía grabando y enfocaba las dos caras por separado, un plano tras otro.

—¡Joder! ¡Mierda! —gritó de pronto Peter, golpeando con el puño el césped ahogado por el agua. El contenido salió despedido y salpicó los pantalones de Ethan. Burt se sorprendió por la reacción de Peter.

—¿Qué sucede, Peter? —Le preguntó Burt tratando de entender.

Peter abrió los ojos y giró la cabeza hacia Burt con cara de desesperación

—Siempre veo lo mismo Burt, no sé si esto es efectivo o es mi mente la que se ha parado en el tiempo y recuerda en bucle lo primero que vi. —Sus

palabras crearon desconcierto en Burt.

Ethan lo señaló y gritó:

—¿Lo habéis escuchado? ¡Duda de sí mismo! ¡Es todo una pantomima! Cómo se puede confiar en un ignorante como este...

—¡Cállate! —gritó Burt cortándole de cuajo la frase. Sus ojos estaban inyectados en sangre, y su cara mojada se asemejaba a la de un búfalo babeando antes de dar la embestida.

Ethan se calló, al menos por el momento. Charlotte era como si no existiera. Desde que había llegado a Boad Hill, no había aportado nada. Al menos, Ethan había tocado las pelotas.

—Estoy cansado —dijo Peter meneando la cabeza bajo la espesa lluvia. El repiqueteo de las gotas sobre los chubasqueros de los agentes era constante. Andrew se había colocado detrás de la pareja que había llegado en la ambulancia. Estaban parados. La chica estaba muerta y ya no había nada que hacer. Y Burt no pensó en William.

Eran las 18:00 horas y la lluvia no parecía dar tregua.

Cuando Peter se iba a poner de pie, obró el milagro. Bajo la otra mano de Audrey, algo brilló espontáneamente al tiempo que un relámpago cruzó el cielo como un avión disparado con un cohete. Peter lo miró detenidamente. Alargó su mano y sus dedos tocaron lo que parecía...

—¡Burt, he encontrado un botón! —exclamó Peter mostrándoselo.

—¿De quién es?

Era un botón de chapa, dorado, como una mala imitación del oro. No era usual que los chubasqueros llevaran ese tipo de botones, de modo que podría pertenecer a Audrey. Peter se levantó y Michael enfocó la mano. Ethan empezó a reírse.

—Ahora entrará en trance, supuestamente, y soltará otra sarta de chorradas —dijo.

Esta vez, Charlotte se rió. Algo era.

Entonces, Peter cerró el puño e hizo desaparecer el botón entre sus dedos. Apretó con fuerza y conectó casi al instante.

—Veo un colchón pequeño. Debajo del mismo está la cruz porque el asesino lo acaba de coger. Se gira hacia el espejo y se ve la maldita máscara blanca. Se ha puesto el chubasquero. De fondo se escucha una campana una sola vez. Debe estar marcando la media hora. Entra una luz mezquina por el cristal de la ventana. Es una ventana con trozos de cristales de colores y proyecta en la habitación pequeña todo tipo de tonos. El asesino se asoma por otra ventana que está en el lado contrario. Y observa el órgano y rezando está... ¡Samuel! ¡El asesino está oculto en la habitación de la iglesia! ¡El mismo lugar donde estuvo viviendo el reverendo Larry!

Peter abre los ojos y sigue chillando y repitiendo la misma frase con un entusiasmo que quedó plasmado en el objetivo de la cámara.

Burt chasqueó los dedos.

—¡Vamos, chicos, ya sabéis dónde tenemos que ir! —vociferó mientras corría hacia su coche—. ¡Peter, vente conmigo!

—¿Y ya está? ¿Así, sin más? ¿Vais a creer a este farsante? —Pero Ethan se quedó hablando solo.

Los motores rugieron rompiendo el sonido de un trueno tardío y las ruedas empezaron a patinar en el agua.

Cuando sus luces de emergencia fueron un punto en la distancia, Ethan decidió que iría tras ellos.

Aunque no creyera nada.

Los vehículos se detuvieron frente a la iglesia a las 18:18 P.M y comenzaron a escucharse los golpes de las portezuelas.

Burt había dado instrucciones a sus agentes por radio mientras

conducían hacia la zona. Cuando al fin todos se hubieron bajado, tenían el arma reglamentaria sujeta con fuerza entre las manos. Sin temblarle el pulso, con las caras enjutas.

La puerta de la iglesia estaba abierta, como era de costumbre. Era la casa de Dios, decía Samuel, el nuevo reverendo. De forma ordenada y mirando en todas las direcciones, Richard, Jack, Lloyd, Martin y Burt entraron en la iglesia que parecía vacía. Pero no lo estaba.

Al fondo, delante del atril, había una figura arrodillada y con las manos cogidas. Uno de los cañones de sus armas apuntaba a su cabeza. Pero vio que era Samuel, que estaba rezando en voz baja, como un niño que juega solo y habla con su amigo invisible.

Peter entró en la iglesia y arrastró sus botas mojadas haciendo un extraño ruido, como si estuviera chapoteando bajo la lluvia.

—¡Samuel! ¡Date la vuelta, podrías estar en peligro! —vociferó Burt a medio camino.

Samuel dejó de hablar y se dio la vuelta lentamente.

—¿Qué sucede, señor sheriff? —preguntó con un murmullo. Sus ojos estaban vacíos, cansados, la edad no le pasaba en balde y, como siempre había pensado Burt de él, lo mejor es que se jubilara. Pero Samuel le había dicho más de una vez que lo jubilaría el señor.

Burt se acercó a Samuel, bajando el arma. Sus agentes le guardaban la espalda, apuntando a todos sitios, como si de repente fuese a empezar un reguero de disparos.

Peter se encaminó hacia la puerta de madera que había al final de la iglesia, a la izquierda, justo al lado del atril. La empujó con sus dedos y la puerta cedió con un chirrido de bisagras.

—Peter, puedes correr peligro —dijo Burt en cuanto lo vio subir las estrechas escaleras—. Deja que vaya yo primero.

Pero Peter no le hizo el más mínimo caso.

Michael y Julia habían entrado en la iglesia y lo estaban filmando todo, mientras Julia narraba en voz baja los acontecimientos. Ya en las escaleras hacia la habitación, Jack les dio el alto.

—Será mejor que esperen aquí abajo —dijo con mucha seriedad. Aquel tipo de cara ancha, que siempre tenía una sonrisa que mostrar, estaba ahora muy serio.

—¡FBI! —gritó alguien. Era Ethan, que mostraba su identificación. Jack lo miró en la distancia y meneó la cabeza como en un partido de tenis, poniendo los ojos en blanco. Y pensó: a buenas horas, ya sabemos que eres del FBI, idiota.

—Será capullo —susurró.

—¿Qué ha dicho? —Le preguntó Julia acercándole el micrófono a la boca.

—Que que bien que estamos todos. —Miró a la cámara y añadió—. Y aparte ese micrófono de mi cara.

Ethan ya estaba al lado de Jack mientras Charlotte corría detrás con sus ruidosos zapatos.

—Déjeme pasar, agente. Se lo ordeno en nombre del FBI —dijo Ethan con un tono insinuante.

—De todas formas, ellos ya están arriba —acució Jack con el arma en alto.

Eso no intimidó a Ethan.

—De cualquier manera, tengo que subir —dijo Ethan y le dedicó una fría mirada.

—Bueno, no quisiera hacerle un agujero en la frente por defensa propia —explicó Jack.

—Entonces, tus huesos se pudrirían en la cárcel —respondió Ethan, que estaba entrando en cólera.

Charlotte, que ya había llegado a la puerta, le agarró del hombro, pero no habló. Jack desvió su mirada hacia sus tetas, no se había dado cuenta hasta ahora de que eran prominentes.

Samuel empezó a rezar de nuevo delante del atril, a espaldas de ellos.

Había llegado el final.

79

Primero entró Burt y después Peter. El olor a nicotina era insoportable y olía a algo más, a algo que Peter reconocía.

—Burt, se está muriendo. Es el mismo olor que mi sentido del olfato me indicaba cuando tomaba la mano de esas pobres chicas.

Burt hizo un ademán con la cabeza. Su arma seguía en alto. Después, entraron Lloyd, Richard y Martin. En el poco espacio de aquella apestosa habitación apenas cabían, y con sus armas en alto se apuntaban los unos a los otros.

—Esto parece que está vacío —dijo Burt triste—. ¿No te habrás equivocado, Peter?

Peter le señaló la ventana de colores.

—Es justo la ventana que vio, señor —admitió Lloyd interviniendo en la conversación.

—No hemos venido hasta aquí para esta de cháchara —dijo Burt, apretando el arma entre sus manos.

—Creo que ya es tarde —dijo Peter guiando su mirada hacia la puerta entreabierta del pequeño cuarto de baño.

Burt giró también la cabeza, y lo vio con sus propios ojos.

Ethan, en ese momento, se agregó a la multitud.

—Que olor más asqueroso —dijo.

80

El cuerpo del hombre estaba desnudo, ahogado en su propio charco de sangre, dentro de la bañera. Tenía tres tijeras largas y afiladas, que brillaron al encender la luz, clavadas en los dos ojos y en la boca, atravesándole el cuello. Toda la cara estaba llena de sangre y no dejaba ver es aspecto real del asesino. Se había suicidado. Era lo único que se podía ver a simple vista.

Los ojos de Ethan se agrandaron como platos. Sin embargo, Burt y Peter ni se inmutaron. Algo les hacía recordar que habían visto ya, algo parecido, en el frío invierno, pero mucho menos espectacular.

Escrito sobre los azulejos de la pared, en sangre, estaba la frase:

No me condenaréis.

La letra era parecida a otra que habían visto en el pasado. Era irregular y había unos trazos más anchos que otros. Debía ir cortándose los brazos a medida que escribía. Peter señaló sus brazos inertes. Tenía profundos cortes, por los que todavía salía sangre. Del mentón colgaba un hilo de sangre cuajada. La postura que había adquirido era un tanto extraña, parecía que se había quedado atrapado por la cabeza dentro de un tubo. Las tijeras estaban sujetas en los grifos con cinta aislante y en posición vertical, ligeramente inclinadas hacia abajo. Eran tres certeras tijeras que penetraron los tres agujeros de su cara.

Entonces, Peter le cogió de una mano manchada de sangre.

—Es él. Puedo ver todas las muertes de cerca. La cruz está debajo del colchón, junto a la ropa de las víctimas. La máscara también está ahí. Ha imitado perfectamente al reverendo Larry...

Entonces, Peter se quedó mudo.

—¿Qué sucede, Peter? —preguntó Burt con el arma guardada en su

funda.

Peter lo miró sin soltarle la mano.

—De pequeño le obligaban a violar a su hermana pequeña. Él tendría unos trece años, pero no está solo. Hay alguien más, otro chico. Ella tiene cuatro años menos que ellos. Su padre los obliga a cometer tal aberración. Está siempre borracho y drogado y, en contra de su voluntad, violan a su hermana. Él menciona el nombre de él, Grayson. También dice el nombre de su hermano, se llama Larry. ¡Son gemelos! ¡Burt, son gemelos! Larry tenía un hermano gemelo, llamado Grayson.

Peter deja la mano caer dentro del charco de sangre y mira a Burt con ojos desencajados.

—Lavémosle la cara para verlo —ordenó Burt con voz trémula.

Lloyd se acercó para coger el teléfono de la ducha y abrió el grifo, enfocándole el chorro de agua en la cara. Poco a poco se iba revelando el rostro de Larry, salvo que era su hermano gemelo Grayson. Todos se quedaron boquiabiertos.

—Es igual que el reverendo Larry, señor —acució Lloyd cerrando el grifo y soltando el teléfono de la ducha en un estruendoso ruido. Fuera, un trueno acompañó durante varios segundos.

—Su hermana está en un psiquiátrico —dijo Peter.

—¡Joder, qué sorpresa! —jadeó Burt.

Ethan permaneció callado y asombrado.

—Era su hermano gemelo y respondió a la llamada de Larry antes de morir. Iba a seguir sus mismos pasos, a repetir la historia y a suicidarse como lo había hecho él. He visto cómo preparaba las tijeras y cómo, con sus manos en la nuca, presionaba con fuerza hacia ellas. Él estaba en el campus, detrás de la pantalla de la lluvia, cuando yo mencioné la iglesia...

—¿Y cómo ha llegado aquí antes que nosotros, Peter? —Le preguntó Burt.

—Utilizó atajos. Todo fue muy rápido. Samuel nunca supo nada y ha estado la mayor parte del tiempo junto al asesino. Samuel nunca había subido a esta habitación.

Después de esto, reinó el silencio en la habitación.

Eran las 19:02 P.M.

Peter, sin saber por qué, empezó a pensar en Ann.

Y fuera, la lluvia continuaba su curso.

FIN

# Biografía del autor

Crecí y empecé a escribir influenciado por el maestro del terror y el drama, Stephen King. Soy el autor de la biografía de su primera etapa como escritor. Además, he escrito una antología basada en la caja que encontró la cual pertenecía a su padre que era también escritor. Ahora escribo antologías y novelas de terror, suspenses y thrillers. En Amazon ya he publicado "Los inicios de Stephen King", "La caja de Stephen King", "La historia de Tom" la saga de zombis "Infectados", "Miedo en la medianoche", "Toda la vida a tu lado", "Arnie", "Cementerio de Camiones", "Siete libros, Siete pecados", "La casa de Bonmati", "El frío invierno" y "El vigilante del Castillo". Pero no serán las únicas que pretendo publicar este año.